

A mi respetable amigo
el eminente pensador de
Francisco Pi y Suñer.

Homenaje de ad-
miración.

Alexandro Sawa

NOCHE



BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

NOCHE

NOVELA SOCIAL

POR

ALEJANDRO SAWA



Francisco Pi y Suñer.
Abogado. MADRID.

ADMINISTRACIÓN

JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ, EDITOR

Fúcar, núm. 3. — Madrid.

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

IMPRESA DE PEDRO NÚÑEZ, PALMA ALTA, 32.

Á LUIS PARÍS

Si consigues vivir, seguir viviendo, quiero decir si te sales con la tuya de no morirte un día de éstos de indignación ó de asco, has de ser reconocido, han de llegar á reconocerte, no lo dudes, como uno de los más fuertes colaboradores del porvenir. Sé por eso que asociándome á tí me asocio á una fuerza, y te dedico este libro para expresarte una vez más las admiraciones que me inspiras y el cariño que te tengo. Tú y yo,—es sabido,—somos dos hombres cualesquiera. Pero nos diferenciamos de los bellacos que forman la gran mayoría de las llamadas *clases ilustradas*, en que tenemos vergüenza, un ideal fijo tras del cual marchamos á grandes ó á pequeñas jornadas, según las fatalidades del momento, y hasta un poco de conciencia. Nos encontramos una tarde en los azares del camino; no sé si tú me ayudaste á trepar por un atajo, ó si nos ayudamos mutuamente, porque el peligro era grande y estábamos muy expuestos á reventarnos, y aquel abrazo que nos dimos, al reconocernos prójimos y camaradas, subsiste todavía. Yo lo quiero prolongar por tiempo indefinido, desde la primera página de este libro.

Au revoir, mon vieux,

ALEX.

Madrid 5—10—38

NOCHE

LIBRO PRIMERO

I.

Se casaron por ley de la costumbre; algo influidos también por la afición que mutuamente se inspiraban. Élla, Dolores, ó Lola, como más familiarmente la llamaba su marido, tenía veintiocho años; y él, Paco para su mujer, don Francisco para el resto de la humanidad, treinta y seis. Se trataba, pues, de una pareja enteramente formada, fuerte con la posesión de energías que supone el completo desarrollo físico. Los dos eran naturales de Ávila; allí se habían conocido y se habían estimado. Llegaron al matrimonio á pequeñas jornadas, andando á pasos menuditos y parándose á cada instante, como para considerar el camino recorrido. Tocaba á muy poco, á cuar-

ta de niño chiquitín cuando más, porque tardaron diez años en casarse. Bien es verdad que la familia de los novios consideraba que el matrimonio es cosa demasiado seria para aceptar improvisaciones en su composición. Se conocían, pues, y bien á fondo, cuando se enlazaron sus cuerpos sobre el mismo tálamo; no fué el entregarse brutal de la virgen al desconocido que la requiebra de amores y la propone el vínculo; fué la meditada y fría conjugación de dos destinos que sin arrebatos de entusiasmo ni fiebres de pasión, reposadamente, habían concertado fundirse en uno solo para toda la vida. Al tomarse los dichos, firmaron un contrato: el *acepto* de una letra de cambio girada por un comerciante á otro; luego, al tender sus cuerpos sobre el mismo lecho, habían solemnizado, con el soberano festival que los sexos organizan cuando se aunan para ello, la celebración del pacto, del vínculo: el matrimonio...

Él reparaba que á su edad casi todos los hombres están casados, y se decía interiormente que su padre se había casado también, y el padre de su padre, y el abuelo... ¡ah, sí; toda la humanidad se había casado!—y luego, que el matrimonio preserva de los peligros de la mancebía pública y del bregar insufrible con las patronas de

huéspedes;—un amago posible, porque los padres de uno no van á ser eternos...

Además, el martirio de su complexión física, agobiadora á fuerza de opulencias de vida, lo obligaba al comercio frecuente con la hembra. Había tal exceso de sangre en sus venas, que en ese exceso de sangre estaban indicados la enfermedad y la muerte. Tenía el cuello poderoso, la cabeza pequeña, con tendencias á la figura cónica, los ojos grandes y saltones, muy expresivos de la brutalidad y la glotonería, la boca fina y maliciosa, la nariz gorda y la frente estrecha; á más de esto, era grande y fuerte, con algo de toro en su conjunto, si hemos de creer á los que buscan y hallan semejanzas entre la bestia y el hombre. Un toro, tan capaz del trabajo como de la furia. Dotado de una gran fuerza en la testuz, pero de ningún dinamismo en el cerebro.

Su padre no había sido así, tan grande y tan fuerte. Fué, por el contrario, un hombrecillo flacucho y pálido, cuya vida se había arrugado sobre los bancos de las sacristías y las antesalas de los juzgados en un ejercicio sistemático de todos los momentos, que no variaba nunca. Ayudante de curial desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y devoto ardiente de todos los santos del calendario el resto del día y

de la noche. Educó á su prole en el respeto más estricto á la moral cristiana y en el odio más implacable á estos tiempos de relativa cultura en que vivimos. Tuvo ocho hijos, y á la edad de veinte años, todavía ignoraba Paco, el primogénito, lo que era una mujer. Sin embargo, sabía de memoria páginas enteras de las obras de Teresa de Jesús y del *Ancora para salvarnos*, en cuyas hojas amarillentas y pringosas le habían enseñado á que le fueran igualmente repulsivos todos los libros que en el transcurso de la vida notara al alcance de la vista.

La madre de don Francisco era también, como el padre, insignificante y pequeña. Rubiaca, anémica, casi sin sexo; un repugnante esputo de humanidad. Hacía, de consiguiente, buena pareja con su marido, élla clorótica y él exangüe. No se amaron nunca, porque la extraordinaria poquedad orgánica es incompatible con el verdadero amor; pero se estimaron lo bastante para no dar que decir á la gente. Por la costumbre legendaria en los matrimonios, de dormir en la misma cama, tuvo la mujer ocho partos: el último la dejó estéril para toda la vida. Y aunque de la suma de dos negaciones sólo resulta una negación mayor, del acoplamiento de aquellas dos debilidades surgió un varón sano y robusto,

el don Francisco de nuestra historia, que si de niño era comparado por lo robusto con una ternera, de hombre mereció que lo compararan con un toro. Todos los demás hijos fueron sucumbiendo, unos detrás de otros, de miseria orgánica, devorados por la escrófula, arrastrados al hoyo por la raquitis. Fué Paco el único superviviente de la hecatombe. El constante entrar y salir de la muerte en aquella casa concluyó por determinar que se la tratara sin cumplidos, como debe ocurrirles á los sepultureros. Hubo lágrimas para la primera baja, para el primer hijo que moría, gemidos para el segundo, resignación cristiana para el tercero, y completa indiferencia para los restantes. Esto en el fondo de los corazones, como buenos hipócritas que eran; pero ante la gente de la calle, como llamaban á todos los que no eran ellos mismos, expresaron la misma cantidad de pena para aquellas siete muertes simultáneas. Un escándalo de lamentaciones y sollozos...



No heredó Paco de sus padres lo externo, pero sí lo interno, el aparato moral. Hipocresía, egoísmo, cerrazón de horizontes intelectuales, divorcio inconsciente con la naturaleza física, y fanatismos de devoción por los poderosos y los san-

tos. $2 + 2 = 4$. Un ministro, un banquero ó un capitán general de ejército, igual á un santo del calendario. El éxito, la victoria obtenida á cualquier precio (teniendo siempre cuidado de salvar las apariencias) *suprema ratio* de la vida. Sumado á estas miserias del pensamiento, un enorme egoísmo, el monosílabo *yo*, dando á la continua ocupación á los labios y á la conciencia, haciéndole no reconocer otros *yos* que los de los poderosos y los curas. Era, por lo tanto, parecido á uno de esos mausoleos semejantes á templos, que la vanidad humana levanta en los cementerios, y que, imponentes por fuera, sórdidos por dentro, encierran en todos los casos, cuando no las repugnancias de un pudridero en que tienen habitación la materia descompuesta y los gusanos que de la descomposición viven, eso otro que es más mísero todavía, por ser el último término reducible de nuestro cuerpo: el polvo de los esqueletos.

Aquel extraordinario vigor físico estaba determinado por un fenómeno de atavismo. Un abuelo suyo por línea paterna rompía las nueces á puñetazos, y unas veces por hacer gracia, otras porfiando, se comía las cáscaras, y luego las digería sin ningún esfuerzo del estómago. Ese bestia metió en su cuerpo una porción de enfermedades

contagiosas, y envenenó la sangre de su mujer y la de los hijos en que se reprodujo. Tuvo una descendencia de escrofulosos y de herpéticos. El padre de don Francisco había nacido con dos bubones, uno en cada ingle, como los que se adquieren en el comercio con las mozas del partido...

De aquel abuelo, que por lo recio y armónico de su estructura era un gañán digno del paganismo, había heredado don Francisco la facilidad para la iracundia; y de aquel hombrecillo flacucho y pálido, á quien llamaba *papá*, desde que le fué posible articular sonidos, el espíritu de rutina (espíritu de conservación) y la perfidia. Era, pues, don Francisco, una antinomia completa. Naturaleza de bruto y de curial al mismo tiempo, y según las ocasiones...

Estas son las circunstancias que en antropogenia se llaman de *herencia*. Las de *adaptación* fueron peores. El padre de don Francisco tenía horror á la cultura, á la que echaba la culpa de todas las fatalidades de la vida, y se obstinó en no darle ningún genero de educación intelectual á su hijo.

En concepto de aquel sacristán platónico, con saber leer y escribir y *las cuatro reglas*, ya estaba un hombre apto para sostenérselas tiesas con

todo el mundo; don Francisco aprendió todas esas cosas: leer, escribir, y *las cuatro reglas*, de labios de un cura que entretenía los ocios obligados del confesonario y la misa haciendo ejercicios de enseñanza primaria con los chicos de su parroquia. Y no había cumplido aún los dieciseis años, cuando ya acompañaba á su padre como un *mocito*, en el desempeño de los oficios curialescos.

Vienen á ser los juzgados los albañales de la vida social. Desagua en ellos toda la podredumbre humana. Los seres que maniobran en esos albañales se ponen perdidos de infamia, de la infamia ajena, y eso de un modo tan manifiesto que se les llega á conocer en la cara. Se dice cara de enterrador, cara de cura, y cara de curial.

Don Francisco, que entonces era Paco sencillamente, se *curializó*. A pesar de sus años mozos y de su organización de bruto, dióse, como su padre, á gastar la vida sobre los bancos de los juzgados y de las sacristías, extraño por completo á cuanto germinaba y hacía explosión alrededor suyo.

Fué, al igual que su progenitor, ayudante de curial desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y devoto ardiente de todas las celebridades del *Santoral cristiano* el resto del

tiempo. Hacía mucho uso de los acónitos y de las purgas para no reventar de plétora, y á los veinte años, todavía continuaba repugnando el contacto con la mujer, que se le representaba á su conciencia ciega de hombre casto, como la bestia dañina de las Escrituras, como la hembra del país de Nod...

¡La castidad viciosa de organismos jóvenes que están íntegros! ¡Esas son las que se revuelcan de lujuria en el fondo de las alcobas, en solitarias bacanales malditas por Cristo, porque no sirven para fecundar vientre de mujer ninguno!

Vivió así, en el automatismo de una vida sin otros incidentes que los de un orden puramente animal, un año y otro y otro, hasta los treinta y seis de su edad, en que el ejemplo de lo que hace casi todo el género humano le hizo fijarse en una vecina suya, hija de familia también como él, y tan pazguata, que siendo natural de Avila y no habiendo salido nunca de aquel recinto cerrado, sólo era conocida por los concurrentes los domingos á las iglesias.

Estaba todavía contenida en las fronteras de la juventud, tenía veintiocho años, era flacucha, rubiaca, con los ojos de mirada blanda, mirando siempre hacia el suelo, compungidos de beatitud,

y con todas las apariencias de carecer de sangre en las venas. Luego, lo interno completaba lo externo. Era testaruda, fanática y asustadiza. Carecía de carácter, y menos en sus obstinaciones, su voluntad era siempre feudataria de otra voluntad cualquiera. Hablaba con largas intermitencias de período á período, y no llegaban á mil las palabras del idioma que sabía de memoria. Otra característica de su intelectualidad, es que en sus conversaciones no lograba formar, siquiera por incidencia, oración gramatical alguna.

No había tenido nunca novio. No lo había deseado tampoco. Sin embargo, lo aguardaba, sin que ella misma se diera cuenta de por qué ni para qué. Era ignorante de todo, de lo bueno y de lo malo. Ignorante del amor, ignorante del odio, de las embestidas del pensamiento y de la de los sexos bien formados cuando se insurreccionan contra la voluntad lanzándose á la incontinencia...

Significaba, pues, doña Dolores en la humanidad, lo que las plantas parásitas en la botánica. Vió á don Francisco, se aficionó á él, aceptó en el funcionalismo de su vida la costumbre de consagrarle hasta dos horas todos los días; experimentó en lo íntimo de su casi-conciencia la satisfacción de notar que no era en nada inferior á las demás mujeres, puesto que tenía hombre co-

mo éllas, y su naturaleza de ser parásito comenzó á manifestarse en la tenacidad con que se agarró á aquella especie de amistad amorosa, ni más ni menos que la yedra al muro. A más de esto, su naturaleza obedecía á la *ley de los contrarios*, que así se llama en química y en biología. Élla... —¡Pero Dios mio! ¿Qué va á hacer el pobre arbusto, que allá se consume de obscuridad y tristeza en el fondo de un repliegue del terreno, sino mirar con admiración infinita al roble que absorbe el jugo de la tierra en toda la extensión que ocupan sus raíces, y el carbono del aire en todo el espacio en que se gallardea la frondosa copa, palacio de esmeralda en que construyen su habitación los pajarillos del campo? ¿Qué hacer sino sucumbir á la ley de la fuerza? Cedió, cedió de admiración á don Francisco, sojuzgada por aquellos músculos que se señalaban reciamente bajo la levita, y por la abundancia de aquella sangre que le coloreaba con entonaciones purpúreas el rostro, haciéndolo parecer como congestionado.

Fué su novia diez años, su esposa después, y su esclava siempre, abrasada de admiración por aquella animalidad tan poderosa y tan mansa.



Con el matrimonio se operó una nueva transformación en doña Dolores. Élla, que antes de casarse apenas si estaba dotada de personalidad, hizo dimisión de la poca que tenía la tarde misma en que al salir de la iglesia tomó posesión de su nueva casa.

Se redujo á vivir con lo más indispensable de los llamados dones racionales para tener el derecho de no andar á cuatro patas y conservar la apariencia humana. ¿A qué la memoria, la inteligencia ni la voluntad, habiendo en el mundo quien recuerde, quien piense y quien quiera, por nosotros? Quedó reducida á la posesión de eso que Quatrefages llama el alma animal, que á fin de cuentas no es otra cosa que la acumulación de instintos. Fué una hembra, pero por el sexo y nada más; exactamente igual á todas las de su especie, en cuanto tenía mamas en el pecho y un aparato génito-urinario propio para la concepción, debajo del vientre, pero incapaz de la pasión ni de la perfidia, incapaz también de otras muchas cosas que son atributos femeninos en todas las especies animales.

No hubo en la casa otra voluntad que la de don Francisco. No hubo tampoco, moralmente hablando, otra personalidad que la suya. Él mandaba, él pensaba, él sentía, él gozaba por los dos:

por élla y por él. Doña Dolores había aceptado su papel de autómata con fruición, con agradecimiento, porque eso le evitaba el suplicio de querer, y á élla se le manifestaba siempre la voluntad como una dolencia.

Pudo, pues, don Francisco dar expansión á sus bajos instintos de egoista, sin miedo á ninguna clase de resistencias. Élla, sin darse cuenta, le dejaba hacer. Si alguna vez se notaba con fuerzas para una iniciativa, esa iniciativa consistía siempre en aplaudir el torpe instinto de absorción de su marido. Los ángulos entrantes de doña Dolores habían encajado en los salientes de su esposo, y la conjunción quedó hecha. Casados, y soldados y fundidos de un modo indisoluble, por toda la vida, como únicamente puede ocurrir eso; no por el amor, sino por el predominio de un temperamento sobre otro. Don Francisco, sanguíneo, y élla, exangüe; los dos, con educación sacristanesca, tenían que llegar á ese resultado. La frase de la *Epístola de San Pablo* es bella, simplemente, pero no se acomoda con la realidad. *Esposa te doy, no sierva...* ¡Ah, la mujer tiene por punto general una organización más débil que la del hombre, y sucumbe casi siempre en la campaña del matrimonio! La lucha por la vida, no es sólo la de la calle. Se lucha también

en el hogar, junto á la cuna en que duerme el primer hijo, y muchas veces las embestidas son tan furiosas que matan.

Anulada, suprimida la personalidad de la esposa, no hubo lucha en el hogar de don Francisco. Sin embargo, él la hubiera deseado algunas veces. A aquel beato le sentaba bien el casco y la armadura.

Como su padre, y como todos los animales inferiores, no fué parco en reproducirse. Hinchó la barriga de su mujer con el germen de la concepción cinco veces en diez años. Es de advertir que aquella mujercilla flacucha y pálida, casi sin sexo, que era su esposa, criaba á sus pechos todos los chiquillos que soltaba al mundo. Don Francisco la miraba como á un animal dañino mientras estaba criando. No se determinó nunca á tocarla siquiera. Por eso no tuvo en los diez años doce chiquillos en vez de cinco; uno cada trescientos días.

Al llegar al quinto hijo se paró. No quiso seguir más adelante. ¿A dónde iba á llegar aquello? Y en una conferencia muy solemne, de más de media hora, que celebraron ambos, quedó convenido en que tener tantos hijos era un motivo de escándalo para la castidad que deben proponerse los esposos, y además, que los hijos son

caros, y que ellos no tenían dinero que tirar por la ventana.

No volvió á parir doña Dolores en toda su vida. No volvió á gozar tampoco de los rudimentarios placeres conyugales. Fué entonces la doble sierva de su marido, y de aquellos cinco granujas de chiquillos que escandalizaban la vecindad con sus lloriqueos y sus risas.

Dió á luz el primer hijo, que fué una hembra, á la que bautizaron con el nombre de Dolores, sin más razón que la de que ese era el nombre de la madre, á los diez meses de celebrado el matrimonio; el segundo, que fué también hembra, y se llamó Francisca en honor del padre, dos años después del primer parto; el tercero... ¡ahl sí, ya ese fué varón, Paco, en honor también del padre, como los restantes y como los siguientes, con dos años de diferencia; luego á Nazario, que debía su nombre á haber nacido el 12 de Junio, día de San Nazario; y, por último, á Evaristo, el menor de todos, que lo había echado al mundo un día 14 de Octubre, en cuyo día la iglesia celebraba la festividad de San Evaristo. Cinco partos, todos normales, equidistantes unos de otros dos años justos y cabales. Diez años de vida marital activa, y apenas retiraba el pecho á un crío, ya estaba el otro reclamando sus dere-

chos á la vida desde el vientre de la madre.

La misma extraña fecundidad de los insectos.

El cambio de estado y los trastornos que llevó á su hogar la irrupción de tanto chiquillo, no alteró en nada las costumbres mecánicas de don Francisco. Oficina por la mañana y santurreo por la tarde. Y como única nota alegre de todo el día, el darse á pensar, entre minuta y minuta, y entre rezo y rezo, lo que iba á comer cuando llegara á su casa; si patatas, si guisado de carne, si judías...

Y era también feliz cuando recordaba que ninguno de sus cinco hijos salía á la calle para nada...

Bien desgraciadas esas cinco criaturas. A la edad en que el niño tiene tanto derecho al movimiento como el ave al vuelo, se les sujetaba, se les constreñía al suplicio de estarse quietos, en una pasividad que era amago permanente contra la salud y el desarrollo de aquellos pobres seres condenados. Se les prohibía la animación, la risa, el juguete, el andar á saltos; se les prohibía la infancia. Estaban habitualmente tristes. Habían terminado por convertirlos en esa cosa sombría que se llama un niño grave. Se miraban unos á otros con desconfianza, y eran hipócritas, perezosos y glotones.

Sin embargo, excepción hecha de Paco, el ma-

yor de los varones, se conservaban robustos y sanos, con tendencias todos ellos á criar panza.

*
**

Lola, la hija mayor, prometía desde muy chiquita llegar á ser con el tiempo lo que se llama una mujer hermosa. Era grande, como su padre, y estaba además dotada de un temperamento predominantemente sanguíneo. A los diez años ya se le señalaba tímidamente bajo el cuerpecillo del vestido, la ligera ondulación de los senos y el arranque precoz de las caderas: la daba vergüenza salir á la calle, porque los hombres le miraban con voracidad las pantorrillas, con la misma expresión en la mirada de si quisieran morderlas, y un anciano, á quien élla no había visto nunca, le dijo un día en mitad de la santa calle, que se tapara los labios al pasar junto á los chiquillos, no fuera que se los hurgaran tomándolos por cerezas. ¡Ah! el mal rato que pasó aquel día, creyendo que el vejete se había burlado, cruelmente, hay que decirlo, de aquel bonito color grana de sus labios!

Esa belleza en germen, de Lola, agradaba á la madre, pero disgustaba sobremanera al padre, para quien la belleza en la mujer es cosa que trasciende á prostitución á dos kilómetros de dis-

tancia. Llegó á tomarle manía, que algunas veces llegaba hasta el aborrecimiento, martirizado y puesto en el potro por el espectáculo de aquella hermosura completa, que andando el tiempo podría hacer desviar de Dios el pensamiento de los hombres, para hacerlo fijarse en los placeres de la tierra. Y á este propósito, recordaba haber leído en un libro de los de su ordinaria lectura, que «en todo cuerpo de mujer hermosa se oculta un poco el rabo de Satanás,» *et sic de cæteris*, en una interminable blasfemia contra la estética.

¡Oh, bendito y sublime y sagrado rabo de Satanás, que has abierto invisible taladro en el mármol clásico de las Venus del Parthenón y de la Acrópolis, y en el pecho de jazmín y rosa de todas las mujeres encantadoras de la tierra! ¿Por qué no habías de ser más generoso y conmoverte de piedad por la desesperación de las jorobadas y de las tísicas, y animarlas interiormente, y hacerlas gentiles y saludables, y agrandarles el sexo hasta que resultaran mujeres completamente desde los pies á la cabeza? ¡Sublime rabo de Satanás, cuánto te echamos de menos los que amamos la belleza sobre todo! ¡Cómo predomina la fealdad sobre la tierra!

Algunas noches se acostaba don Francisco con la cabeza cargada de infamia. Le deseaba á su

hija Lola una enfermedad facial que le destruyera la hermosura; pensaba vagamente en los efectos del vitriolo, inmediatos y seguros...

¡Ah, la pesadilla se desvanecía, y no quedaba sino un fermento mayor de odio contra su hija en el espíritu monstruoso de aquel hombre, que osaba renegar y maldecir de la Naturaleza, cuando es buena y fecunda! ¡El ateísmo estético!— Blasfemia y pecado.

No así, no tan armónica, su hija segundogénita, Paca. Aquí ya se veía la mezcla de dos humores distintos: el positivo del padre, y el negativo de aquella mujer dos veces madre, que paría, y luego daba el pecho á sus hijos. Era también robusta, como todos ellos, aún más gruesa que su hermana Lola, pero de color quebrado, y sin la amplitud del pecho y de las caderas que en la otra prometían á la buena moza. Tímida también, como su hermana, corría á refugiarse en las faldas de su madre en cuanto alguien le dirigía la palabra, y parecía tener aún más mezquino desarrollo intelectual que Lola.

Los hermanos, excepción hecha de Paco, enfermo desde el vientre de su madre, nacieron bien, y fueron pequeños gañanes, dignos de dirigir carretas ó de guardar ganados, desde la más tierna infancia. Hermosas plantas huma-

nas, que aun nacidas para vivir al aire libre, sin más paredes, ni techos, ni obstáculos en su desarrollo, que la atmósfera pura del exterior, crecían erguidas y potentes en la insana atmósfera de invernadero donde se las obligaba á permanecer las veinticuatro horas del día en contra de todas las leyes de la vida.

*
* *

Así transcurrieron diez años; en ese tiempo había muerto *la abuela*, la madre de don Francisco, y poco después el padre caía, no en la muerte, sino en la enfermedad, que es una solución más desgraciada, derribado por una perlesía que le interesaba las dos piernas y parte del tronco y de la cabeza. Vivía sobre un viejo sillón de vaqueta, clavado en él eternamente, no disponiendo ni aun de las manos para llevarse el pan á la boca, con el aspecto repulsivo de una momia egipcia acurrucada en su nicho, demacrado, cárdeno, los ojos sin brillo, la nariz alargada considerablemente, los labios violáceos, y mirando siempre sin cansarse, con una extraña fijeza de loco, cuanto pasaba alrededor suyo. Extraño organismo que parecía vivir por olvido ó desprecio de la muerte.

*
* *

Fué entonces cuando don Francisco, deseando alargar un tanto los horizontes limitadores de su existencia, que comenzaba á hacérsele difícil por la poquedad de sus medios de vida y el aumento considerable de su familia, aceptó un puesto de 10.000 reales que le habían ofrecido en la Dirección de los ferrocarriles del Norte, y se trasladó con todos los suyos á Madrid, no sin experimentar en el cuerpo, al salir de Ávila, sensación de dolor semejante á la que debe sufrir un árbol añoso, en el momento en que lo arrancan de cuajo, con raíces y todo, del cacho de terreno en que ha nacido, donde se ha desarrollado, de cuyo suelo ha estado chupando vida, y en el que lógicamente debía morir, pero sin que lo movieran de su sitio para nada. Volvió repetidas veces hacia el Norte la cabeza, á medida que el tren acertaba la distancia, y notó en el pecho, un poco hacia el lado izquierdo, sobre el corazón, especie de peso angustioso que le impedía respirar libremente, ni más ni menos que si un atleta le apretara con el puño cerrado sobre el tórax. Poco antes de llegar á Madrid, volvió á despedirse mentalmente de su querida Ávila, y al deslizarse el tren sobre las primeras placas giratorias de la estación de llegada, vió con los ojos de la inteligencia, ahora lúcida, vió cortada, con tajo verti-

cal, á su vida, en dos secciones: una, Ávila, la tierra de sus padres y la suya también, y la de sus hijos; y la otra, Madrid. Lo Desconocido.

Como era hombre de los que no aceptan ni arreglan precipitadamente ningún asunto, tuvo tiempo para todo; para pedir cuantos informes le fuera dable concernientes á la Corte, y para escribir á Madrid á un su amigo, encargándole que le tuviera buscada casa, y evitarse de ese modo, á la llegada, el paso por las horcas caudinas de los hoteles y las hospederías...—Un peligro para las niñas, y un grave desembolso para mí...—según acertaba á pensar en las lucubraciones de su cerebro.—La instalación, pues, de aquella familia tan numerosa como una tribu, fué inmediata y completa. Había dicho á su amigo (un sacerdote adscripto á la diócesis de Ávila, y trasladado después á la de Madrid-Alcalá, mediante petición del interesado) que hiciera lo posible porque la casa estuviera próxima á la oficina, y el bueno del cura se la había encontrado tan barata y tan en buenas condiciones, que ni á pedir de boca, á dos pasos del paseo de San Vicente, en la calle de Moya, un bonito piso tercero con dos balcones á la calle y agua en el patio, cedido en arrendamiento por la bicoca de siete duros mensuales. No le pareció á don Francisco

mucho, después de lo que le habían exagerado el precio de las viviendas en Madrid. Pero sí notó el piso, angustioso de pequeño, acostumbrado á los enormes caserones antiguos que por poco más de nada se encuentran en su querida Ávila. ¡Ay!
¡Ávila de los Caballeros!

Los veinte años de matrimonio que llevaba, habían modificado mucho su aspecto, aunque no tanto como el de doña Dolores, reducida á la condición de un esqueleto que fuera capaz de sensibilidad y movimientos. Su esposo, no. Su esposo estaba todavía de buen ver. Pero se le notaba en el comienzo de la decadencia, principiaba á apuntársele ligeramente, como á todos los hombres de su edad, el desplome del organismo. Y aunque conservaba la mirada brillante, las mejillas inyectadas de sangre y el cuello fuerte como el de un animal de carga bien mantenido, aquellos cincuenta y siete años que llevaba encima, sobre la cabeza, le molestaban un poco más todos los días, y tenía precisión de sacar fuerza de los riñones para resistir el peso.

Pero al pensar en sus tres hijos varones, sonreía satisfecho, tranquilo, enfrente del porvenir. No lo abandonarían, ciertamente; le pagarían su deuda, devolverían con creces al pobre padre las innumerables mercedes que de él habían recibi-

do, incluso la de no dejarlos salir á la calle para nada; serían equitativos simplemente, puesto que él no había de pedirles sino lo que en derecho le correspondiera. Y como los había educado en la santa moral cristiana, no había que temer la posibilidad de que fueran insolventes, como ciertos señoritos herejes y judíos que él conocía de referencia.—El caso es claro. Vamos á ver: ¿quién te ha alimentado, quién te ha vestido, quién te ha calzado, quién te ha dado hogar, y cariño, y lumbré en el invierno, y agua fresca en el verano, sino tu padre? Bueno, pues si lo reconoces, te obligas á pagarme, porque eso que reconoces es una deuda. Tanto, más tanto, igual á tanto. ¡A ver! ¡A sacar los cuartos, ó te tiro el Código social á la cabeza!

*
* *

Tenían dieciseis, catorce y doce años de edad, respectivamente, Paco, Nazario y Evaristo, los tres hijos varones, de cuya existencia se preocupaba don Francisco cuando se sentía viejo.

Paco parecía por su complexión y por su insignificancia, producido exclusivamente por su madre, sin el concurso de varón alguno. Era el hijo único de doña Dolores; era la dilatación de su propia personalidad; era el más grande peda-

zo de sus entrañas que dejaba sobre la tierra; era ella misma transformada en ser masculino, pero con la menos porción de virilidad posible. Rubio como élla, tenía los mismos ojos azules de mirar abatido, y la misma cara de convaleciente recién sacado del lecho. Como su madre, carecía en absoluto de voluntad y de glóbulos rojos en la sangre. Estaba dominado por todos sus hermanos, y sin ser completamente imbécil, hacían siempre de él lo que querían. Muy aficionado á la tranquilidad del cuerpo y á la contemplación, había aprendido á leer, casi solo, á edad más temprana que todos sus hermanos. Tenía una gran memoria, claro está que desarrollada á expensas de las otras condiciones de la inteligencia, como un tumor de mal carácter que crece también briosamente á costa del pobre cuerpo que lo mantiene; y esa cualidad de la memoria, tomada torpemente por talento entre los suyos, aceptada también como talento por el Licurgo y el Salomón y el Sócrates de la casa, el bueno de don Gregorio, presbítero, le había valido una porción de éxitos puramente caseros que despertaban en él balbuceos de su conciencia, y fuera de él, envidia de sus hermanos, y asombro y miedo de don Francisco y doña Dolores. Por vanagloria se comprometió á aprenderse el *Almanaque del Zaragozano*

en diez días, y á los ocho, ya lo repetía de pe á pa como un fonógrafo en ejercicio. Esta última prueba decidió al padre, y aprovechándose del ofrecimiento que hacía tiempo le tenía formulado don Gregorio, de costearle la educación eclesiástica á Paquito, si es que se resolvían á hacerlo sacerdote, como era su parecer, dado el gran talento que el chico manifestaba, lo llevó, en unión de don Gregorio, al Seminario de Alcalá, dejándolo inscripto como alumno interno y matriculado al primer grupo de asignaturas que se exigen para obtener el título de bachiller. Se conmovió tiernamente por primera vez en sus cincuenta y siete años al darle el abrazo de despedida, y durante un mes seguido, ni se habló de otro asunto en la casa, ni dejó el recuerdo de aquel *santo* niño de laborar en la memoria y en la imaginación del padre, excitándolas hasta el extravío, haciéndole soñar despierto con apoteosis, teatrales en las que era Paquito el personaje principal, oficiando de obispo, la mitra en la cabeza, y la hostia santa, que es símbolo y promesa de salvación, levantada con ambas manos en toda la extensión de los brazos distendidos, envuelto en las armonías del órgano y de las nubes azuladas que reparten los incensarios agitados á la continua por acólitos vestidos de her-

moso color de grana, rodeado de luces, vestido con amplia casulla pluvial recamada de oro y pedrería; á sus pies, todo un pueblo postrado de rodillas en actitud contrita de misticismo y éxtasis, y dominándolo todo, divinizándolo todo, como remate y cima de aquella espléndida figuración, el Espíritu Santo, el mismo Espíritu Santo en forma de paloma, posándose suavemente sobre la cabeza del señor Obispo!...

¡Oh, el despertar brusco en plena realidad!
¡Los mortales contrastes de la vida!

*
* *

¡No lo podía remediar! ¡Quería más á Paquito que á todos los demás hijos! Y por un contrasentido muy frecuente en las familias, doña Dolores era á Paquito á quien menos quería; ¡á Paquito, más hijo suyo que todos los otros reunidos y sumados! ¡Aquella sangre de su sangre, y hueso de sus huesos, que por parecerse á la que lo había engendrado, realizaba el prodigio de apenas ser varón sino escasamente en la apariencial! Pero sabe nunca el amor, el cariño, el instinto afectivo, lo que hace? Allá va y acá viene, sin obedecer á ninguna razón propia, como la brizna transportada por el viento.

*
* *

Nazario no era así; ése, como Lola y como Paca, salía más al padre. Por su robustez y por su corpulencia parecía un baturro de las montañas; tenía catorce años y apenas sabía leer, lleno de horror hacia la letra escrita. Era moreno, tenía grandes ojos garzos, de mirar poderoso, saltones como los del padre, al nivel de la cara; el óvalo facial ensanchado por los maxilares, la boca grande armada de una blanquísima dentadura que resultaba terrible como la de un dogo, por el considerable desarrollo de los dientes caninos, largos como los de las bestias de presa, y el pelo negro y espeso, cubriéndole casi todo el frontal, brotándole casi de las mismas cejas.

Carecía de carácter como todos sus hermanos y como su madre; de carácter, en el gran sentido de la palabra; pero tenía en cambio lo que frecuentemente lo sustituye y hasta con ventaja: una gran terquedad inquebrantable. Se amaba á sí propio con preferencia á todo el género humano, y mostró desde muy pequeño su naturaleza de explotador en las artes de que se valía para desbalijar de huesos de albaricoques, de plumas de acero usadas, de sellos de franqueo inutilizados y de cajas de cerillas sin cerillas, á todos sus hermanos, y alguna vez, cuando lograba escaparse de casa, á los mismos chicos de la vecin-

dad. Aun estando enfermo se fingía sano para meterse á la fuerza dentro del cuerpo la ración de comida que le correspondía, de suerte que no pudiera aprovecharla otro; y su hermana Paca, que era muy acusona, dijo una vez de él que lo había visto en el cuarto excusado arrojando á la poza un plato entero de cocido para evitar que se lo repartieran los otros, en vista de que él no tenía gana de comerlo.

Era, entre los varones, el predilecto de la madre. El padre lo miraba siempre con severidad, porque lo notaba egoísta, y decía que con el egoísmo estaba dispuesto á no transigir nunca.

Evaristo sólo tenía doce años, y completamente niño por el desarrollo y por el genio, carecía en realidad de una verdadera característica que lo diferenciara de sus hermanos. Se pasaba la vida castigado, á pretexto de sus travesuras. Sus travesuras consistían generalmente en reír á carcajadas, burlarse de la gravedad de sus hermanos, hacer tal cual vez rabiarse á Lola ó á Paca, y preferir siempre y en todas ocasiones la carrera al paso reposado. Era bonito y parecía inteligente. Pero la verdad es que no estaba formado, y que quién sabe lo que daría de sí la explosión de su naturaleza una vez internada allá por los escondrijos de la pubertad.

Don Francisco iba puntualmente á la oficina y á su iglesia todos los días, sin exceptuar otro que el de la festividad religiosa de su santo y la el de su mujer; por las noches á un cafeticho de las inmediaciones, donde jugaba al dominó con tres compañeros de negociado, siempre los mismos, el café de los cuatro; generalmente no era sino el de los tres, porque don Francisco no se determinaba á pedir el suyo al camarero hasta convencerse prácticamente de que lo había ganado; jamás á los placeres ni al teatro. Doña Dolores, á misa por las mañanas y á oraciones por la tarde, regresando invariablemente, ya anocheado, en compañía de su esposo. No sabía siquiera cómo era Madrid, excepción hecha de las inmediaciones de la calle de Moya y del camino de la iglesia, que era siempre la misma, la de la Encarnación, por ser la más próxima á su casa, y porque una de sus capillas le recordaba á la iglesia de San Pedro en Ávila.

Una vez, cediendo á instancias de su Gregorio, se aventuró á llegar hasta la Puerta del Sol, y luego decía enfurecida que no necesitaba llegar al centro de Madrid á costa de sendos dolores de cabeza; que á élla, con su casa y su devoción le bastaban, y otra porción de pensamientos por el estilo.

El abuelo miraba con fijeza cuanto pasaba alrededor suyo, y callaba. Había perdido en categoría. Ya no era el abuelo, sino el viejo.

En cuanto á los hijos... ¡ah, esos sí que no salían á la calle para nada!

Nacidos, y producidos, y engendrados por la noche; tan bien hallados en las tinieblas morales que los envolvían como las alondras al remontar su primer vuelo de la mañana, ¿á qué ni para qué necesitaban las claridades insanas de la calle?

Eran plantas de invernadero, y hallaban la vida en el interior de la estufa.—Fuera de ella, estaría la muerte.

II.

Se había estado preparando toda la noche para confesar al día siguiente, haciendo lo que los católicos llaman *examen de conciencia*. En camisa, sentada sobre una silla, con la alborotada cabeza entre las manos y los codos apoyados de bruces en la mesita de pino que cubre uno de los ángulos del dormitorio, podría servir de modelo á un escultor que se propusiera representar á la diosa de la Meditación bajo un simbolismo italiano y gracioso, si la modelo tuviera buen cuidado de no rascarse con tanta tenacidad la cabeza, y si se preocupara una mijita más de estarse quieta, aunque por ello se resintiera un tanto su simpática movilidad de pájaro.

Era hermosa. Había cumplido Lola lo que de niña prometiera. Era hermosa. El brote se había hecho flor, y resultaba admirable de color y de forma. A su presencia acudía involuntariamente á los labios la apasionada exclamación de la *Sal-*

ve: «¡bendita tú eres, entre todas las mujeres!...»

Hacía *examen de conciencia*; pasaba revista á todos los hechos que habían formado su vida durante una semana entera, el tiempo justo de su última confesión; buscaba en ellos el pecado, la intención pecaminosa siquiera, en una labor de buzo llena de prolijidades; y cansada de recordar su memoria, concluía por declararse rendida, fatigada de buscar maldad por aquellos extensos campos de pureza.

¡Ah! no; élla no mentía, no asesinaba, no robaba; ignoraba la fornicación y la calumnia; era obediente con sus padres y respetuosa con todo el mundo; santificaba las fiestas; «no empleaba el santo nombre de Dios en vano;» no deseaba la mujer de su prójimo, ni aun en sueños; confesaba y oía misa todas las semanas; dedicaba á San Antonio todos los martes, y á las llagas de Nuestro Señor Jesucristo todos los viernes; rezaba el rosario todos los días á coro con su familia, y no recordaba haber dado nunca, durante el santo ejercicio, cabezadas de sueño, como élla sabía que hacían otras; creía á pies juntillos en Dios, y en la Virgen, y en los santos de la corte celestial, y en el Padre Eterno, y en Jesucristo, su Hijo Nuestro Señor, «que está sentado á su diestra.» No se le había ocurrido en la vida envidiar á

nadie, ni aun á la vecina del cuarto principal, que saca todas las tardes al balcón unos vestidos muy bonitos, y...—¿Pero es posible esto, Dios mío? —Después de dos horas de cavilación, resulta que no tiene nada de qué declararse pecadora ante el confesonario.—Otra vez será.—Y hace girar la silla, vuelve la espalda á la mesa y cruza un muslo sobre otro para quitarse las cintas de sus zapatos. Hay que acostarse para no tener mañana la cabeza atontada de sueño durante todo el día. Pero ¡cál! Aquello no puede terminar de esa manera... Aquel examen de conciencia no está hecho cumplidamente, cuando no ha sido capaz de poner de manifiesto ni una falta venial siquiera. No vale, no; seguramente no vale nada de lo que ha hecho. Hay que volver á empezar. ¿Iba, por ventura, á arrodillarse ante el confesor para decirle: vamos, padre, dadme desde luego vuestra absolución, que estoy tan en gracia de Dios como el domingo pasado al separarme de la rejilla de vuestro confesonario; no tengo ningún pecado de que confesarme? ¡Soy una santa!...

—¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Creerse una santa, y creerlo de todo corazón, nada más que porque se ha procurado ser buena durante siete días seguidos!

Hay que reempezar...

Y vuelve el cuerpo á adoptar la posición que en un momento de alegría inmotivada abandonara: la cabeza entre las manos, los codos de bruceas sobre la mesa, el pecho vencido hacia adelante por la violencia de la reflexión. Bucea briosamente. Pero por mucho que profundiza en sus recordaciones, no encuentra lo que se promete; algo de inmundicia, un poco del detritus de la vida.—¡Ay, no halla sino perlas!

Aquello no puede ser, y no puede ser. Un gato blanco de Angora, que está sentado sobre la cama mirando fijamente á Lola como extrañado de no verla ya durmiendo, envuelta entre las sábanas del lecho, se decide por fin, harto de su prolongada espera, á hacer la rosca. Comienzan á llenar el aire los ruidos de la mañana, y como en este mes de Julio amanece tan temprano, el cacho de cielo que se ve por el balcón de la alcoba de Lola, completamente abierto, principia á teñirse de una ligera entonación lechosa, y las estrellas á desaparecer una por una, como faroles cuya luz se extingue. Por la parte del ferrocarril del Norte comienzan á percibirse zumbidos de humanidad, semejantes, oídos así á distancia, á los zumbidos de la abejas cuando merodean alrededor de sus colmenas. Va á amanecer. Va á amanecer en el cielo, y continúa siendo noche

profunda allá en el pensamiento de la joven. ¡Ay! ¡Y no habrá quien le recuerde una falta cometida, aunque sea ligerísima, aunque sea venial, en aquellos siete días transcurridos!—¡Un pecado por el amor de Dios!

Atención, vuelve á empezar. Ahora sí que va de veras. Hay que pasar revista como en un mapa, señalando con el dedo, á todas las monstruosidades, á todas las porquerías de que es capaz el ser humano.—La gula: ¿pero Dios mío, qué es eso?—La lujuria: ¡ay, yo me voy á morir de una sofoquina esta noche! Yo no sé lo que es lujuria ni lo que es tampoco gula...—Se rascó con fuerza la cabeza, automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía. El peinado deshecho, fofó, daba al pelo una inspiración y una gracia de que carecía antes, alisado metódicamente, dividido en dos bandas con idéntica sencillez que las estatuas griegas. Ahora el pelo comenzaba á inundarle hasta la mitad de la espalda, y daba á la virgen aspectos de bacante. Venía de una batalla de amor. Parecía salir de una batalla de amor.—¡Ah! ¿es, por ventura, que esa ignorancia suya no constituía un pecado, y un pecado de los gordos? ¿que no? ¿que sí? Pues por si acaso, voy á apuntarlo. ¡Ya tengo uno! Ahora á seguir mi *examen de conciencia*.

Se había hecho el día completamente. El movimiento de trenes aumentaba en la misma proporción que el sol subía en el horizonte. Los silbatos de las locomotoras y la respiración angustiosas de las válvulas llenaban el aire de sonidos de fragua. El gato dormía profundamente á los pies de la cama haciendo la rosca, tranquilo, con esa completa tranquilidad de una bestia sin cuidados.

—¡Un pecado; otro pecado cualquiera, por el amor de Dios! ¡Que no vaya yo á hacer la confesión del sacrílego que se postra ante el sacerdote para salir del paso, y luego, nada!... ¡Yo no quisiera condenarme por culpa de esta maldita memoria mía!

Apagó la luz del quinqué que ardía sobre la mesa. Hacía media hora que el sol iluminaba la tierra, y Lola no se había apercebido de ello hasta entonces.—¡Ay, otro pecado por el amor de Dios!

Así eran todas las vísperas de confesión para aquella pobre niña. Un suplicio, un tormento. Toda la noche sin dormir, con la cabeza echando chispas, reconcentrada la vida en el cerebro, y á las siete de la mañana, compuesta ya, lavada, peinada, para ir á la iglesia, y atracarse de misas, y confesar, y recibir el cuerpo de Dios en su es-

tómago debilitado por quince ó dieciseis horas de ayuno, y volver luego á casa, siempre por el mismo camino, andando á pasitos menudos para no caer redonda en medio de la calle, perdidos los hermosos colores de la cara, mirando al suelo y no á la vida que pasaba heterogénea al lado suyo y de la que élla apenas si formaba parte, y todo eso para tener el gusto de decir al llegar á casa: «papá, déme usted la mano que se la bese; vengo de recibir el cuerpo de Dios; soy una santa.»

Era una mártir.

Otra vez, perdida de recursos, se dió á recordar los menores incidentes de sus confesiones anteriores, á ver si eso la iluminaba.—Pero con orden. Hay que comenzar las cosas por su principio para rematarlas cumplidamente. Sí, eso es. La célebre confesión en que don Gregorio tomó el tema de preguntarle cosas difíciles. Resucitar los incidentes de esa confesión por el recuerdo.—Se había hincado de rodillas ante el confesonario, á tiempo que se extendía el velo por ambos lados de la cara, de modo que ningún profano pudiera distinguirla las facciones, ni más ni menos que si aquella cualquier cosa que iba á hacer con el hombre del confesonario, fuera una cochinería ó una indecencia, y lo había saludado tendiéndole la mano derecha, que él retuvo entre las suyas

largo espacio de tiempo, interesado por saber noticias de don Francisco, de doña Dolores y de todos los hermanitos. Era invariablemente su confesor, desde que vivía en Madrid, el grande amigo de su casa, don Gregorio.—Luego había dicho á media voz, con una velocidad de carretilla, el *Yo pecador*, y después de cumplido ese preliminar indispensable, á invitación del sacerdote que la llamaba desde el fondo tenebroso de su escondite, hija, hija suya, había comenzado la pecadora á hacer relación de las faltas cometidas contra Dios, contra ella misma y contra la sociedad, á tenor de las enseñanzas adquiridas en el *Libro de oraciones para salvarnos*. Muy pocas, muy insignificantes faltas, afortunadamente. ¿Pero cuáles eran esas faltas de que se había confesado el domingo anterior? Las necesitaba recordar ahora, á ver si había reincidido prevaricando. Pero,—¡oh, desgracia! eran las de siempre, las de hacía dos domingos, y las de hacía cuatro, y ocho, y veinte, ¡las faltas de toda su vida!—alguna ligera mentirilla, una mala contestación á su mamá, una alborotada disputa con sus hermanos...

¡Pero la envidia, la calumnia, la lujuria, la gula! ¡Qué horror!... ¡Y después de eso las llamas del infierno!

Le inspiraba miedo don Gregorio, porque siempre se resistía á creer que fuese tan pura. Y en ocasiones le hacía unas preguntas que la hacían ponerse encarnada hasta la raíz de los pelos.

—¿Pero de verdad no tienes novio? ¿No te gustan los hombres?

—¡Oh! no, padre, no; prefiero mis oraciones y mis quehaceres.

—¿No te se ha ocurrido nunca pensar en ellos?

—¡Pero, Dios mío! ¿Cómo, si no tengo tiempo? ¿Qué sería de mi mamá si yo no la ayudara en todos los trabajos de la casa?

—¡Ah! ¿pero tú sabes que esa continencia tan absoluta es indicio grave de soberbia, porque significa un amor exagerado á sí propio, que Dios castiga con todas las penas del infierno?

—¡Ah! no, padre; yo no sabía eso, y prometo la enmienda!...

—Vamos á ver, hija mía; cuando te ocurre soñar por las noches, ¿cuál es el asunto de tus sueños?

—No sueño; caigo rendida en la cama, porque me levanto muy temprano, y no paro de tragar en todo el día; siempre tengo algo que repasar ó coser de mi papá ó de mis hermanos, después de terminadas las faenas de la casa...

—¿Pero no has soñado nunca?— Entonces, ¿qué es lo que haces en la cama?

—Dormir; duermo.

El padre había sonreído maliciosamente: le cogió á su penitente una mano, y le susurró al oído:

—¿Nada más que dormir?

No supo Lola qué responderle; se quedó turbada. Élla no sospechaba siquiera la existencia de gentes que se metieran en la cama para otra cosa que para dormir lo más sosegadamente posible. No pudo darse cuenta de aquella pregunta, que le parecía como formulada en lengua extranjera. Ni una sílaba entendió de ella.

Y luego en voz más queda:

—¿Es que no sientes las tentaciones de la carne?

Lola rompió á llorar, avergonzada de su ignorancia. Tampoco se la alcanzaba un ápice de lo que quería expresar esa frase: las tentaciones de la carne...

Don Gregorio creyó comprender. Estaba visto: aquella muchacha, como todas, sabía dónde tenía la vergüenza. Lloraba porque se veía descubierta. ¡Ah, tontillal pero después de todo, ¿qué tiene de particular eso?

—Vaya, vaya, para que te convenzas de que

no es pecado lo que me dices, dos *salves* nada más de penitencia. Y estos caramelitos para que te acuerdes de mí hasta mañana á la noche en que iré á verte... en que iré á veros,—rectifico con prisa;—expresiones á todos.

Luego le echó la bendición á tiempo que, entornando los párpados, prorrumpió entre dientes en un latín bárbaro y rutinario.

A partir del domingo aquel, el confesonario de don Gregorio se había convertido para Lola en verdadera cátedra de libertinaje. No respetaba nada la voracidad satiriaca del confesor. Quería saberlo todo, ya que no le era posible tentarlo y gustarlo todo. Llevaba la indiscreción de sus preguntas hasta un cinismo que tenía derecho á pedir plaza en los tratados de medicina legal, allí donde se ocupan de la aberración en los órganos genitales del hombre, el furor erótico ó la satiriasis. Sólo que la lujuria de don Gregorio, como macizo de hipocresía que estaba, era una lujuria mansa, capaz de contenerse. Ni una sola vez dió que decir á sus compañeros de oficio, asustando á sus hijas de confesión con las preguntas pornográficas que les dirigía. Poseía el arte de las medias palabras, y acostumbraba además á llevar provisión de caramelos en los bolsillos... Pero Lola hacía algo más que asustarse con la pala-

bra venenosa del hombre negro. Enfermaba á todas luces; iba perdiendo los hermosos colores de la cara. Le asaltaban manías, caprichos extravagantes: se le apuntaba el histerismo.

El cura contemplaba su labor de estrago, y sonreía satisfecho. Esa labor era su arte; la tallaba y la pulía con el mismo mimo que un escultor su estatua. Sólo que tallaba con cieno en vez de con mármol, porque era el cieno su primera materia. Hacía obra de impudor y de desvergüenza. Preparaba, y más que eso, construía artificialmente el momento en que Lola fuera la presa infame de su lujuria de cura. Eso: la gran vergüenza. Una barragana.

Fué, pasando revista á estos recuerdos; fué, poniendo en prensa á su memoria, como logró al fin topar con otro pecado que la librara del compromiso en que se veía. Sí; era cierto que hacía dos ó tres noches había soñado, más con angustia que con placer de sus entrañas, había soñado que estaba entre los brazos de un hombre. Un hombre cualquiera, de cuya fisonomía no se acordaba; pero brutal, como se figuraba á todos, y vigoroso, como un atleta de circo. Y á pesar de que en sueños se da generalmente más de lo que la naturaleza posee, porque es la fantasía quien dispone, era tan poca la virginidad que había

gastado Lola en la pesadilla ó el sueño, que al saltar de la cama al día siguiente, apenas si se acordaba de que algunas horas antes esa grandísima loca de imaginación le había hecho celebrar fantástico himeneo con un hombre de cuya fisonomía no se acordaba. ¡La grandísima entrometedora!...

—¡Ea, concluyó lo que se daba!—Ya podía dar fin á aquel examen ó á aquel suplicio de conciencia.—Ya tiene dos pecados de que acusarse. Pero sobre todo, uno, el último que había recordado. ¡Una soberbia presa para don Gregorio!

No tuvo sino cerrar las puertas vidrieras del balcón y desatarse los lazos de los zapatos, cruzando un muslo sobre otro, para meterse en la cama. Acabó de deshacerse el peinado, quitándose las horquillas que lo sostenían, y volviéndole la espalda al gran foco de claridad que entraba por las maderas del balcón, mal entornadas, de cara á la pared, cerró los ojos, suspiró de satisfacción dos ó tres veces, rendida de aquella prolongadísima velada, y á los cinco minutos dormía profundamente, sin desarrollar ningún movimiento con el cuerpo ni dejar salir ningún ruido por la boca, con el mismo abandono de un niño de pecho que duerme entre los brazos de su nodriza.

El gato de Angora que estaba tendido á los pies de la cama, despertó malhumorado, bufando de coraje por la imprudencia de su ama. Apoyó el cuerpo sobre sus cuartos traseros en esa elegante actitud que hace del gato el animal más artístico de la tierra; bostezó enormemente mostrando al descubierto su fina dentadura de bestia carnícora; se atusó el bigote, exactamente igual que un mico, con una de las patas delanteras; se hizo luego pacientemente y con ritmo la *toilette* de la cara, y montando sobre el cuerpo de la joven, que se destacaba debajo de la sábana que lo envolvía, imponente de corrección y de gracia, llegó hasta la cadera, hizo de ella su lecho, cerró los ojos con expresión beata, y pareció quedar dormido de allí á pocos momentos. Como si hubiera dejado de pertenecer al mundo, Lola no se mostró sensible al ligero peso con que el gato le daba á conocer sus simpatías y cariños, en la única forma que le es posible á una pobre bestia que ignora nuestro lenguaje. Ni se movió siquiera.

Fué desde entonces, hasta dos horas después, augusto el silencio que reinó en aquella casa. Parecían puestos de acuerdo hombres y cosas para mantenerlo. Sólo el silbato de la locomotora abría de vez en cuando soluciones de continui-

dad, con la ponderación de su sonido, á la paz solemne de las calles y de las casas. Un jilguero que había en el comedor dormía también, con la extraña postura que adoptan las aves en su reposo, una pata encogida bajo el plumaje y la cabeza oculta en la pechuga; más semejante á una pelota de colores que á un organismo animado y nervioso.

*
* *

Antes de la marcha de Paquito al Seminario de Madrid-Alcalá, la organización de la casa era distinta. Paca dormía con Lola en la misma alcoba; Nazario con Evaristo, y sólo á Paquito le permitían el lujo de una habitación aparte. Pero con su ingreso en el Seminario se habían introducido en la casa pequeñas modificaciones. Ausente el futuro obispo, ya no tenía don Francisco predilecciones por nadie. Lo mismo se le importaba Juan que Pedro. Pero la madre, no. La madre amaba á Nazario sobre todos, y en su defecto á Paca, y ésta fué la que substituyó á Paquito en su alcoba privilegiada. Así resultaba que las dos hembras tenían habitación separada, y que Nazario y Evaristo dormían en el mismo cuarto.

Producidas por la misma educación, Paca y

Lola, salidas ambas del mismo vientre, viviendo las dos en íntimo contacto las veinticuatro horas del día, no habiéndose separado nunca, claro es que si en lo físico había notables diferencias entre una y otra, dependientes más del desarrollo que del temperamento, en lo moral, las distancias se achicaban, y preocupaciones y creencias eran en ellas tan semejantes como dos gotas de un mismo líquido. Sólo que obedeciendo á las leyes fisiológicas de la proporción de fuerzas, lo que en Lola pudiera ser pasión, era en Paca capricho más ó menos intenso, y lo que en la primera se manifestaba como necesidad, se revelaba en la segunda como deseo, resultando de esto que Lola era capaz de la risa alborotada y del llorar á gritos, mientras que á Paca, cuando se le ocurría reir, sonreía, y cuando llorar, hacía *pucheritos* con los labios, como los de esos niños chiquitines que expresan de tal modo su disgusto. Pero la misma ignorancia, idéntico pensar rastrero, igual insurrección callada contra las leyes biológicas de la existencia. Huyendo de la expansión, en nombre de las benditas ánimas del purgatorio, y del trato con la gente, en recuerdo á los Siete Dolores de María Santísima. Completamente perdidas para la vida.



Confesaban las dos en la misma iglesia todos los domingos invariablemente, pero usaban confesores distintos. A Paca le había tocado en suerte un sacerdote viejo, completamente arrugado por la vida y tan íntimo conocedor del pecado, que no le hacía aspavientos por monstruoso que fuese; ni indulgente ni severo, muy poco brutal, y que podría ser, al decir de sus penitentes, un confesor completo, si no fuera por la desgracia de que le apestara el aliento hasta provocar la náusea en cuantos se ponían en el caso de aspirarlo. Y el sacerdote, que no echaba de ver esa su falta, acercaba su cara á la del penitente de un modo que daba horror.

Quizás como determinación de sus muchos años, de su impotencia; quizás también por algo de *misogismo*, que pudiera decirse, no dirigía nunca preguntas arriesgadas á las muchachas que se aproximaban al escondite de madera buscando la gracia. Rehuía sistemáticamente tratar con ellas cuanto pudiera referirse á las exigencias y las aberraciones de los sexos, sabiendo por experiencia que hablar de amor con una mujer, es medio indirecto de hacerle la corte, y que una doncella, á la que se le mienta la palabra «placer,» y se le pregunta luego, en forma más ó menos suave, por los incidentes de la última baca-

nal secreta que ha celebrado consigo misma, está más en camino de perdición y lascivia que no dejándola tranquila en la amplia posesión de su organismo. Parecía obligado como por una especie de convencionalismo tácito de vergüenza, á no degradar el instituto de la penitencia hasta convertirlo en oficio de seducción ó alcahuetería. Un tanto torpe en la emisión de ideas, y con el aliento perdido de malos olores, no consiguió grandes triunfos desde el cuchitril en que confesaba. De otro modo, hubiera hecho milagros.



Dieciocho años tenía Paquita, y veinte Lola, y por arte distinto de sus confesores, la primera ignoraba el placer de los sentidos, mientras que la segunda tenía de su existencia y de su localización precisa en el cuerpo de la mujer y en el del hombre, noticia formal, aumentada cada siete días, dominicalmente, con nuevos datos de don Gregorio.

Sin embargo, las dos continuaban creyendo, como en los buenos tiempos de su infancia, que á los niños recién nacidos los enviaban de París por encargo directo de los padres; y siendo tan robusta y estando tan viva Lola, y teniendo muy cerca de los veintiun años, todavía

era capaz de llamar á su madre para preguntarle dónde estaba la canastilla en que la habían transportado desde la capital de Francia. Conocía la ley de relación de los dos sexos, el del varón y el de la hembra, porque don Gregorio se lo había enseñado, pero no suponía sino para el placer las intimidades de los sexos diferentes, completamente extraña á los misterios de la concepción. Cuando nació el más pequeño de sus hermanos, Evaristo, élla tenía ya ocho años, pero sus padres la enviaron á casa de los abuelos maternos, en unión de Paquito y de Lola, haciéndoles creer que ellos se iban fuera por una pequeña temporada.

Nazario se quedó en casa porque no tenía sino dos años. Y cuando salieron del hogar prestado y volvieron á su casa, don Francisco les enseñó una criatura monstruosa, casi negra, envuelta en pañales, al mismo tiempo que satisfacía la curiosidad de los chicos, diciéndoles: «Éste es un hermanito vuestro que ayer mismo recibimos de París; ya veréis lo mono que se pone en cuanto esté un poco más crecido.» Y como Lola preguntara por la canastilla, no porque dudara de su existencia, sino porque quería enredar un poco con ella—se la figuraba más bonita que un costurero—doña Dolores salió en defensa de la

turbación de su marido, diciéndole á Lola que había sido preciso devolver la canastilla al sitio de su procedencia, porque no estaba pagada; pero que no perdía nada con no haberla visto, porque era tan fea, que parece mentira que en París pudieran hacerse esas cosas... Y luego tan basta como un cesto de traer huevos. ¡Conque figúrate tú!...

La cuestión quedó reducida á estos extremos, y ya no volvió á hablarse de la canastilla para nada.

A esos sumandos de ignorancia podía añadirse la estudiada discreción con que don Gregorio ocultaba á Lola en sus conferencias semanales de libertinaje, el resultado probable de la cópula entre organismos de distinto sexo; la concepción de la hembra. Lola, ni la sospechaba siquiera.

Precisamente el domingo anterior—la fecha es bien reciente—tuvo un encuentro en la calle, al regresar de sus ocupaciones de la iglesia, que la impresionó con extraordinaria rudeza. Una mujer, tan adelantada en su embarazo, que le llegaba la barriga hasta la boca, como expresa la pintoresca frase popular. Y casi con miedo, retirando con asco la mirada de aquel vientre inflamado, preguntó á doña Dolores, que, como siempre, iba sirviéndole de guardiana, qué nombre tenía la

enfermedad que tanto desfiguraba á la mujer aquella...

—Me fastidias con lo preguntona que eres: una hidropesía; una enfermedad que sobreviene de beber mucha agua. Ya lo ves, se hincha el vientre, y...

No pudo concluir la oración como le ocurría generalmente.

Lola se prometió no beber agua en toda la vida.

Seguía enfermando.

III.

Cedió don Francisco, pero no sin combate. Le atacaban á la vez por dos sitios diferentes, y aunque era fuerte, no era hombre para tanto. El jefe de su negociado en la dirección (don José Gutiérrez de la Mármara, 6.000 pesetas de sueldo y treinta y cuatro años de antigüedad) era quien con mayor obstinación atacaba. No se había quitado todavía don Francisco el sombrero, al entrar en la oficina, cuando escuchaba invariablemente esta pregunta de su jefe:—¿Cuándo va usted á llevar á sus niñas á casa?—No se había aún llevado la primera cucharada de sopa á los labios, cuando le acometía análoga pregunta, formulada por cualquiera de sus dos hijas, generalmente por Lola, mayor en edad y en arrojo que la pazguata de su hermana:—Papá, ¿cuándo nos va usted á llevar á casa de don José?—Era una conjuración perfectamente tramada, contra la cual no había forma humana de batirse.

A sus hijas les respondía con toda la crudeza de quien no se cree obligado á guardar miramientos de lenguaje con los suyos:—Cuando me dé la gana, ¿estás? Y yo me figuro que no me va á dar la gana nunca.—Con don José, jefe de negociado, 6.000 pesetas de sueldo y treinta y cuatro años de antigüedad, no podía permitirse esas insurrecciones contra la cortesía que todos nos debemos:—Un día de éstos, en cuanto Lolita se sienta un poco mejor de sus dolores de cabeza y de sus pijoteros nervios: ¡demonstre de chiquilla! ¡se ha empeñado en ponerse mala!

Pero, ¡cál! Ni los nervios de la chiquilla se normalizaban, al decir del padre, ni éste sentía crecer en un ápice su voluntad de dejar ir á las niñas á la tertulia de los señores de Gutiérrez.

—Ya tendré el gusto de mandárselas á usted un día de éstos. Ahora parece que Lolita ha entrado en un período de relativa calma. Esos nervios no la dejan.

Y así pasaban los días, y las semanas, y los meses en una constante invitación del jefe y en un eterno disculparse del subalterno, sin que Lola ni Paca llegaran á la posesión del gran pedazo de gloria que para ellas significaba eso de asistir á una tertulia, y de Madrid nada menos, en la cual habría ¡quién saber! hasta piano, ¡como quien

no dice nada! El argumento completo de un gran sueño, realizado en plena deleznable vida, en este *valle de lágrimas...*

Estropea el cuerpo, y aja la voluntad y quita las ganas de vivir, eso de tener ocupadas ambas manos con el estropajo ó el rosario toda la mañana y toda la tarde, y luego también parte considerable de la noche, pasando así de un ejercicio de bruto á una ocupación de imbécil, en menoscabo severo de la dignidad humana, que cansada de llorar acaba á la postre por rendirse. Muy santo y muy bueno que se barra el suelo y se friegue la loza cada veinticuatro horas, diez veces al día, si es preciso. Pero que no constituya eso, por Dios, porque no puede ser, porque es doloroso y sangriento, el argumento exclusivo de ningún destino humano. El mundo no concluye en las cuatro paredes que limitan la alcoba ó la cocina. Más allá, y por todas partes, está la Naturaleza, que no se harta nunca de ser fecundada. Cuando se tiene veinte años y quema la sangre como un ascua, renegar de la vida al aire libre, bajo la magnífica amplitud del cielo, es un disparate, que muy singulares veces se realiza; á esa edad no se deserta completamente de la vida sino desde el lecho de un hospital ó la celda de un manicomio, allí donde se manifiestan más

claramente las descomposiciones y los desequilibrios de la materia. Podéis imaginaros la violencia de la lucha.

Don Francisco resistía sin desfallecer...—¡Esos pijoteros nervios de la chical ¡Cóncholis con las cosas raras que le dan á las mujeres!—Y como consecuencia de las dos premisas asentadas... «el domingo será; de este domingo no pasa»...

El jefe del negociado no volvió á cuestionarle á ese respecto. Se tornó serio, llegó á regatearle intensidad en el saludo, y á responder con un leve movimiento de cabeza al expansivo «buenos días tengan ustedes, señores» con que el subalterno hacía diariamente su entrada en el despacho. Y llegó á más; llegó á más todavía. Una vez dijo en voz alta y clara que las hembras cabales no deben sufrir otra enfermedad que esa que es característica del sexo y que acomete á las mujeres, una vez cuando menos todos los meses; otro día dijo en voz alta también, de modo que todo el mundo lo entendiera, que padecer de los nervios era cosa de locos. Callaba don Francisco, como siempre hacía ante los superiores. Pero de buena gana hubiera citado el caso de Teresa de Jesús, que era el nombre que en esos casos se le venía irremisiblemente á la boca, á ver cómo se las componía el jefe para conciliar su opinión

con los síncope tan frecuentes de la Santa...

Entonces fué cuando se rindió. ¡Dios mío! ¡Qué gran violencia! ¡Ser uno, uno mismo! ¡oficio inno-ble de verdugo! el que lance á sus propios hijos, cogiéndolos por la cintura, á la fuerza, ¡ay, allá va eso! ser uno mismo el condenado á lanzar á sus propios hijos á merced de esas corrientes so-ciales que lo arrasan todo como las inundacio-nes; ¡que arrasan principalmente á la juventud! Se odia y se teme al mundo, que es, al decir amargo de los libros devotos, agencia abierta de perdición; se sabe que el Cristo enclavado que preside desde lo alto de su tragedia los destinos de la vida, no ejerce influencia sino en el templo, sobre el altar, lanzado de los hogares como una mala polilla, vuelto á supliciar de nuevo como un perturbador peligroso; se interpreta el descote de una mujer en traje de baile, por manifestación de afecto á Satanás, y el frac de un hombre de mundo, por desesperada blasfemia contra el cie-lo; se considera pecado el arte, pecado el amor, pecado todo aquello que no tenga por residencia fija el hogar ó el templo; háse renegado de los sexos, de sus inefables atracciones, de las corrien-tes de fecundidad que hacen á la vida generosa y buena; se ha llegado, en fin, al cenobitismo, aunque puramente de imaginación, en pleno si-

glo XIX, y con todo eso está uno obligado á llevar del brazo á sus hijas á una tertulia mundana para que las chicas se diviertan, y con eso quedan en aptitud de devolveros, á cambio de vuestra condescendencia, lo sólo que de esos aquellares puede recogerse: infamia y pecado; ¡pecado, sobre todo! ¿Es esa la medida exacta de cuanto se exige de mí, Dios mío? ¡Ah, el sacrificio de Abraham, las pruebas de Job!... Simplezas.

Cedió don Francisco. Y un sábado, después de la cena, avisó á sus hijas que al día siguiente las llevaría á casa de don José, á la tertulia de los señores de Gutiérrez, como más enfáticamente, por instinto, la mentaban las desventuradas hijas del beato. Anunció la nueva apretando los dientes, á la desesperada, dejando apenas que las palabras salieran de los labios con articulaciones de vida. La susurró, mejor que la dijo. La susurró, como podría haberlo hecho un hombre casi asfixiado por un ataque de dispnea. Ahogándose.

¡Ah, los preparativos de la fiesta! ¡Aquello parecía que no iba á concluir nunca! El asalto de Roma por los bárbaros, el saqueo de los templos; eso, un verdadero saqueo, todo revuelto y confundido de arriba á abajo, abiertos los baules y los cajones de la cómoda, cubiertos de trapos de uso todos los muebles de la casa, alborotada la

vecindad con los gritos y las exclamaciones de mando de las tres mujeres, proclamado allí en aquel reducido pedazo de terreno, el período caótico ¡y en plena constitución física del planeta!— eso, eso exactamente, saqueo, génesis de vida, fué lo que ocurrió en la casa de don Francisco toda la mañana y toda la tarde del domingo aquel en que las dos niñas prisioneras iban por fin á verse á presencia del más grande pedazo de humanidad que hubieran nunca presenciado en sus comercios con la vida, tan sórdidos y tan extraños... ¡Y luego, la acometividad nerviosa que lleva á todos los temperamentos el simple anuncio de una revolución que se acerca, que llega ya, que por fin se echa encima! Y se echó encima por completo. —Han cenado de prisa y corriendo, como expresa la admirable locución popular, y en este mismo instante suena la última campanada de las nueve.—Figuráos. Las nueve de la noche; ¡la hora justa! ¡Oh, cuántos abrazos, uno, y además otro, y luego otro, á la mamá, que se queda embobada viendo salir á las niñas, y á los hermanitos también, á Nazario y á Evaristo, á todo el mundo, en el desbordamiento de un inmenso júbilo que no conoce límites, cuya fórmula de expresión habría de ser tan atrevida como la de otro infinito cualquiera!—¡Ah, que es bella cosa vivir, y vi-

vir á gusto con unos papás á los que se quiere tanto! ¡Que la vida es cosa rica, que trasciende á gloria!

*
* *

Vivían los señores de Gutiérrez de la Mármara en un piso segundo de la calle de la Manzana, que sobre otras ventajas, tenía la de su proximidad al inmediato mercado de los Mostenses, y la de no estar muy desviada de las oficinas del ferrocarril del Norte, campo de operaciones y comedero también del jefe de don Francisco. Era la casa una de esas construcciones de hace cuarenta años, cuya fisonomía consiste en no expresar nada que os choque ú os sobrecoja el ánimo. Sin ningún detalle de originalidad ó de elegancia en la fachada, ni alta ni baja, con igual número de balcones en todos los pisos, la ignoran los ociosos de la capital, y sólo deja de ser un mito su existencia, para el casero y para los inquilinos que en la casa habitan. Era barata, bien proporcionada á los medios de las familias burguesas que ocupaban sus compartimentos; y como detalle típico vale la pena de reproducirse lo que de la casa afirmaba su portero: que en veinte años que la administraba, no se había dado el caso de que ninguno de los inquilinos dejara de hacer efectivo el pago de la mensualidad el mismo día de la

presentación del recibo. Gente honrada, pues. Con títulos bastantes para llamar perdidos á los que, por malos tratos de la suerte, no estuvieran siempre en la aptitud de pagar sus cuentas al contado.

El matrimonio aquel vale la pena de la descripción y aun del análisis. Llevaban veinte años de cohabitación marital, y tan miserables de naturaleza eran, que en todo ese tiempo no habían llegado á dar por hecho lo que es sin disputa el principal fin del matrimonio, de la unión de los sexos legitimada por el *visto bueno* de la sociedad: la reproducción de la especie. Élla estéril, y él también; marcados los dos con sello maldito que los condenaba al cumplimiento de destinos solitarios, su representación biológica era semejante á la de esos árboles abandonados y escuetos que se ven resaltar en algunas planicies, y que como azotados por vientos de desesperación, afectan el aire trágico de todos los organismos que viven insurrectos contra las disposiciones de la vida; sin hijos, y sin el concurso de vegetaciones parásitas que los abracen amorosamente hasta el cuello: como si no tuvieran otra misión que la de dar asilo á los gorriones del campo, á los pájaros bohemios que no han sabido construir un nido en los aleros de las poblaciones.

Pero vivían bien, sin embargo. Un buen sueldo, sin más atenciones que las consiguientes á dos personas, predispone al aplauso con que el optimismo saluda al cielo siempre que se le ocurre mirar á las alturas. Decencia en la casa, abundancia en la comida, hasta lujo en la ropa, y luego reuniones todos los domingos. No se puede pedir más al buen Dios, so pena de incurrir con él en exceso de avaricia. Y luego, que no se preocupaban ni mucho ni poco, quiero decir, que no se preocupaban nada de las irritantes anomalías de la vida, y que es ese también un gran principio de felicidad. Habían sacado, pues, número premiado en la lotería de la existencia. Una aproximación al premio gordo, cuando menos.

Pero élla, la mujer, sentía, circulando con la sangre de sus venas, el hastío de aquella unión insensata que no parecía cumplir otra finalidad que la grosera de que un hombre y una mujer se hubieran casado exclusivamente para comer juntos en la misma mesa, durante toda la vida, la mujer á cuenta de su marido, y éste á costa de su rutinario esfuerzo de empleado, idéntico de intensidad los trescientos sesenta y cinco días del año. Por efecto de contraste, élla, condenada á la pasividad de una vida sin incidentes, se enamoró perdidamente de la aventura. Y como

era un ser exclusivamente material desde los pies á la cabeza, buscó las caricias ó los castigos del azar en el comercio de muchas intimidades que solicitaba y obtenía de los amigos de su marido, completamente extraña por su compleción á las aventuras espléndidas de lo ideal; entregóse en frío al adulterio sin llevar á él otro concurso que el de su voluntad de hembra corrompida; y ni le circulaba la sangre con mayor rapidez cuando pasaba revista á estas vergüenzas, ni dejó tampoco de consagrarle á su esposo en las horas de asueto que el adulterio le dejaba, todo el afecto que al pie de los altares y en las intimidades de la conciencia le había jurado; tan bien hallada en los lodazales de su infamia, como un pájaro en el aire ó un pez en el agua: admirablemente adaptada al medio degradante que la envolvía.

Pero como guardaba perfectamente las apariencias, y además no es cosa que los disgustos de la familia hallen su eco en las ondas sonoras de la calle, no es cosa de que uno mismo ofrezca participación á los vecinos en las intimidades, no siempre limpias, del hogar propio, don José callaba, fingiéndose ignorante de su deshonra, y tanto y tan bien calló durante toda su vida, que al cabo de algún tiempo, vencidas todas las repugnancias de los primeros años, él mismo no

sabría responder á quien le preguntara, qué clase de marido era, si era un marido tolerante, ó un marido ciego de esos que parecen haber inspirado la frase bíblica de «no ven la viga en el ojo propio y ven en cambio la paja en el ajeno.» Llamaba, continuaba llamando, como en los primeros meses de su coyunda, «mujercita mía, queridita,» á la hembra adúltera, y á semejanza de ciertas alcahuetas experimentadas, fingía un ataque de tos siempre que le ocurría entrar inopinadamente en la alcoba de su compañera, á horas extraordinarias, se entiende, medroso del riesgo que ocurriría topándose con *el otro*.

El otro, quien quiera que fuera, aleccionado por la mujer, llegaba generalmente al cinismo de no guardarle los mismos miramientos á aquel imbécil de marido que sentía cosquillas en la garganta cuando entraba en la alcoba nupcial para hacerle una pregunta á su compañera.

Y vivían felices y tranquilos, con la expresión beata de seres para quienes los graves ejercicios del pensamiento constituyen así como una especie de abuso contra-natura, y que además de eso tienen la costumbre de comer un puchero bien sazonado, para que el paladar lo goce, á una hora idéntica todos los días.

Pero á lo que sí llevaba enorme contingente

de pasión la esposa del jefe del negociado, era á su monomanía de concertar enlaces y noviazgos, de fundir uniones entre los concurrentes á su casa los domingos; era como un vicio de casamentería que en muchas ocasiones llegó á afectar los extremos de una verdadera locura. Gozaba más en adquirirle á una muchacha un novio, que en procurarse ella misma un hombre, cuando por rara ventura notaba frío el tercer puesto de su gran cama de matrimonio. Y se jactaba como un noble de sus timbres heráldicos, se jactaba de haber concertado doce bodas imposibles en el espacio justo de tres años. A cuatro victorias anuales, por consiguiente. Un poco menos que Napoleón, pero bastante más que el jefe de negociado, incapaz de ganar otras contiendas que la de los 24.000 reales de marras, y para eso á fuerza de antigüedad y de servicios. Lo que hace cualquiera.

*
* *

Cuando llegó don Francisco con sus dos hijas, eran ya más de las nueve y media de la noche. La reunión estaba en todo su auge. Semejantes por el instinto á todas las demás mujeres, un tanto confusas y sin darse cuenta de lo que hacían, recompusieron sus tocados con ambas manos du-

rante el trayecto de la escalera. Luego, al tocar don Francisco la campanilla de la puerta, hubo dentro del pecho de las niñas la angustia dolorosa de animales tímidos que se ven forzados á darle cara á un peligro y hasta á batirse con él, si llega el caso. Dirigieron una mirada tiernísima que demandaba protección, al beato, y al encontrarse (fué cuestión de un minuto, y mucho menos) al encontrarse con que la puerta de la casa aparecía abierta de par en par sin estremecimiento sensible del planeta y como si se tratara de la cosa más natural del mundo, ¡ah! sí, fué un milagro extraordinario de los nervios el que las dos mujeres no cayeran al suelo desmayadas, desvanecidas de terror ante el espectáculo de aquel mundo absolutamente nuevo que surgía imponente ante ellas; fué un fenómeno de resistencia, el que hubieran podido dar dos pasos hacia adelante, el esfuerzo locomotivo preciso para franquear la entrada de la casa, ¡y sin arrepentimientos posibles! dejando á sus espaldas la puerta que daba acceso á aquel misterioso cacho de Universo cerrada como un muro...

La criada que había abierto la puerta le preguntó su nombre á don Francisco para anunciarlos en el salón.

—¿A quién anuncio?

—Anuncie usted,—respondió don Francisco con voz breve y nerviosa,—á la familia de González...—Pero luego, creyendo que no era lo suficientemente preciso, rectificó diciendo:

—No; á la familia de González, no. A don Francisco González con sus dos hijas.

*
* *

Instantes después hacían su entrada en el salón de la tertulia, delante don Francisco y detrás las dos niñas, más muertas que vivas, deslumbradas, inconscientes de cuanto ocurría á su alrededor, casi cegados los ojos de la cara como ante los resplandores de una colosal apoteosis. Hombres y mujeres se pusieron de pie para recibirlos, y una vez cambiadas las frases de ritual entre los dos hombres, entre el jefe de negociado y don Francisco, la tertulia volvió á recobrar su insoportable aspecto de convención y de miseria humana.

Quedóse el beato en un extremo del salón, departiendo gravemente con su jefe y hasta con tres señores más que por razón de jerarquía y de años formaban una tertulia aparte dentro de aquella otra tertulia, y ya iban á incorporarse á su padre las dos niñas, abandonadas en medio de la sala, cuando les vino en auxilio la señora de

la casa, sonriente y ufana, con todas las apariencias de pretender nada menos que pasar como símbolo de la victoria.

Tuvo para ellas las frases de amabilidad gárrula que el idiotismo social pone en boca de sus elegidos.

—¡Ah, y cómo se hace siempre rogar lo bueno! ¡Todo este invierno, que hemos estado aguardándolas!

Se excusaron con el gesto, impotentes de la palabra.

—¡Pues poco ricamente que se pasan aquí, en paz y en gracia de Dios, las noches que nos reunimos! Y ya les habrá dicho papá que acostumbramos á reunirnos todos los domingos... Es decir, algunas veces acostumbramos á reunirnos también los jueves. Pero eso, no siempre. Generalmente es el jueves primero de cada mes...

Y de pronto, cogiéndose como una reina loca del brazo de sus dos nuevas amigas, y conduciéndolas á un viejo sofá de reps que llenaba uno de los ángulos de la pieza...

—Conque, vamos á ver, ¿cuál de ustedes dos es mi tocaya, se llama Lola? Me lo tenía dicho Gutiérrez...

—¡Oh, yo, señora!...—con verdadera timidez como quien confiesa una falta.

—Bueno, pues Lola y Paca, ¿no es así, Paquita? Es preciso que las cosas que les vienen á ustedes pasando concluyan para no volver á ocurrir nunca. Me ha hablado de ellas Gutiérrez... Que viven ustedes como en un convento, que no tienen visitas, que no salen á la calle sino para oír misa, que no van á la sociedad ni á los teatros. ¡Qué caramba! Dos pollas tan reguapas como ustedes, no es posible que hayan nacido para vestir imágenes, y nada más que para eso... Yo les prometo convencer á papá... entre Gutiérrez y yo, cada uno por un lado, convencer á papá...

La frase sincera, directamente salida de su propio manantial, el corazón, estuvo en los labios de Lola antes que en los de Paca; salió vibrando...

—¡Oh, gracias, señora, otra vez gracias; no sabe cuánto le deberemos mi hermana y yo; vivimos muy tristes...

—Bueno; pues todo eso yo me prometo que ha de concluir, y desde esta misma noche.

—Vamos á ver;—besó á Lola en una de las mejillas.—Vamos á ver, niña, ¿tú, nunca has tenido novio?

No es lo mismo ruborizarse hasta el rojo cereza, que responder. Lola se ruborizó solamente.

—Pues eso también corre de mi cuenta: lo ten

drás; fijate bien en todos los de la sala: pues ese, el más guapo...

Luego, volviéndose hacia Paquita:

—También á tí te tengo preparado otro; pero es preciso comenzar por tu hermana: es mayor, ya sabes, y tiene por eso más necesidad de casarse que tú.

Y sin transición ninguna de tono, fácil y descaradamente, como si se llevara tratándolas toda la vida, preguntó á Lola:

—Vamos á ver: y tú, ¿cuántos años le llevas á tu hermana?

—¡Oh, bien pocos! Dos años nada más. Todos mis hermanos se llevan dos años unos á otros...

Entonces, sentenciosamente:

—Pues mira, Paca: tu hermana necesita casarse, ó cuando menos procurar casarse, tener un novio, ¡dos años más que tú! Tienes que dispensarme la preferencia que la concedo... ya ves .. dos años de diferencia, y con lo rebonita que Dios la ha hecho...

Ocurría esto que vengo refiriendo, y don Francisco, desde el extremo de la sala en que formaba su tertulia, no quitaba ojo de sus hijas, temeroso de lo que pudiera estarles contando la mujer del jefe de negociado...—¡Demontre de chicas, y qué pronto han hecho migas con doña Dolo-

res! ¡Las muy tunantas que no parecían capaces de romper un plato!

—De modo que no quiero que nos separemos esta noche sin que hayamos encontrado solución al rompe-cabezas... ¿dónde está el novio? Y ahora, puesto que estamos en todo conformes, os voy á presentar á algunas de mis amigas... á algunos pollos también... un momento... voy á saludar á la señora del tercero... ¡ps! que es esa figura de cartón que acaba de entrar ahora.

Desapareció, y éllas quedaron plantadas en medio del salón como dos papanatas que no saben lo que tienen que hacerse con sus piernas. Vino en su ayuda un joven, un mozo bien garrido, grande, con largas patillas á la inglesa y quevedos con montura de oro sobre la nariz, bien trazado, más cerca de los cuarenta que de los treinta años, pero con las apariencias bien cuidadas de un hombre que tiene la decisión de ser completamente joven hasta los sesenta años. Vino en su ayuda, porque después de hacerles una profunda reverencia, en la que tuvo participación todo el tronco y la cabeza, dijo, dirigiéndose á Lola con la expresión y la mirada:

—¿Sería usted tan amable, señorita, que me concediera el vals que van á bailar ahora?

Dijo esto con una voz hecha de entonaciones

metálicas, voz de varón tan admirablemente timbrada, que oyéndolo... ¡bah! el amor, como casi todo lo humano, tiene un génesis desconocido: pero oyendo á aquel hombre, fácilmente se notaba que la voz humana es un agente tan poderoso de afectos y simpatías, como la palabra misma, verbo generador de cuanto llevamos escondido dentro del pecho, y aun más, si cabe...

La pobre niña no supo qué responderle. Pero como el hombre insistiera en su petición, Lola, sinceramente, con el candor de quien ignora todas las miserias de la vida...

—Pero es inútil. Yo no puedo complacerlo á usted, y lo siento. No sé bailar; no me han enseñado.

Aquel *galantuomo* no pudo reprimir la poderosa manifestación de sorpresa que desde el cerebro le había bajado á los labios. Pero se reaccionó en seguida. ¿Eh? No cabe duda. En aquella aglomeración de cursis, en aquella tertulia, había cuando menos una figura de salón, un hombre de mundo...

—No baila usted, y yo no quiero bailar tampoco, puesto que no puedo ser su caballero. Pero á falta de una merced, aun á riesgo de parecerle exigente, voy á pedirle á usted otra: la satisfacción y el cumplimiento de un favor nuevo.—Y

bajando la voz, aproximando un tanto su cabeza á la de la joven para hacer más intenso el ruego...—¿Me permite usted que sea su acompañante mientras que los demás bailan? Es una cosa bien sencilla para la generosidad, y que de consiguiente no le costará gran pena concedérmela. Y luego, que quizá yo podría hablarle á usted de cosas muy interesantes...

Élla susurró, sin darse cuenta de lo que su boca decía:

—Hace usted por mí el sacrificio de no bailar con quien le parezca... es usted tan amable... y siempre que mi papá no se incomode por eso...

El piano de la casa, actuando de amigable componedor, convirtió en difíciles las aventuras de este diálogo, haciendo sonar con sus voces metálicas, uno de los más populares valeses de Olivier Métra; se improvisaron, como por arte de magia, parejas de los dos sexos, que comenzaron á recorrer la sala, enlazadas del brazo; y confundidas de rubor, martirizadas por lo desusado de todo aquello, las dos hermanas se retiraron á uno de los ángulos del salón, allí donde fuera menos visible su vergüenza, profundamente arrepentidas de haber salido de su casa para nada.

Sentóse también á su lado el caballero de las

patillas... Y advertida doña Dolores de lo que pasaba, apartó del lado de su hermana á Paquita con el pretexto de enseñarle las otras habitaciones de la casa y luego presentarla á algunas amiguitas que deseaban conocerla. Don Francisco estaba en la habitación contigua, un gabinete, jugando á las cartas con el jefe de negociado y con los otros tres señores graves que formaban lo que, sin forzar mucho el concepto, podríamos llamar la tertulia de edad de los señores Gutiérrez. Si aquello no fué una emboscada en que todos, quién más, quién menos, pusieron sus manos, fué ciertamente una de esas asechanzas con que el destino cobarde se complace en envolvernos para darse luego el placer de que ni un solo día de la existencia humana pase sin la explosión de su catástrofe correspondiente.

El señor de las patillas, un señor Galán, soltero é inmensamente rico, al decir de doña Dolores, animado por la facilidad con que todos los elementos de obstrucción que pudieran oponerse á sus propósitos desaparecían como por encanto, insistió con su voz absolutamente conmovida, en la declaración amorosa que había comenzado á formularle á la joven.

¡Oh, sí; él prefería estar al lado de Lola á todos los placeres de la tierra!

—Me dice usted que no ha amado á nadie, y eso expedita el camino de mi declaracion; yo tampoco. Y es porque he sido siempre un poco exigente en materia de mujeres. ¿Qué quiere usted, Lola? Yo no me conformo con la primera que me manifieste su predisposición á hacerme caso. Yo he soñado siempre, y oígame bien que digo *siempre*, con una mujer tan exactamente parecida á usted misma, que de creer en brujerías, y en asuntos de amor y de mujeres estoy siempre dispuesto á creer en todo, que de creer en brujerías, estoy por afirmar que era usted misma...—y eso que no me olvido, al explicarme de este modo, que usted es por su edad una niña, y nada más que eso, mientras que yo soy un hombre completamente hecho...

—
...La vida es eso, el amor; ráyelo usted del alma humana, ráyelo usted también del alma de los demás animales, y nuestro planeta quedará convertido en un peñasco trágico, cuyo trayecto por la órbita que de infinito tiempo recorre, será semejante á una danza macabra eterna, expresiva solamente de desesperaciones y tristezas. No es completamente un ser humano aquel que no siente el amor diluído con la sangre de las venas.

...No hay más forma de amar que esta: entregarse por completo; en el amor, rendirse es saltar.

...¡Y qué felices podríamos ser, por toda la vida, si usted me prometiera esta noche quererme un poquito nada más, tanto así solamente!—y marcaba en su mano derecha el extremo de uno de sus índices.—¡Ah, la espantosa soledad de mi alma! ¡El frío que siento y el calor que usted pudiera proporcionarme!

...Los dos solos, ó como usted quiera, con su familia también, ¿por qué no? Yo me siento capaz de amar hasta á los objetos inanimados que usted toque con su mano de diosa, casi sagrada. Una piedra de la calle que usted pise con sus piececitos; pues eso, eso mismo. ¡Un altar ungido por el contacto de usted, y maravilloso de propiedad, para que sobre él apoye la cabeza!

Lola le respondió que sí; que sí, con el concurso combinado de toda su naturaleza, sangre ardiente, nervios bien templados, entrañas femeninas voluminosas, conformadas para el amor. Le dijo, congestionada de ilusiones, que sí con toda la boca, y fué como si lo hubiera dejado escrito con letras de estrellas sobre el firmamento,

porque tuvo la voluntad de que aquel sí durara toda la vida.

¡Esa vida larga, inagotable, de los católicos, que ni aun en el día supremo del Juicio final tiene término!

A poco más de las doce quedó disuelta la tertulia.

IV.

Fué, como si estando todos juntos para comer ó para rezar el rosario, entrara una bomba por la ventana, y reventara allí, á presencia de toda la familia reunida.

La carta decía de este modo:

«Queridos padres:

»Ni sé lo que voy á deciros, porque estoy completamente loca. Cuando prometí marcharme no supe lo que me decía, y ahora que ya me he marchado, escapado, no sé tampoco lo que me digo. Me ocurre que no he podido resistir, porque desde el primer encuentro estaba rendida. Yo creo, para explicarme lo que me sucede, que me han dado á beber algo. No he podido remediarlo; créalo usted, papá, se lo juro á usted, aunque sea pecado, por mi alma y por la suya, por nuestra salvación eterna. No he sido completamente yo; ha debido ser cosa de Satanás, cosa del diablo, esto que me pasa. Ya no puedo pensar, ni

sentir, ni escribir una carta como ésta, en la que yo desearía dejar estampados pedazos de mi alma; ya no puedo hacer nada, porque estoy loca. Se me figura que me han arrancado la cabeza de los hombros, y no sé tampoco si es esto lo que quería decir.

»Pero en fin, que es cosa hecha: que dentro de una semana estaremos casados, y que ya entonces iré á pedirle á sus labios y á los de mamá, el perdón que desde estas líneas humildemente les imploro.

»Su desgraciada hija,

LOLA.»

Cayó de rodillas doña Dolores sobre el pavimento esterado de la sala; y con los brazos en cruz, la cabeza [distendida con rigidez angustiosa hacia el techo, la vista errante, perdida por horizontes extraños...

—¡Señor, Dios mío! ¡Señor, Dios mío!—en un estado de inconsciencia tan absoluto, que bien considerado no era otra cosa que esa locura parcial de que hablan los especialistas en sus *trata-dos de las enfermedades mentales*... La huelga casi completa del cerebro, declarado impotente para servir de dique á las imponentes marejadas de la desesperación y el luto.

—¡Señor, Dios mío! ¡Señor, Dios mío!—sin que

ni la garganta ni los labios se mostraran fatigados de ejercicio tan monótono.

Don Francisco, por el contrario, quedó abatido, con el abatimiento pesado del buey herido por la maza del carnicero: Paquita y sus dos hermanos, sin color en las mejillas, y más que eso, lívidos, con la lividez de un espanto completamente animal: el abuelo, como no dándose cuenta de nada de lo que pasaba, seguía comiendo.

—¡Señor, Dios mío! ¡Señor, Dios mío!

Pero de pronto don Francisco habló, y la mujer dejó interrumpida su plegaria. Ya se sabe que en aquella casa no había otra voluntad, y hasta si se quiere otro metal de voz que el de don Francisco; reponiéndose á duras penas de su prostración, pero con la cabeza congestionada por los latigazos que la sangre le sacudía en pleno rostro; mascullando las sílabas y hasta las letras, porque el furor no le dejaba aptitud para la clara articulación de los sonidos, en el paroxismo de su desesperación espantosa de beato, ¡ah! ¡qué portentoso amontonamiento de necedades y de infamias logró formar á la buena de Dios, improvisadamente, sin más molestias que la de permitir á sus labios que se abrieran! ¡Qué gran cúmulo de necedades é infamias en pocos minutos!

—Sin la protección divina de la Santa Virgen

y del glorioso Patriarca, yo no hubiera podido resistir esto... la pelotada de mierda con que esa cochina de tu hija trata de ensuciar mis canas... y perderse élla también... condenada, por siempre jamás amén, á los horrores de los profundos infiernos... Esto es hecho; esa hija tuya no es cristiana; lo que élla ha hecho no lo hacen sino los judíos... Y cree que no lo siento por élla... ¿por élla? Así reventara en este mismo instante, como yo, con perdón de Dios, le deseo... sino por mí, por mí exclusivamente... porque se aparta de mi autoridad... y lucha contra ella... sin acordarse de que yo, cuando me desespero, soy capaz de estrujar al mundo entre mis manos como si fuera una nuez... y que luego me quedo tan conforme, sin remordimientos de lo que pueda haber hecho... Pero esa tunanta, pero esa grandísima puerca... muy santa, sí, pero mientras no se le ofreció ocasión de pecar... hipócrita... hipocritona... como todos mis hijos... menos ese santo de Paquito que reza por todos nosotros desde el Seminario de Alcalá... ¡grandísima hereje!... haciéndose de cuerpo en todos mis consejos, y tirándolos al excusado después... Sí, te maldigo una vez y cien veces; te maldigo, óyelo bien, con todas mis fuerzas.

Se había levantado de su asiento, y con el

puño cerrado por el odio, semejante á una maza, en actitud hermosa de combatiente, amenazaba á un punto cualquiera del espacio, allí donde en su arrebatado ciego de bestia apaleada creyó al principio que pudiera estar su hija, más fuera de sí y de las conveniencias del momento que uno de esos locos á los que encierran en una camisa de fuerza para que no se maten.

Quiso intervenir la mujer. Intervenir para pedir gracia, misericordia. Pero se horrorizó al instante de la audacísima determinación que se le había ocurrido...

¡Ah! no, ¡que levante el dedo quien se sienta con fuerzas para pelearse con ciclones!

—Maldita, y maldita, y maldita. Maldita sea.

Se sentó. Con las dos manos azotóse la frente, y la impresión de disgusto físico que eso le produjo, pareció calmarlo. Hubo una larga pausa, toda ella preñada de injurias y amenazas.

—¡Una niña en cuya educación yo me había esmerado tanto! ¡Que rezaba el rosario todas las tardes y se confesaba todos los domingos! Una niña así, ¡Dios mío! y con unos padres como los que tiene... Yo, ¡yo, sobre todo! de mi casa á la oficina, y de la oficina á mi casa, sin pararme á descansar y á buscar consuelo á mis trabajos en otro sitio que en la iglesia más próxima... siem-

pre lo mismo... hoy como ayer, y mañana como hoy, ¡siempre lo mismo! ¡consagrado á Dios y á ellos... y dándoles siempre buenos consejos!

Entonces la mujer se creyó en el caso de gemir algunas palabras.

—No ha sido élla, no; convéncete de eso... ha sido Satanás que la ha tentado...

Tuvo don Francisco la palabra sublime de realidad en los labios, y la soltó; la dijo:

—Vamos á ver, grandísima tonta, y entonces, ¿por qué Satanás no me tienta á mí lo mismo, y hace que de la noche á la mañana os abandone, como ha hecho esa cochina, aunque no sea más que para quitarme quebraderos de cabeza?

Cayó la cabeza de la mujer sobre el pecho como si hubiera recibido golpe mortal en la nuca; ni chistó siquiera.

Don Francisco continuó:

—¿Y por qué no tienta á tu hija Paca, y á tí misma, y á todos nosotros, que también somos de carne y hueso como esa perdida? ¿Es que te atreves todavía á defenderla? ¿No sabes que mi furor necesita de alguien en quien desahogarse, y que me siento capaz de emprenderla contigo á puñetazos?

Y le escarabajeaban en los músculos de los brazos ímpetus de violencia. Batió con ambos puños

cerrados, exactamente igual que un loco, las paredes de la sala como intentando derribarlas, y otra vez el dolor físico que eso le produjo, pareció hacerle bien, dejándolo cansado y como temeroso de continuar realizando violencias.

De esa especie de postración se aprovechó doña Dolores para preguntarle:

—Oye, Paco: ¿no te parece que deberíamos llamar á don Gregorio?

Respondió afirmativamente con la cabeza; luego corroboró su asentimiento con los labios.

—Sí; ya se me había ocurrido á mí antes;—á él se le ocurrían siempre las cosas antes que á todo el mundo,—que lo manden llamar enseguida. Ve tu misma. De aquí en adelante no quiero que mis hijos pisen el empedrado de la calle para nada. Los domingos nada más, y para eso siempre con nosotros. Los domingos, porque hay precisión de confesarse y de oír misa; que si fuéramos ricos y tuviéramos la capilla en casa, ni aun eso tampoco. No se recogen por la calle sino impiedades y pulmonías. Y si no, ya ves lo que le ha ocurrido á esa perdida, sólo por haberse rozado con gentes que no éramos nosotros...

Callaban los niños, callaba Paquita también, más asustados de la acre desesperación del padre, que del hecho inusitado de la hermana.

Cuando volvió doña Dolores acompañada de don Gregorio, de aquel presbítero, consejero áulico de la casa, y que en buena ley de conciencia tanta participación, aunque puramente indirecta, había tenido en la fuga de Lola, recibieron los dos niños y Paquita la orden de que se fueran á la cama. Al paralítico también se lo llevaron para acostarlo. No quedaron, de consiguiente, en el comedor sino los dos esposos y el hombre negro de la sotana, el pretoriano del cielo, llamado á asesorar en el conflicto puramente terreno de que me estoy ocupando; llamado á asesorar como un alto cuerpo consultivo, como una institución, y aun algo más todavía...

Las primeras palabras del cura fueron *ex-abrupto*:

—¿Pero qué pasa? ¿Qué revolución es la que ha ocurrido en esta casa? ¿Por qué esta noble señora, en lugar de responder á mis preguntas, ha roto á llorar como una Magdalena?

—Lea usted esta carta,—alargóle la carta de la fugitiva;—élla me ahorrará palabras, y lo pondrá á usted en autos mejor que cuanto yo pudiera decirle...

—¡La carta! Bueno. Pero muchas veces no puede darse entero crédito á las cosas de la realidad. ¿Qué es lo que hay de estrictamente positivo en

esa carta? Que Lola se haya fugado del hogar paterno no puede ser, porque no puede ser que los mares se sequen ó que el tiempo se quede detenido en un segundo eterno. Los ojos pueden engañarse, y esa carta ser aprócrifa y hasta ustedes estar locos...

Pero vamos á ver, en concreto, de un modo cerrado, ¿qué es lo que pasa?

No sintió al pronto el zarpazo de la realidad, como no se siente tampoco inmediatamente, después de recibido, el dolor de la puñalada.

—Pasa,—respondió el beato compungidamente, cruzando las manos y haciendo girar los pulgares uno sobre otro;—pasa, que esa niña se ha perdido, y nos ha deshonrado; pasa, que se ha escapado con un hombre; y pasa, que, según yo entiendo, no debemos dejar que las cosas se resuelvan á gusto de ellos y, en nuestro perjuicio; ¿no le parece á usted, señor don Gregorio?

No había tenido tiempo el cura de sentarse, pero la impresión lo derribó sobre una silla como un cuerpo pesado que, faltando á las leyes del equilibrio, pierde de pronto su centro de gravedad. Le brotó sudor de la frente y egoísmo del pecho. ¡Ah, sí; porque indudablemente aquel castrado por su promesa de castidad, reservaba á Lola para convertirla en barragana de su lujuria! Y

fuera de sí, como sometido á la influencia de un vino malo...

—¡Oh, no! ¡Lo que es eso, no; de ninguna manera! Sería arrojar combustible á la pira de deshonra para que no se extinga nunca. No tendremos ni la complicidad del silencio, ni la de cruzarnos de brazos tampoco. Hay que cazarlos; hay que cazar, sobre todo, á esa desgraciada, y traerla aquí inmediatamente, de modo que pueda apreciar, mirándolas de cerca, todas las desdichas que su mal paso, que su perdición, ha concitado sobre nuestras cabezas... hay que cazarla, repito.

Doña Dolores arriesgó tímidamente una pregunta:

—¿Cómo?...

—¡Pues ni que decir tiene!—respondió más impetuosamente aún si cabe el hombre de la hopa negra;—¡buscándolos en su guarida, dándoles caza, como acabo de decir ahora! ¿Pero se sabe, cuando menos, á dónde han ido á parar con sus condenados huesos? Es por ahí por donde debiéramos haber comenzado...

La carta, como escrita en un momento de pasión, arrebatadamente, carecía de señas y hasta de fecha; pero en el timbre de la estación de salida, estampado en el sobre, se leía con admirable claridad: *Toledo*; y además la fecha de expe-

dición. No se habían ido muy lejos, afortunadamente. Y no habrían de pasar muchas horas sin que fueran sorprendidos, arrancados y separados del nido común que para dar remate á la aventura construyeran. No habría de pasar mucho tiempo sin que la vindicta privada de aquella familia, y la del cura también, interesado en la cuestión como en un asunto propio, quedara plena y hartamente satisfecha.

Desparramados los materiales de acción, todas las herramientas que sirven para convertir la teoría en práctica, desparramados por la violencia del golpe, don Gregorio los reunió y los combinó con la mayor armonía posible para la construcción de su proyecto. Hizo con el pensamiento la obra de reconcentración á que un metafísico alemán ha llamado «el replegamiento del espíritu sobre sí mismo;» y ya completamente dentro del conflicto que mentalmente lo ocupaba, viviéndolo, formando con su sangre y con sus nervios parte integrante del conflicto mismo, hizo transparente el resultado de sus cavilaciones con estas palabras:

—Ya no es hora de que salga por la línea del Mediodía ningún tren de viajeros. Tendremos que aguardar hasta mañana. Hasta mañana bien temprano. Es, pues, cuestión de horas solamen-

te. Pero en atención al carácter arrebatado que usted tiene y á la gravedad de las circunstancias también, iré yo solo. Un arrebato de usted, y yo no considero este temor mío del todo aventurado, podría echar por tierra todas mis combinaciones. No voy á casarlos. Ese matrimonio podría resultar una impiedad ó un absurdo. Voy á traerle á usted, á traerles á ustedes (notó la presencia de doña Dolores) á la niña, y después ya veremos. Eso en primer término...

—¿Aquí?—interrumpió el devoto del Santo Patriarca.—¡Yo no quiero ver á esa maldecida hija para nadal! ¡La mataría! ¡Yo no quiero presentarme con las manos manchadas de sangre! ¡y qué sangre! ¡un parricidio! á presencia del Eterno!

Se puso espantoso y bello. Un momento tuvo en el ademán y en la mirada la inspiración de un trágico. Era el toro herido que no oculta que va á acometer, y ¡acomete!

—¿Prefiere usted casarlos, entonces?—interpeló tímidamente don Gregorio.

—Prefiero no verla más; que no se presente ante mi vista. Prefiero llegar á convencerme, y eso será cuestión de tiempo y nada más que de eso, llegar á convencerme de que esa desdichada no existe en el mundo...

—¿Puedo entonces preguntar, preguntarle yo

á mi vez, qué es lo que usted se proponía llamándome esta noche tan precipitadamente á su casa?

—Esa hija, para mí, ha muerto;—fué todo lo que se le ocurrió responder al toro herido.

Y de pronto la madre rompió á llorar todo lo desconsoladamente que las madres lloran cuando se trata de la muerte ó la perdición de sus hijos; como si se le hubieran vuelto á desgarrar las entrañas para lo contrario que lo que se le desgarraron en el momento del parto.

Entonces revistió la escena todos los caracteres de un verdadero drama; porque aquellas lágrimas eran sangre. Y aquella mujer, y el hombre que era su esposo, dos dolientes. Don Gregorio... ¡ah, ese tenía también representación bien precisa! La traición y el delito; el delito premeditado y hecho hombre...

—Bueno... Yo no puedo más. El Santo Patriarca me tiene de su mano cuando no reviento aquí á presencia de ustedes... Yo no tengo la cabeza para reflexionar. Comprenda usted, señor don Gregorio, que en mi situación, lo menos que puede pasarme es estar completamente loco... Así es, que haga usted lo que quiera; vaya por ella, no vaya; lo que usted estime más santo y más honrado. Pero lo que yo no quiero, y para dar

mi brazo á torcer tendrían que rompérmelo, lo que yo no quiero es ver á esa loca que se ha atrevido á alzarse contra Dios y á ensuciar mis canas. Lo que yo no quiero es verla. En lo demás, tiene usted carta blanca. Haga y deshaga á su antojo. Lo mismo se me da á mí casada que por casar. Su desobediencia y su deshonor no es menos grande por eso. Ya le he dicho á usted que para mí esa pérdida ha muerto.

Habló con calma. Pero con la calma del que por estar muy debilitado se siente próximo al desmayo. ¡Él! ¡Un coloso!

Pero esa mujer, ¿qué hace ahí llorando, que no toma parte en la conversación, con el derecho que le da el haber parido esa hija cuyo porvenir se discute? ¿Qué hace que no se levanta para gritarle á esos dos egoismos que deliberan sobre la cabeza de una desgracia sin más propósito que el convertirla en una desgracia mayor, que no les grita con la desesperación del convencimiento aherrojado: «¡Eh, basta ya! ¡El uno por bruto y el otro por cura, ninguno de los dos tenéis la aptitud de jueces! ¡Habláis de pasiones y de almas, y no se os alcanza ni una letra siquiera de lo que en el mundo se expresa con esas dos palabras! La niña se ha ido de casa, porque tenía derecho á no morir de asfixia; y tú, Paco no le dabas

atmósfera respirable; y tú, cura, la pervertías con tus conceptos y enseñanzas desde la rejilla del confesonario! ¡Ea, se acabó todo! ¡No vale continuar rumiando indefinidamente las mismas palabras... el honor... el respeto... la familia... la sociedad... el mundo... Se trata pura y simplemente de la naturaleza todopoderosa y eterna, que reivindica sus derechos. Es, pues, ésta una cuestión sagrada. ¡Abajo los sombreros y á discutir de rodillas! ¡Anatema sobre el que tenga el cinismo de proclamarse ateo?»

Pero no habló ni así ni de otro modo. Continuó llorando.

—Bueno,—dijo don Gregorio.—Esa carta blanca que me da usted, yo la acepto para llenarla con las prescripciones de la moral cristiana y de nuestra Santa Madre la Iglesia. Procuraré obrar de modo que ninguno de los intereses que median en el asunto quede vulnerado.

Y haciendo una pausa, continuó:

—Pero yo no debo salir de esta casa, yo no puedo ir mañana á Toledo, si antes de que nos despedamos esta noche no le hago á usted transparente... no les hago á ustedes transparente,—perdón, señora,—mi criterio en esta cuestión...

Rectificó su postura en el asiento que ocupaba y continuó:

—El matrimonio, sí; es, ó puede ser una solución cuando marido y mujer tienen ese parentesco de las almas de que habla San Juan Crisóstomo; cuando son los dos buenos cristianos; cuando por sus condiciones especiales de educación y de carácter se adivina que pueden congeñiar. En otro caso, no. No, porque tanto vale eso, como esparcir por la tierra, por la tierra hambrienta de ser fecundada, semilla de impiedades y de escándalo. Yo veré mañana mismo qué clase de hombre es ese raptor; ¡todo esto, partiendo del supuesto de que no se hayan ido ya de Toledo y se encuentren en el fin del mundo! Veré qué clase de hombre es ese, y á su presencia, á presencia del caso mismo, del caso de carne y hueso, formaré la composición de lugar que considere más acertada y justa...

Un golpe de tos intencionado, fingido, pero que pareció ahogarlo, se encargó de poner puntos suspensivos al párrafo de perversiones que estaba levantando. Repuesto de la fatiga, continuó:

—Pero si nos llevamos chasco, como yo me estoy temiendo...

El gato de Angora, compañero inseparable, ¡oh, de noche sobre todo! de la fugitiva, de Lolita, extrañado sin duda de no verla á hora tan avan-

zada de la noche, como ya era, envuelta entre las sábanas del lecho, entró en el comedor tranquilamente, con mansedumbre, sin mostrar extrañeza por nada, ni aun por la presencia inusitada del cura en aquella habitación y á aquella hora. Pero de pronto, como herida su sensibilidad por el rigor de una idea de tristeza, ó como admirado de no encontrar á Lola por ninguna parte, rompió á maullar con maullidos tan lastimeros, tan estruendosos, que él solo, la bestia aisladamente, sin necesitar el concurso de doña Dolores, de aquella madre que lloraba, ni el de los dos hombres, abatidos y pesarosos, podría aparecer como el símbolo animado del drama vivo y sin espectadores que allí se estaba representando.

Salió de pronto de la sala, avergonzado de darle á su dolor testigos, y todavía en el fondo de la casa, en el rincón más lejano del comedor que él conocía, siguió maullando. Era el dolor sin consuelo de una bestia fiel, que echa de menos los halagos que le prodigaba su ama muerta...

Continuó hablando el cura, acompañado por el lúgubre *Miserere* que salmodiaba el gato desde la cocina...

—Pero si nos llevamos chasco, como yo me estoy temiendo... si ese hombre, quien quiera

que sea, no reúne las condiciones que deben adornar al esposo católico... entonces... en fin, yo á la resolución de ustedes lo dejo... pero mi parecer es...—abrió aquí una nueva pausa...—Perdida para el concepto de los hombres, no quedaría perdida también para el concepto de Dios... Sí; eso es; que entrara en un convento; que se lavara en él de la culpa cometida, como en un Jordán misericordioso... que ya que no pura, pudiera ser santa por la influencia regeneradora del arrepentimiento, cuando es sentido y grande...

Suspiró con fuerza, y añadió:

—Ya he dicho cuanto me proponía decir. He procurado ser claro, y me figuro que lo he conseguido. Ahora necesito conocer la opinión de usted, señor don Francisco; la de usted primero, como jefe nato que es de la familia... Y luego la de usted también, señora.

Tuvo doña Dolores energías en la garganta para responder:

—¡Oh! no, yo no; lo que mi marido diga... yo no me quiero oponer á lo que ustedes resuelvan... pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que á esa niña le han dado á beber alguna cosa mala...

A cachos, como quien no es dueño del sustantivo ni del verbo; como quien no es dueño en absoluto del pensamiento; agotado, los brazos des-



cansando sobre las rodillas, la cabeza abatida sobre el pecho, ¡ah, sí, completamente rendido por el mundo! don Francisco masculló:

—El convento... el convento... esa es la solución... una hija... una mujer... que se escapa... que huye... del hogar paterno... para irse con un hombre... no es, no puede ser la esposa cristiana,—comenzó á animarse; llegó á más; pudo por fin sacudir el abatimiento de la cabeza, y levantarla, y hacerla girar de un lado á otro, según que se dirigía á su mujer ó á don Gregorio;—no es, digo, la esposa católica; no ha nacido para mujer casada. Es una ramera, una perdida. Abandonaría el domicilio conyugal para irse con un querido, como abandonó el hogar paterno para irse con un novio. Es una perdida, vuelvo á repetir. No ha nacido para mujer casada. Mi padre, mi abuelo, yo, ésta...—se refería á su mujer,—todos nos hemos casado por nuestros pasos contados; como ha sido, como es, como tiene que ser desde el principio hasta el fin de las sociedades... —Dijo esto con extraordinaria energía; brillándole los ojos como los fulgores rojizos de un colosal incendio; hecho un fanático desde los pies á la cabeza; terrible, de consiguiente.—Lo que ha hecho esa perdida, no es otra cosa que el amor libre de que nos hablaba usted en San Ginés, en

el último sermón que yo le he oído. El convento, el convento. Esa es la solución.

—Pero usted no observa... no repara,—insinuó el sacerdote,—que la niña tiene veinte años; que probablemente el seductor, ese miserable... será mayor de edad... y que puede reclamar judicialmente el depósito... en una palabra, que no somos tan dueños de la situación como usted se figura; y que luego, y por encima de todo, la solución del convento, la más práctica, la más razonable y la más santa, no se le puede imponer *à fortiori* á esa desventurada: ¡claro es que para eso estoy yo, y conmigo todo el clero de la nación! Pero tenemos enfrente á los tribunales que sellaman de justicia, ¡y hasta al Gobierno! ¡y hasta á esas muchedumbres de salvajes que constituyen la opinión, roídas todas, marcadas todas por la misma lepra de impiedad que les sirve de característica y de fisonomía común! Por eso le digo á usted, que debemos obrar, no con cólera, sino con habilidad y calma. ¿Qué es lo que nos proponemos? Construir. ¿No es eso? Pues todas las construcciones de la vida están hechas con la misma cantidad de prudencia que de ladrillos ó hierro; la cólera no sirve sino para hacer destrozos. Trataré de inclinar el ánimo de esa desventurada á que entre en un convento.

La haré ver los horrores de la falta cometida, y la convenceré de que para purgarse de culpa, no existe otro remedio que la santa religión de nuestros mayores. Prescindiré por completo del infame seductor en mis conferencias, en mis entrevistas. Y si después de todo esto resulta que no me queda otro recurso que el de volverme á Madrid con las manos en la cabeza... ¿qué hacer? La dejaré abandonada á su destino, sin mezclarme una palabra en casurios ni cosas semejantes; y entonces sí, entonces sí que habrá llegado para usted la ocasión de que asegure en todos los tonos, que esa hija, que Lolita se ha muerto por completo... que ya no existe...

Eran muy cerca de las doce de la noche cuando terminó la conferencia.

A las ocho de la mañana del día siguiente salía don Gregorio para Toledo.

V.

Se lo había exigido como prueba.

—No es que dude de tu cariño; pero si es que me quieres todo lo que me dices... Mira: el amor ofusca, ciega, anula por completo el ejercicio del pensamiento; los que se aman, no razonan mientras se aman; sienten, y con eso les basta; no necesitan más. Vente conmigo. Esta es una tierra de perdición. Está maldito el suelo que pisamos. Se nos prohíbe vernos, hablarnos. Se nos prohíbe la vida, de consiguiente. Pero hay en el mundo más horizontes que éstos que nos encierran como una muralla. Más allá de esas montañas, más allá del Guadarrama, está el mundo, casi infinito, vario, extendido como una gran caricia pasiva ante los ojos de todo el que se atreve á recorrerlo. ¿Por qué no me sigues? Me repugna, como un acto de cobardía, ser el pasajero de un día, de un día solamente, en esta nave del azar,

de la aventura, en que vamos embarcados; yo quiero ser el pasajero de toda la vida, y tu esposo siempre. ¡Oh! Ven, esposa, y alma y corazón mío; ven á donde podamos amarnos completamente, que yo seré para tí mejor que un padre, mejor que un hermano y que un amante; que yo seré para tí el amor mismo... Ven, que es gravísimo pecado el que estamos cometiendo con no fundir en uno solo nuestros dos alientos... Ven, que el porvenir es de los enamorados, que el porvenir es nuestro...

Vino á ser esto lo que la dijo.

Y vino á ser el efecto que estas palabras produjeron en el pecho de la joven, como si le introdujeran una nueva alma.

Resistió, sin embargo. ¡Ah! pero resistencia inútil. Por asalto, por ley de conquista, el enemigo se había colado en la plaza, en la voluntad de la pobre muchacha desarmada, y á ésta no le quedó otro recurso que el de ceder. Fué un desmayo, un desvanecimiento, admirablemente aprovechado por el enemigo. Cuando Lola volvió en sí, se encontró prisionera entre los brazos del hombre.

¡Y además, que tenía veintiun años, que estaba robusta y sana, que era el suyo un temperamento de pasión, que las enseñanzas del confe-

sonario le habían enviciado algo la naturaleza, y que el hombre aquel era su primer novio! ¡Un seductor! ¡Un hombre con bastante dinamismo en la palabra para arrollar montañas! ¡Irresistible!

Además, élla, ¿qué se iba á hacer? La vida de relación es una pelea; una pelea más ó menos sangrienta. La iniciativa amorosa es siempre una agresión en que un destino ataca á otro, hasta anularlo, hasta absorberlo.

Lola no tenía armas con que defenderse; estaba inerme. Su padre la había condenado á que la vencieran en todas las contiendas de la vida. Estaba inerme, digo. Y Galán era un hombre poderoso...

Cedió, sucumbió; y dando botes,—¿qué era más que una piedra desprendida de la roca de que formaba parte?—rodó de una vez y para siempre, hasta llegar al fondo; fondo de regeneración ó de envilecimiento. Ni aun allí se dió cuenta de lo que la pasaba. Se figuró que proseguía rodando.

Por eso fué la primer pregunta que acudió á sus labios, cuando al verse momentáneamente sola en una habitación extraña, comenzó á darse cuenta de lo que la pasaba...—«¿pero qué es lo que he hecho yo, Dios mío?»—una pregunta que

lo mismo podía significar interrogación que sollozo...

Y el recuerdo de su padre, de su madre, de sus hermanos, el recuerdo de su hogar entero, pasó como una pesadilla macabra ante sus ojos, que se querían cerrar y no podían, ¡ay! condenados al bárbaro suplicio de contemplar las cosas de la vida, cuando lo que desea uno es morir pronto, muy pronto, y cuanto antes mejor...

¡No vale esta miserable existencia nuestra las sofocaciones que nos tomamos por ella!

En esta crisis inenarrable, aguda, de remordimientos y de penas, estaba la desdichada debatiéndose, cuando surgió ante su vista, sin anunciarse, sin previo aviso, la imagen palpitante del varón que con las fascinaciones de su palabra la había impulsado á la fuga y á la desgracia, había hecho de élla una mala cristiana, una mala hija y una mala mujer, para contentamiento del diablo y de sus súbditos, los perversos todos de la tierra...

Le vió aparecer, y le tuvo odio en aquellos momentos: casi lo maldijeron las fibras íntimas de sus entrañas...

—¿Qué me quieres?—le dijo.—¿No está usted satisfecho todavía?

—Te quiero á tí,—le respondió.—Vengo á

verte, á sentarme aquí, á tu lado, porque por allá fuera me faltaba aire, me ahogaba... ya sabes que tú eres mi atmósfera respirable, y mi pan, y mi sal, y mi agua; eres mi vida, y no me quiero separar de tí, porque si no, créelo, me moriría enseguida.

No se habían movido de Madrid para nada; pero Galán había enviado á un amigo suyo de Toledo la carta que le había escrito Lola á su padre, de modo, que en el caso probable de que fueran perseguidos, no pudieran dar con ellos. Y estaba bien elegido el escondite. En el fondo del barrio de Chamberí, en una de sus calles más apartadas, una casita de un solo piso, sin más inquilino que la mujer ya entrada en años, que era su locataria, y el perro que hacía con élla oficios de camarada. La tomó Galán en arrendamiento las dos mejores habitaciones de la casa, puede decirse también que las dos únicas piezas habitables, y la mujer había cedido su cama, sus sábanas, sus muebles, con el alborozo de á quien se le ha probado prácticamente, que algunas veces el sacrificio de la comodidad propia puede tener por recompensa un buen puñado de pesetas. Comprendió á primera vista la patrona, con la malicia aneja á su condición y á su sexo, de lo que se trataba, y se encogió de hombros bestialmente,

sin que el encogimiento de hombros provocara por incidencia siquiera el encogimiento, muchas veces angustioso, de la conciencia.

Había llegado Lola hasta allí por engaño; había escrito la carta que le dictara Galán, por fascinación, por hipnotismo, sin darse cuenta real de lo que hacía; que aquella carta era la reproducción del hecho heroico de Cortés quemando las naves .. Y no es—¡cómo! valdría tanto como negar la existencia del sol ó de la luna;—no es que mirara con indiferencia á su novio, que no lo amara con el concurso pleno de todas sus energías afectivas, sino que ¡Dios mío! élla no podía evitarlo, se acordaba de su pobre madre, y de Paquita, á la que tan mal ejemplo había ofrecido, y de sus demás hermanos, á los que quizá no volvería á ver nunca en la vida; pensaba, mientras que todo su cuerpo se estremecía horrorizado, en el furor del padre, en las desesperaciones estruendosas de don Francisco, y á esta evocación reaparecían en élla sus miedos infantiles, los adorables terrores de antaño, cuando antes de entrar en el comedor, á la hora del almuerzo ó de la cena, se acercaba de puntillas á la puerta para ver si el ceño de mal genio de papá había desaparecido, y podrían comer la colación del día en paz y en gracia de Dios, sin los

gritos ni las violencias á que era de antiguo tan aficionado el beato...

¡Ay, aquellos soles de Austerlitz que iluminaron la bienaventurada infancia de Lolita!

Pero ahora, hé ahí que de la noche á la mañana se encuentra fuera de su hogar, á gran distancia—élla no podía precisarla fijamente, porque no sabía andar sola por las calles de Madrid; pero se la figuraba inconmensurable;—á gran distancia de los amorosos brazos de su madre; separada de su padre, de sus hermanos, de todo lo que hasta entonces había tenido ocasión de querer en el mundo; hé ahí que se encuentra en un hogar prestado, con un desconocido á su vera, que la requiebra de amores; y hé ahí, por último, que se reconoce perdida, perdida para siempre.—Cuestión de horas, y nada más que eso. Como un terremoto. ¿El hundimiento del suelo? ¡Pues el hundimiento de un destino!

*
* *

.....

—Eres mi vida, y no me quiero separar de tí, porque si no, créelo, me moriría enseguida...

Como un himno le sonaron estas palabras; pero la tristeza busca su solaz en el silencio y en

el luto; el himno había sonado, extemporáneamente cuando menos.

—Tengo miedo, Miguel; no me preguntes á qué, ni por qué. Miedo á todo y por todo. Me he portado mal, he sido mala... ¡y con quién, santo Dios! ¡con los únicos seres que en el mundo me habían dado pruebas de quererme!—y rompiendo á llorar de pronto...—No, no, Miguel; es inútil que trates de ocultármelo. Yo no puedo tener buen fin. Yo debo estar condenada y maldita...

Trató el hombre de calmarla; pero estaba agotado. Casi dos días de persistente lucha, lucha titánica, lucha contra fantasmas, le habían enervado los músculos y el ánimo. No acudía sino la frase banal á su boca y el recurso mezquino á su pensamiento. Nada fuerte que pudiera servir de dique á la impetuosidad de sentimientos de Lola.

—Pero, mujer; ve que exageras. Al oírte hablar, al escuchar tus quejas, cualquiera creería que eres tú la primer mujer en el mundo que abandona el domicilio de sus padres para irse con su novio. Pues no. Que tu caso y el mío es tan frecuente, como que el sol aparezca todos los días en el horizonte para alumbrarnos. Vamos á ver, ¿cuál es tu gran falta, tu imperdonable delito? Quererme mucho; ¿no es eso? ¡Pero tonta, si esa es la recomendación más grande que se

puede llevar para el Dios de justicia que lo ve todo y lo compadece todo! ¿No ha sido Jesucristo el que le dijo á la Magdalena: «Mujer, te será perdonado mucho, porque has amado mucho?» ¿No es en la *Biblia*, en el libro de Dios, donde están estampadas esas palabras? Pues bueno... ¡ahí tienes!—¡Y tú, en cambio, te crees condenada por lo mismo que han absuelto á las más grandes pecadoras! Perdóneme vuestra majestad, reina mía; pero eso no tiene sentido común. Y si luego tienes en cuenta que ese cariño que me tienes no es otra cosa que el pago de una deuda... porque yo te quiero á tí más todavía...

Sonó un beso. Se lo dió á distancia para no asustarla. ¡Y élla estaba ansiosa de ser besada en las dos mejillas, y en los ojos, y en los labios, por el monstruo aquel que la había perdido!

—¿Ves las consideraciones casi sagradas, completamente sagradas, que le guardo á tu situación, á tu estado? ¿A quién le temes, pues? Eres mía...—¡ah, y no te desdigas, no perjures; no perjures, sí, porque me lo has jurado!—Eres mía, completamente mía, mía sólo; ni de tu padre, ni de tu madre, ni de nadie... mía sólo; me lo has jurado... eres mía... y yo te amo, y somos jóvenes, y me quema la sangre las venas, y tengo congestión en la cabeza, y delirio en los ojos, de

contemplarte tan sana y tan hermosa; y, sin embargo, ya ves... como á la Virgen... como á una Virgen... te hablo de rodillas;—cayó de hinojos, en efecto;—y te beso, ¿ves? con las puntas de los dedos solamente, mandándote besos con todos los arrebatos de mi alma... pero con los labios, no... ¡No, por si te incomodas!...

Buen transmisor el aire de todas las comisiones amorosas que se le confian, Lola se sintió acariciada por aquellos besos, piel adentro, mucho más abajo de la dermis y la epidermis; allí donde el contacto de unos labios es cosa absolutamente imposible; dentro de su vientre y de su pecho; en el corazón mismo; sobre la superficie, y en el interior también, de sus voluminosas entrañas de mujer joven y bien conformada, de bestia en celo...

Se retorció en su asiento, como el supliciado en el potro. ¡Iba á gritar que élla tenía también en el corazón y en los labios muchos besos formados, y que se los iba á dar todos, todos de una vez, porque si no, era cosa de morirse de repente! ¡Iba á gritarle eso; iba también á precipitarse entre los brazos del amante para estrecharlo contra su corazón, y sentir así, como fundidos los dos en uno solo, y sentir así más poderosamente, con mayor vigor, en plena y magnífica realidad,

el codiciado contacto del hombre; iba á gritarle que lo amaba, como no se acordaba de haber amado nunca á nadie, quien quiera que fuera, Dios, corte celestial, madre que la engendrara, padre que le diera el ser, hermanos surgidos del mismo vientre...—Y se retorció en su asiento, como un atormentado en el potro, porque la imagen viva de su hogar, de su pobre hogar abandonado, se interpuso, ¡muralla odiosa! entre Galán y élla, haciéndola exclamar, arrebatada de rubor la cara...—¿pero será, ¡Dios mío! que he perdido la vergüenza?—¡Y por poco cae allí, allí mismo, sobre el duro suelo, derribada por la congestión de vergüenza que le martilleaba en el cráneo! ..

El hombre continuó su obra de seducción, siguió hablando. Estaba, por lo visto, propuesto á que la niña se volviera completamente loca...

—Me levanto del suelo, porque yo no necesito estar de rodillas para que tú sepas que oro ante tí, como el creyente ante el ara donde está su ídolo... Yo te hablo siempre de rodillas...

Ella le interrumpió:

—¡Adulador! ¡Sacrílego!

Y entonces, ¡entonces mismo! se realizó el sacrilegio. Cuando el devoto besó con bárbara pasión de fanatismo y de secta la imagen viva, ante la cual momentos antes estaba prosternado...

—¡Loco! ¡Que me haces daño! ¡Nos van á oír!
Y le devolvió, contagiada del celo animal del macho, un centenar de besos en los ojos, en la boca, en las mejillas, hecha una bacante, transformada de doncella pudorosa en obscena bacante por el imperativo categórico de los sentidos... Lo besó en toda la cara, hasta quedar rendida y sin aliento. Y cuando sobrevino la reacción, se tapó el rostro con ambas manos, avergonzada de lo que había hecho...

—¡Ah, si mi madre me hubiera visto!

Mientras que Galán, muy cerca de la fiebre erótica, le daba arrebatadamente gracias, sin darse cuenta de lo que decía.

*
* *
*

Pasaron después cinco minutos de un gran silencio, interrumpido solamente por el palpitar, que casi podía oírse, de los corazones. Quiso insistir Galán, volver á besarla. Pero élla lo contuvo y lo derribó en su asiento con estas palabras:

—Déjame, ó me voy; me siento capaz de abandonarte si te empeñas en besarme. Yo no puedo besar sino á mi esposo, y tú no eres más que mi novio todavía.

Y aquellos dos sedientos que, en lugar de hartarse de agua, cambiaban palabras junto al mis-

mo caño del manantial, tuvieron el uno para el otro una larga mirada, cargada de desesperaciones y de sombras...

—Te haces infeliz, Lola, y me haces infeliz á mí con los aspavientos que pones á la cosa más natural del mundo. No soy tu esposo, es verdad; pero como si lo fuera, puesto que tengo la decisión de ser tu compañero en la vida, y de no dejarte nunca, aunque tú me dejaras á mí, hastiada de la continuidad inagotable de mi cariño. ¿Qué es lo que tú necesitas para amar con toda tu alma y con todo tu cuerpo; para amar como se ama y de una vez para siempre? ¿Que un cura y un hombre de la curia, primero el uno y luego el otro, te autoricen para ello? ¿Es eso lo que necesitas? Pues dilo de una vez, y no te dé reparo el confesarlo. Es que no me quieres, y es también que no me has querido nunca. Dijo esto con gran amargura, temblándole la voz en la garganta.

Lola insinuó interrumpirle para protestar. Pero Galán continuó, sin darse por apercibido de la protesta de Lola:

—Es que no me has querido nunca. Si me quisieras como dices, no tendrías conmigo esas intransigencias. Condenas sin compadecer, como si la tuya fuera una organización de juez y no

de amante. Y eres tan insensible, estás tan atiforrada de la virtud esa de los catecismos, que no te apiadan ni mis lamentaciones ni mis sollozos...

Para no ahogarse materialmente, se interrumpió. Le formaba la emoción nudos en la garganta... Había llamado á la mujer su ídolo, momentos hacía, y la tentó, la tentó materialmente, para cerciorarse bien de si aquel ídolo no era de mármol...

Ella le respondió con gran energía:

—¡Pero sin ser tu esposa! ¡Tú me habías hablado del amor y del matrimonio, no del concubinage. ¿Y es eso lo que me propones?

—Bueno. Yo seré tu esposo. Te lo juro. Pero eso no es más que cuestión de tiempo... de muy poco tiempo, ¡estamos conformes! pero es preciso aguardar. Queda por hacer el matrimonio, ¡pero el amor está completamente hecho! ¿Qué esperas, pues?

Era inevitable. Cayó en sus brazos. Y la boda quedó hecha ante la Naturaleza.

VI.

¡El regreso de don Gregorio! Es lo mismo que describir una catástrofe. Cuatro días permaneció en Toledo trabajando en la persecución de los fugitivos, como él no se acordaba haber trabajado nunca. En los dos primeros días, atento á su plan de darle participación en el *negocio* á la menos gente posible, no solicitó el concurso de las autoridades de la provincia para el cumplimiento de la tarea que se había impuesto; desesperanzado de poder obtener por sí solo la victoria, delató el hecho al gobernador y puso en movimiento á toda la policía de la comarca. No quedó por hacer sino levantar las piedras de la calle para averiguar si estaban debajo de ellas ocultos los enamorado.

Convencido por el rigor de sus desengaños de que la insistencia era ociosa, volvióse á Madrid, desesperado en primer término y luego abatido. Llevaba cuatro días de no acostarse, de no dor-

mir, de no llevarse la cuchara á la boca con verdadero gusto; cuatro días pasados en la misma agitación que consume la vida de esos miserables que apenas se tienden en la cama sino en el momento preciso de morir, y le faltaban las fuerzas, y se sentía agotado, exhausto. Ni aun socorrido por la gracia divina, se puede vivir en contra de los graves decretos de la Naturaleza; y don Gregorio, rendido por su miserable estado, dejó de pensar en los espléndidos encantos de la que, un momento, consideró su prometida, para evocar imágenes más risueñas: su casa de Madrid; el grande y mullido lecho que lo aguardaba; las comodidades y la satisfacción que lleva al espíritu, eso de saber, de sentir que se está en el hogar propio; y á medida que el tren se iba alejando de la eximperial Toledo, iban desapareciendo las desesperaciones de don Gregorio para dar plaza á una como á modo de beatitud que, subiéndole del vientre, le alcanzaba hasta los últimos confines de la cabeza, completamente tranquilizado respecto á la grande hartura de descanso que iba á darle á su cuerpo, muy próximo á la felicidad, de consiguiente...

Le había escrito á don Francisco desde Toledo, dándole cuenta del resultado de sus exploraciones. Así es que, al llegar á Madrid, se creyó

dispensado de visitarlo... ¡No era cosa de ir á verlo sin haberse sacudido siquiera el polvo del camino! ¡Y luego, que por energía que se tenga, uno no es de hierro completamente, por más que digan los preconizadores de la voluntad, y que lo primero es el descanso, y la pitanza después!

La caridad bien entendida, comienza por uno mismo...

Et sic de cæteris...

Tomó un gran baño, se hizo servir después un abundante almuerzo, y se acostó enseguida. Hizo la evocación al sueño, la noche artificial; cerrando la madera de los balcones, y dando un suspiro de satisfacción, que lo aligeraba de muchos pesos, se metió en la cama. Entonces... ¡Ah, por fin!

Pero no acudió el sueño á la cita que don Gregorio le había dado. ¡Dios mío, qué suplicio! ¡cuatro días sin dormir apenas, no hay naturaleza humana que sea capaz de resistirlo! ¡Y si á lo menos hubiera podido conseguir lo que se proponía! ¡Si la causa de insomnio tan prolongado tuviera por origen el contacto carnal, el contacto íntimo de la mujer apetecida!... ¡de esa bribona!

Acudió entonces la lascivia á congestionarle de ideas malas la cabeza... ¡Aquella carita de

tentación que se le aparecía en el fondo de la alcoba, haciéndole guiños provocativos, burlándose de los arrebatos impotentes que lo habían llevado á Toledo, y que lo habían tumbado después en aquella cama! ¡Aquella carita de tentación que jugaba al escondite con las dos representaciones más augustas de la sociedad: la religión y la familiar... ¡Ah, grandísima picarona, y cómo se hace siempre desear lo bueno!

¡Adiós entonces el descanso y el sueño! Tornaba á dar comienzo la batalla. ¡El enemigo volvía á iniciar las hostilidades!

Se comparó con San Antonio. Aquello que le pasaba era muy parecido á lo que le ocurrió al santo en el fondo de su Tebaida. ¡Las tentaciones de San Antonio!

Subióse entonces las sábanas hasta la coronilla; se tapó después con ellas toda la cabeza. ¡Quizá así lo dejarían dormir tranquilo, en paz y en gracia de Dios, aquellas visiones tan bellas y tan rencorosas! Pero ¡cá! Hélas ahí de nuevo, sobándole, estrujándole los sesos hasta dejarlos convertidos en una masa indecente. ¡No haya miedo de que la obsesión desaparezca, porque la voluntad así lo quiera!

Y poco á poco la desesperación, como una marea creciente, le iba ocupando al cura todos los

espacios de la sensibilidad; le daba rabia lo que le pasaba, aquel castigo ó lo que fuera; comprendió que le estaban interdictos el olvido y el sueño. ¡Ah, la absoluta tranquilidad de los idiotas, de los que duermen y olvidan!

Se incorporó en la cama, enderezado por el rigor de sus reflexiones. Y como ya no le quedaba paciencia que gastar en consolarse á sí propio, porque la había agotado toda en Toledo, y cuando se metió en el tren de regreso no era ya, á pesar de la tonsura y de la sotana, á pesar del sombrero de teja y del manteo, no era ya otra cosa que un desesperado, ahora, en su potro, retorciéndose contra las injurias de la suerte, ganó en categoría de miseria, pasando de desesperado á loco, y fué entonces cuando, sentado violentamente en la cama, en la misma actitud de los que al morir se condenan, maldijo como aciago al día en que conoció á don Francisco, y por ende, y más principalmente, á la familia del beato, puesto que sin ese conocimiento no le pasaría ahora lo que le estaba pasando, y maldijo después, en voz alta, como un completo loco, lo más inmaldecible para un creyente, que es al propio tiempo sacerdote: la significación social de su traje negro; y no dejó de lanzar alrededor suyo cuantas excomuniones se le ocurrían, sino cuan-

do los sobresaltos de un instinto puramente animal, del instinto de conservación, le advirtieron que de seguir así algunos momentos más, iba á perder por completo la cabeza. Temible, peligroso de veras...

No vino la reacción sino al hacerse el cansancio irresistible. Durmió entonces, pero como duerme la enfermedad ó el crimen, cerrando un solo ojo y con el cerebro cargado de pesadillas; convertido para el resto del cuerpo en cámara de tormento...

Sueño ó sopor, lo que quiera que fuera, aquello duró diez horas. Llegó á alarmarse la vieja criada que lo servía. Y entró tres veces en la alcoba de don Gregorio, decidida en todas ellas á despertarlo. No lo hizo, sin embargo, por miedo al mal humor del cura, que llevaba su espíritu de mansedumbre al extremo de poder perdonar una injuria, pero de declarar imperdonable el hecho de que lo despertaran. Y luego, ¡que eran tan santos y tan hermosos los ronquidos que daba aquel patriarca! Un poco ruidosos, eso sí, no había que negarlo, pero en cambio, ¡tan elocuentemente reveladores de una gran tranquilidad de conciencia!—Seguramente que no roncaban con tanta perfección los querubines del cielo!

Ya en pie y en la calle, no sintiéndose todavía

con fuerzas para decir misa, y eso que le costaba dejarla de decir diez reales *que perdía de una mano á otra*, se dirigió á casa de don Francisco. Era todavía temprano, las nueve de la mañana, y el beato estaba arreglándose para ir á su oficina, se lavaba y se vestía mientras le preparaban el almuerzo. La llegada de don Gregorio no interrumpió en un solo detalle la parsimonia de aquella operación, porque el deber es lo primero, y ni Lola, su hija, ni un millón de Lolas más, valían la pena de que él dejara de ir un solo día á la oficina, ó de ir tarde, que para los efectos oficinescos y de las multas viene á ser lo mismo; un día de *haber* perdido.

Así es que le rogó á don Gregorio que lo dispensara por no hacerle un recibimiento más tranquilo, pero que ya se iba haciendo tarde... No podía tirar por las ventanas el tiempo, como ya había tirado la salud, á causa de esa grandísima perra de hija suya...

Pero las madres, por pazguatas que sean, no son así nunca. Llevan por la sangre disuelta más cantidad de parentesco con los hijos que los padres, indudablemente. Y doña Dolores se presentó hecha una lástima, con el delantal lustroso de grasa, y todo lo demás guardando armonía con el delantal, á inquirir por sí misma noticias

de su hija, no queriéndolo dejar para luego, para después de transcurridos cinco minutos siquiera. Aquello le valió una furiosa mirada de don Francisco.

—¿Y la niña? ¿Ha vuelto ya? ¿Se la ha traído usted consigo?

Hízole la negativa impresión penosísima.

—Pero, ¿no ha querido venir? ¿Ha preferido quedarse con ese hombre?

Intervino don Francisco para lanzar desde la altura de su Sinaí una nueva sentencia.

—Los hijos, cuando son malos, son malos. Y esa hija tuya es una perra... conque saca las consecuencias.

—Se ha burlado de nosotros, señora,—añadió beatíficamente don Gregorio;—ha estado jugando con usted y con este santo señor,—indicó con una ligera inclinación de cabeza á don Francisco, —y conmigo, y con todos, al escondite; ha jugado con nosotros todos al escondite, sin que fuera bastante á inspirarle consideración, la amarguísima pena que ha podido presumir en ustedes, y estos hábitos que visto, aunque indignamente.—Se levantó la sotana con un movimiento automático para indicar á qué clase de hábitos hacía referencia; y luego, exhalando fuertemente un gran bufido, arrancado del fondo mismo de

las entrañas, por el implacable pasado, por sus padecimientos y sus luchas de los días anteriores.—No está en Toledo, no ha estado en Toledo nunca. Ha escrito desde Toledo para desorientarnos, ¡pero á saber hacia qué lado del horizonte habrá tendido el vuelo el par de palomas fugitivas! Lo he recorrido todo, señora; lo he visto é indagado todo. No me ha faltado sino levantar las piedras de la calle, para ver si estaban escondidos debajo de alguna de ellas... He visto al gobernador; le he puesto en autos de todo, después de una conferencia de más de media hora, para ver si sus gestiones eran más felices que las mías, y el resultado nos ha sido también adverso: ni están, ni han estado esos jóvenes en Toledo, según comunicación formal de la policía. Y á pesar de mi calma y de mis hábitos tan antiguos de mansedumbre, fué tanto lo que me indignó esa jugareta, esa infame engañifa, que, créalo usted, señora, y que Dios me perdone, creo que si llego á encontrarlos al alcance de mis puños, los golpeo sin darme cuenta de lo que hago...

—Pero la hora del almuerzo se ha echado encima de repente.—¿Qué haces ahí, mujer, con la boca abierta, que parece que te acabas de caer de un nido? ¿Es que hoy me toca, como saldo de cuentas, quedarme sin almorzar también?

Y volviéndose á don Gregorio...

—Perdóneme usted que le haya interrumpido; pero he querido probarle con eso lo poco que á mí me importa esa muchacha de que usted nos hablaba. Esa muchacha la llamo, porque yo no la conozco. Mi hija mayor se ha muerto. Ya no me queda sino una, Paquita; y esa, afortunadamente, es de mejor condición que su hermana. Y por si acaso (como quien quita la ocasión quita el peligro), ya tengo dada orden de que no se la deje salir á la calle para nada. Ni amigas, ni amiguitos, ni paseos, ni tertulias, ni nada de lo que pueda extraviarla como á la otra. Con su casa y con su obligación ha de tener bastante...

Y abriendo una pausa...

—¿Usted quiere, señor don Gregorio, almorzar con nosotros?

Indudablemente que había muerto la hija aquella para su padre. Bastaba verlo, bastaba oírlo. Muerta, y bien muerta. La frase del padre, gutural y grave, era el *responso* bárbaro de un cura indiferente que canta sus oraciones porque de ellas come, extraño completamente á las enormes inspiraciones religiosas: la actitud de la madre, con ser dolorosamente pasiva, no acusaba, por ley de su insignificancia, ninguna idea de tristeza, como no la acusan tampoco las piedras

de la calle, por numerosos que sean los carros que rueden sobre ellas. Y ocurría pensar...—¡pero qué pocas lágrimas y qué pocos lutos deja tras de sí la muerte en ésta casa!—Todo tenía el aspecto normal de los días ordinarios. ¡El almuerzo colocado sobre la mesa á una hora fija para que el padre vaya á buena hora á la oficina, y á estar preparados todos después para las oraciones de la tarde!

Hubo una baja, se estrecharon las filas, y á eso quedó reducido todo, reducida la catástrofe.

VII.

Había vuelto el mal tiempo, los días frigidísimos del mes de Diciembre. Se manifestaba el cielo como una injuria permanente contra la humanidad, y eso hasta el punto de que sólo dejaba de llover cuando á los lagrimones como garbanzos con que la lluvia azotaba á la ciudad, sustituía la nieve, unos copos de nieve anchos como cuartillas de papel blanco que dejaran caer desde una gran altura.

La circulación por las calles, ofreciendo molestias y aun peligros, se había restringido considerablemente, y sólo algún que otro miserable ó algún perro vagabundo, eran los osados á salir de sus casas, deslizándose en toda la extensión de las aceras más semejantes á fantasmas que van ó vienen de los infiernos, que á realidades positivas y sensibles de esta tierra que pisamos. Allí donde la nieve se derretía, quedaban enormes barrizales intransitables, y sin luz arriba

ni sosiego abajo, envueltos por el color gris del horizonte, eran aquellos los días malos en que la desesperación es un consuelo y la muerte una promesa cariñosa; los días en que cualquiera que sea la organización y el temperamento de la criatura humana, se reconoce por todos que lo más difícil es vivir.

Hacía muy poco que había concluído la brega laboriosa del amanecer. Fué una lucha prolongada, en la que parecía que todas las ventajas estaban de parte de la noche, que no iba á amanecer nunca.

Por fin, á las siete de la mañana, contra la prescripción formal de los calendarios, que señalaban para una hora antes la aparición del sol en el horizonte, se hizo la luz diurna por completo. Y ya desde entonces no fué posible negar que fuera de día, cuando menos. En Londres mismo se hubiera cubierto de ridículo aquel sol que simulaba alumbrar á Madrid, como quien cumple un deber penoso, y se fastidia de consiguiente, y sólo se preocupa de salir del paso. Un sol cochino, al que maldito lo que tenían que agradecer las vegetaciones ni los hombres.

Cuando se determinó por fin Lola á llamar en la casa de don Gregorio... ¡oh, la desdichada! daba diente con diente; iba pingando; llevaba las

ropas pegadas al cuerpo de puro mojadas; inspiraba el modismo popular de «ir hecha una sopa,» y la conmiseración enseguida. Sin error podía afirmarse que había sido la víctima más predilecta de las brutalidades de aquel cielo, de sus inclemencias, de toda la lluvia y toda la nieve, y todo el desamparo que habían caído á goterones y á copos sobre la ciudad durante toda la noche. Cuatro, cinco, seis horas seguidas, errando por las calles en plena visión de tinieblas, aguardando que se hiciera el día por completo para llamar á la casa de don Gregorio, su único protector posible, y pedirle la misericordia y el refugio de que se sentía necesitada, si es que Dios no la había castigado, ¡ay, *por sus culpas, por sus grandísimas culpas!* á que muriera de repente en mitad de la santa calle, sobre el suelo mojado y fangoso, como en un albañal, con más vergüenza todavía que en el fondo de una alcantarilla, porque la alcantarilla, al fin y al cabo, es el secreto y el misterio, mientras que el empedrado de la calle es el escándalo con alas, lanzado á la circulación de los cuatro vientos de la tierra, y eso porque hay transeuntes que se paran y que forman corros, y hay indiscretos que preguntan, y hay malvados que aventuran juicios y escarnecen con frases, como si azotaran; porque hay más dignidad se-

guramente en la agonía de esos animales que se ocultan para morir, que en los últimos instantes de la vida humana, pringosos de lágrimas, estruendosos de sollozos, misérrimamente teatrales de consiguiente, como cuando hace explosión la catástrofe en las farsas de los escenarios.

Y Lola prefería, puesto que iba á fenecer, morir oculta, morir donde nadie la viera, ¡nadie! ni su padre, ni su madre, ni sus hermanos, ¡nadie! decía con insistencia,—pero sobre una cama ¡por pudor y no por otra cosa!—y sobre una cama que no fuera de alquiler, si no era esto pedir mucho; —y entre sábanas que no la hicieran pensar al mismo tiempo que contenía las arcadas convulsivas del estómago; que no la hicieran pensar en los contactos del leproso, de un miserable cualquiera que se le hubiera anticipado á morir sobre el mismo lecho.

Quería, sobre todo, abandonada como estaba, ultrajada en su dignidad y en su sexo, herida en un costado por la puñalada innoble de un canalla, quería solicitarle á la religión bálsamo para la llaga, y perdón para la culpa; morir en gracia de Dios; prevenirse contra la probabilidad de que le impusieran una doble condena: la que estaba sufriendo en la tierra, y la que le tocaba que sufrir en los infiernos.

Y llamó á la puerta de don Gregorio lo mismo, con el mismo espanto de si se hubiera visto forzada á llamar en la puerta que da acceso á la Eternidad, ¡ay! porque sentía el peso de una condenación implacable sobre la cabeza, y llevaba agobiadas las espaldas, y tenía partida la cintura, y le faltaban fuerzas á los riñones para continuar resistiéndolo!

¡Dios mío! No era humanamente posible aguantar más tiempo. Hundimiento, desplome, condenación, muerte.—No era humanamente posible aguantar más tiempo.

Daban las ocho en un reloj próximo cuando llamaba en casa de don Gregorio. Apoyó el cuerpo contra el muro, porque tenía precisión de toda clase de protecciones para no juntarse con el suelo súbitamente y para siempre, y en esa actitud, rendida la cabeza sobre el pecho, los brazos caídos en toda su extensión sobre ambos muslos, aguardó á que le abrieran. Sonáronle de pronto debajo del cráneo, al sentir abrirse la puerta, las trompetas de Jericó tocadas á la unísona por locos que fueran al mismo tiempo atormentadores, y ya dentro de la casa, volvió á aguardar,—¡ay, su sino, su cruentísimo sino!—en una especie de despacho que hacía oficios de antesala; volvió á aguardar, con la misma emoción que cuando es-

peraba en mitad de la escalera la salida de don Gregorio.

—¿El nombre de usted, para avisarle al señor cura?—preguntó la criada.

—Una señora que desea verle... una de sus hijas de confesión; dígame usted que una desgraciada.

Esa palabra, que de su propio manantial el corazón había subido hasta la boca, y se había exteriorizado luego en un ruido formado por igual de sílabas que de sollozos, pareció hacerle un gran bien, y como si envolviera á cuanto le ocurría con túnica de misericordia. Sí, eso; eso mismo, y no otra cosa. Élla, Lola, una desgraciada. Y lo que le pasaba, una desgracia. Una inmensa desgracia. Una catástrofe, mejor.—Bueno. Había culpa. Se había escapado del hogar paterno para reunirse con un hombre: había sido luego, voluntariamente, carne de placer entre los brazos de aquel hombre. Pero había drama también, y condenación y martirio. Podía, de consiguiente, ganar la absolución por el martirio. Una desgraciada.

No se dió cuenta del tiempo que permaneció aguardando al padre de almas. Estaba inconsciente de todo. Cuando lo vió á su presencia, con la sotana colocada precipitadamente sobre

los calzoncillos, porque no se había preocupado de ponerse debajo unos pantalones, y la tonsura al aire libre, cayó á los pies del sacerdote brutalmente, como cuerpo muerto, hiriéndose las rodillas, derribada al suelo por el desvanecimiento de sus sentidos y por el empujón de la vergüenza.

—¡Oh, padre mío... padre mío! ¡Perdón... otra vez perdón!... ¡Me ahogo!... ¡Que no sé lo que me he hecho!

Le miraba con los ojos arrasados de lágrimas; la boca seca, mostrando en la comisura de los labios una cosa muy blanca que parecía de espuma; retorciéndose con crueldad las manos en una convulsión angustiosísima de todo su cuerpo; muy cerca de la locura ó del desmayo.

—¡No puedo hablar! ¡Me ahogo! ¡Agua! ¡Agua! ¡Que me den agua para que no me muera así de pronto! ¡Agua! ¡Me ahogo!

No la pudo beber; le llenaba la pena, la horrible pena; le llenaba la vergüenza, y el remordimiento, y la seguridad de estar perdida, y el cansancio supremo de todas sus facultades inteligentes, y las flemas que se producen en la agonía,—le llenaba todo eso la garganta.

Completamente desventurada, dijo ¡ay! y cayó de espaldas, con los brazos en cruz, como un

Santo Cristo derribado por la mano furiosa de un sectario. Cayó de espaldas, y ni le sobrevino la congestión, ni se le partió en cuatro cascos la cabeza, de modo que hubiera dejado de sufrir de pronto.

Quiso avisar á un médico la criada; pero se opuso á ello don Gregorio. ¿A qué, ni para qué? ¿Es, por ventura, que la ciencia puede lo que la religión en ningún caso de la vida? ¿Vale ninguna sal de las que los matasanos hacen uso para volver al conocimiento á los que de él están privados, lo que un buen aforismo latino, sacado de la Santa Teología, y dicho ante el paciente en lugar y tiempo oportuno? ¿Qué médico del mundo sería capaz de reproducir el milagro de los peces y de los panes, ó el de Lázaro, ó el que realizó Moisés, sólo por estar tocado de la gracia divina, secando las aguas del Mar Rojo? Y si esto es así, y ha sido de tal modo durante una eternidad, ¿á qué, ni por qué?...—¡Pues entonces!...

—Tú lo que tienes que hacer, es irte á tus ocupaciones; que lo que es aquí, maldito para lo que haces falta. Se trata de un secreto de confesión, de una desgraciada que no ha podido aguardar más tiempo para venir á confesarse; conque así... que yo no te sienta salir de la cocina para nada, ó vete á hacer la compra, y es mejor...

Quedaron solos, abandonados y solos, y fué entonces cuando estalló el drama. Un drama en despoblado, la acometida de un sátiro á una virgen en el interior de un bosque. Hubo lucha, pero, ¡claro es! nada más que la lucha posible. Debilitada la joven, horrorizada, deshecha, casi á punto de fenecer, sorprendida además,—¡ah, el destino cobarde, las asechanzas que combina, los lazos que tiende á sus elegidos!—no pudo ofrecer muchas resistencias al sacrilegio, á la violación, á la cobardía armada, ó á las tres cosas á la vez, de que la hacía víctima el sacerdote, y cedió como cede el niño, porque sus músculos son débiles, y sus huesos tiernos, y la lucha corporal á puñetazos y á coces y á mordiscos, la lucha de bestias, una abominación, interdicta por modo categórico á todas las naturalezas en cuya composición entran como factores principales la debilidad y la gracia. Cedió, pues, y quedó convertida en masa inerte entre las nerviosas patas del sacerdote. Sin voluntad ya, y sin encéfalo y sin nervios, fué más que una mujer, una presa, un trozo de carne lanzado á la voracidad de una bestia hambrienta. De un solo salto, el chacal, el sacerdote, aquella hiena, se había apoderado de la joven, la había rodeado la cintura con una de las patas delanteras, la había destrozado el cuerpe-

cillo del vestido, y la había vuelto á derribar al suelo para consumir la profanación más cómodamente. Realizó la obra, todo lo que se proponía, hasta que se le agotaron por completo las fuerzas para proseguir revolcándose en su ejercicio. Y más próximo al desvanecimiento de todo su ser, que al grande renacimiento de vida que aguardaba; sin sangre ya en la cabeza, momentos antes congestionada; con vacilaciones y sin firmeza el pulso; seca la lengua que parecía agitarse en un paladar de palo; empapado todo el cuerpo, empapada hasta la sotana de un sudor frío, sebáceo y untoso, que le brotaba con la fecundidad de la pus en un tumor recién abierto, de todos los poros de su cuerpo; más miserable, si cabe, que su víctima, aunque sin otro derecho que el de recoger maldiciones, cayó de espaldas sobre uno de los asientos que ornaban la barraganía aquella, que era su casa, y sólo despertó, volvió á la vida, iba á decir, cuando, transcurrido el tiempo suficiente para que la joven pudiera darse cuenta de todo lo que acababa de pasarle, notóse más perdida, más abandonada y perdida que pudiera estarlo mujer alguna en los cuatro extremos de la tierra, y gritó, ¡socorro! con las últimas y decisivas energías que le permitiera su horrible suerte; ¡socorro! hasta desvanecer

la pesada somnolencia del sacerdote; ¡socorrol hasta que le reventaran las arterias del cuello, y se quedaran detenidos los transeuntes en medio de la calle, espantados de aquellos gritos, y buscando azorados á la catástrofe por todas partes.

No fué tardo don Gregorio en darse cuenta de lo que pasaba. Y con voz terrible, tapándole á la víctima la boca con la garra izquierda y amagándola en la cabeza con la derecha...

—Tú quieres perderme; quieres arrastrarme, ¡condenada! al fondo de tu condenación, pero te equivocas: porque, mira, aquí, aquí mismo, soy capaz de matarte... Vuelve á gritar, si quieres...

¡Oh! le inspiraba un miedo cerval el monstruo, aquel monstruo negro, un miedo loco, y temiendo de él más deshonra, mayores vergüenzas, ó la muerte si no, presintiendo mayores y más rencorosos ataques...

—¡Oh, no; no diré nada, padre; ni chistaré siquiera! pero, ¡por caridad, por lástima á mi desgracia, por lo que usted quiera! la calle, ¿dónde está la puerta de la calle? Me muero aquí, padre; me muero aquí, y usted no querrá que se encuentren un muerto en esta casa... quiero irme... y no hablaré... no diré siquiera esta boca es mía... prometo el silencio...

Queda relatado el principio y el fin de la ca-

tástrofe. Sólo que, ya en la calle, la catástrofe vuelve á comenzar de nuevo. En la calle. Al sentirse reparada con curiosidad burlona por todos los transeuntes, y al notarse insultada por todos los goterones de lluvia, iguales á salivazos, con que la injuriaba aquel implacable cielo, tan fúnebre y tan ceniciento. ¡Ay, la completa tranquilidad con que se agotaban sus días en Ávila!

¡Ávila de los Caballeros!

¿Qué hacer?—Se paró de pronto, como un mecanismo que se descompone. Había echado á andar á la ventura, y no sabía ni á dónde iba ni dónde se encontraba.—¿Qué hacer?—Acudió á lo que en élla quedaba de inteligencia, como una idea de amor, el recuerdo de su nido, de su dulce hogar, ¡ay, en mal hora abandonado! y armándose de nuevas energías (era joven, fuerte, bien formada; tenía sangre nueva, y nervios bien templados, y músculos que no se desasosegaban en la lucha; le había de costar trabajo morir, por consiguiente; podía aguantar las crueldades de mayores martirios; era la víctima propiciatoria de un destino lúgubre, y estaba conformada para resistir todos los ensañamientos de la suerte), armándose de nuevas energías prosiguió en su marcha nómada y desesperada, preguntando á la primera sombra con que sus ojos toparan por

la calle de Moya. Respondióle la sombra con más ó menos precisión, tornó á preguntar por la calle de Moya ocho ó diez veces más á otros tantos transeuntes, y al encontrarse de pronto inopinadamente ante la vivienda de sus padres, se horrorizó, quedó horrorizada del bárbaro cinismo que había gastado en llegar hasta el portal de aquella casa.—¡La entrada del santuario!

Y volvió á desandar lo andado, muerta de vergüenza, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, salpicada de fango, manchada de fango hasta en la misma raíz de los pelos, semejante á un perro leproso que huye de los sitios habitados sin pararse siquiera á hociquear en los montones de la calle por miedo á que los hombres, al reparar en él, se burlen de su lepra y de su miseria.

*
* *

Había dejado de llover. Eran ya las nueve, y la concurrencia de las calles había recobrado su aspecto normal de los días ordinarios á semejantes horas de la mañana. Tornaban á su esclavitud casera las mozas del servicio con sus cestas provistas de municiones, y los muy benéritos mangueros de la Villa añadían una nota nueva

á los ruidos de la ciudad, con el que producían sus mangas de riego puestas en ejercicio.

Voceaban los vendedores de periódicos el nombre de la calle en que se había consumado el último asesinato, para darle así más pronto despacho á la mercancía, y si alguna mujer, cuyos aspectos no fueran plebeyos absolutamente, se veía por las calles, esa mujer era ciertamente y en todos los casos, una beata bien atiforrada de fanatismo que iba ó venía apresuradamente de las iglesias.

Estaba ya Madrid completamente despierto, y hasta en plantas, en casi todas sus barriadas. Y esa vergüenza de sentirse reparada, fiscalizada, figgada por un millón de ojos, fué el empujón decisivo que volvió á colocar á Paquita en el portal de su casa. Entró decidida, subió de un solo arranque, que no le fatigó los pulmones, los seis tramos de escalera que conducían al santuario, y ya en él, heroína desde los pies á la cabeza, héroe completamente,—las grandes cualidades del alma no tienen sexo, por más que digan las apariencias de los seres,—llamó con entereza, sin que se le encogiera el corazón ni le temblara el pulso, y ¡Dios mío! ¿es, por ventura, que existe lo inagotable sino en los últimos confines de la fantasía, y para eso como final abstracción de la inteli-

gencia, como la más refinada y difícil abstracción de la inteligencia? Cayó rendida, desvanecida otra vez, y con la voluntad de quedarse muerta de repente.

No quería vivir. ¿A qué ni para qué, llevando corrido por todo el cuerpo, como una mala lepra, el horror de todo lo que había hecho, la repugnancia inmensa de lo que le acababa de suceder con el sacerdote? Con el último aliento de su voluntad llamó á la muerte. Y al caer desplomada sobre el suelo, bendijo á Dios, porque creyó que, puesto que moría, era que Dios la perdonaba. —¡Dios con su infinita misericordia!

*
* *

Cuando salió del hospital y se vió en medio del arroyo, notó en su sangre, notó en todas sus entrañas, que no había ya salvación posible para su alma ni para su cuerpo; que estaba hundida para siempre; que lo había perdido todo, honor, hogar, afectos, familia; que no tenía derecho ni aun á las atenuaciones de pena que la ley humana concede á los más empedernidos criminales; y que puesto que su padre se había negado á recibirla, era que la sociedad también la rechazaba, y que para sostener su vida tendría que ir á men-

digar la limosna de los caminos, alargando la mano, ofreciendo su cuerpo de colchón á los vagabundos. Se sintió mala, notó vagamente que podría llegar á ser perversa. Aquella desventurada infancia suya; la severidad con que su padre había tratado de arrancarle la juventud y la belleza como quien hace la amputación de un tumor malo; aquellas costumbres claustrales que venían á hacer del hogar así como una reminiscencia de presidio; el egoísmo de don Francisco; el recuerdo de aquella su exclamación favorita «en esta casa no hay otra voluntad que la mía;» y sobre todo, ¡eso!—¡eso, que no hay palabra en ningún idioma para expresarlo! crueldad, indiferencia, odio, infamia... haberla rechazado de sus brazos y de su hogar cuando iba á pedirle, perdida, miserablemente perdida, protección y cariño, ó un poco de calor simplemente, y con eso hubiera quedado satisfecha...—Vino después á su memoria, como una pesadilla viva y sangrienta, el recuerdo de don Gregorio, villano, sucio, goteando el fango de una podredumbre sobrenatural, produciendo arcadas dolorosas en el estómago, quitando la ganas de vivir, afirmando un odio ciego contra la humanidad...

Se sintió perversa. Luego, en esta procesión lúgubre de infames y de bellacos, desfiló ante los

ojos de su memoria el recuerdo, la imagen con relieve, coloreada y movida, de Galán, del ratero de virginidades y honras, que se aficionó á ella y se pegó á ella para perderla. Notó entonces por sí misma, al evocar ese recuerdo de Galán, que las malas pasiones circulan por el cuerpo por cauces infinitos, exactamente igual que la linfa ó que la sangre, y que la caída del pelo y el crecimiento de las uñas, y muchas otras pequeñeces de la vida quizá puedan en parte ser originadas por la calidad y la cantidad de las ideas que se lleven en la cabeza.—Otra vez se sintió perversa.

Y respondió á la galantería banal con que la requebraba un hombre de la calle, cogiéndose de su brazo y convidándolo á la celebración de amores raros y desconocidos.

LIBRO SEGUNDO

I.

Se mataba á coser en la máquina para obtener, después de catorce y dieciseis horas de trabajo, un jornal insuficiente, que no bastaba, ni con mucho, á la atención de las necesidades de su casa.

Lola, muerta ó desaparecida por completo, el caso es igual; Nazario, empleado como dependiente en una sastrería de la calle de Toledo, y Paquito, terminando sus estudios sacerdotales en la Misión de jesuitas de Chamberí, parece como que esa considerable disminución de la familia había de permitirles una vida más fácil, mayor expansión y hasta un poco de más decencia en las costumbres rutinariamente animales que hasta entonces habían observado. Pero nada de eso,

Cesante don Francisco de su destino en el ferrocarril del Norte desde hacía cuatro años, por *exceso de celo en el trabajo*, según acertó el Consejo de Administración á explicarle al desventurado; cargando sobre sus espaldas á todas horas, menos cuando se tendía para descansar, el peso de sesenta y siete años de vida, peso abrumador que lo hacía impotente para todo ejercicio y hasta para toda aspiración de trabajo; enferma doña Dolores de las vejaciones sufridas en sus tristes años de matrimonio y del insólito derrumbamiento de su casa; enferma también Lola, por más que élla tratara de ocultarlo, aquella casa parecía como herida por los inexorables rencores de una divinidad muy fuerte, y á su presencia surgía el recuerdo del viejo hogar romano sellado por la cólera de Júpiter, y de cuyos fríos aposentos, penates y lares habían huído sin dejar otra cosa en los sitios calentados antes por su influencia, que maldiciones y ayes.

¡Adiós los días bienaventurados en los que ir á la oficina era un holgorio, y rezar en las iglesias un descanso! Dios había fruncido el entrecejo y se le prestaba por eso, para que sonriera, para que se mostrara clemente, una devoción más grande, una devoción enorme. A todas horas, en todos los momentos, se le salmodiaban oraciones

bárbaramente egoistas. ¡Señor, el administrador de la casa, que estamos á fin de mes! ¡Señor, la sal y el vinagre! ¡Señor, la carne del puchero! No como los coros angélicos que entonan las *salves* de la mañana ó las *aleluyas* de todas las horas, en alturas inmateriales y celestes, sino como los voceadores públicos que gritan desesperadamente por las calles el mérito y el valor de sus mercancías, atentos á sus necesidades del momento, completamente despreciadores del porvenir.

Dios había fruncido el entrecejo. Habíase llegado á respirar mal en aquella casa. Entraban á todas horas, por sus ventanas cerradas, vientos de desesperación que, al quedar aprisionados en el hogar del beato, tornábanse en esas brisas venenosas que se respiran alrededor de las aguas encharcadas y que producen en todos los casos, ó la calentura, ó la muerte. Se respiraba mal; era aquello un atentado sistemático contra la vida orgánica, el ascetismo sombrío de esos cristianos trágicos que se iban al fondo de medrosísimas tebaidas para hallar á Dios más fácilmente. No tenían otras relaciones con el exterior que las indispensables á gentes que viven en poblado y que se alimentan de pan, en primer término, y luego de las oraciones proferidas en las iglesias. Batían en brecha á la madre naturaleza,

se levantaban contra sus santos designios. Aquel modo de vivir era una insurrección contra la carne y el espíritu, contra el cielo y la tierra, y ellos, aquellos seres, unos insurrectos. ¡Ah, peleaban contra la única divinidad posible! ¡Tenían que ser vencidos!

*
* *

Tenían que ser vencidos. La úlcera en la cabeza no era bastante, y quiso la vida, que algunas veces es lógica, marcarlos sangrientamente en el corazón y en el estómago; dejarlos lisiados y vivos. Aquella situación se hizo, pues, insostenible. Es que no tenían qué comer. Un día, y otro y otro.. ¡Dios mío! ¡La monotonía de la miseria! ¡Y Paca muriéndose á pedazos ante una máquina de coser, y cantando mientras que lloraba, arrasados de lágrimas los ojos; y cantando para que sus padres la creyeran completamente viva! Pero llegó un momento en que seguir cantando le fué imposible. Una tos seca y desgarradora que le ocupaba todas las actividades de los órganos respiratorios, le prohibió la sublime farsa de salud que venía la pobre niña representando. Y entonces quedó reducida á toser mientras que trabajaba.

Nada de balcones, nada de vida exterior, si-

quiera por medicina. La catástrofe de su hermana le había hecho cobrar horror inmenso al mundo, que se lo figuraba poblado de bandidos exclusivamente, cubierto de precipicios, y con una pareja de demonios en cada esquina de las calles. No se asomaba á los balcones ni aun para averiguar lo que pasaba cuando ocurría algún alboroto en la vecindad. Y por eso, viva y todo, su nombre podía figurar entre el de los fallecidos. Estaba muerta socialmente.—Realmente se iba á morir muy pronto.

Muy pronto: había llegado á trabajar dieciseis horas diarias para sostener la casa, para comer pan todos los días: tuvo que retroceder, y ya no trabajó sino doce horas, medio día justo, y el tiempo restante, seis horas, para dormir un sueño cortado por las intermitencias de la enfermedad, y otras seis horas para dolerse y darse cuenta exacta de su estado.

Iniciada la decadencia, siguió retrocediendo, y ya no pudo trabajar sino en intervalos de tiempo más ó menos cortos que daban de sí una labor incompleta. Y ya, por último, completamente rendida, sin energías en los muslos ni en los brazos para mover las articulaciones de hierro de aquella máquina funesta que la mataba; sin fuerzas en la voluntad, ni alientos en el pecho, ni

sangre en las venas para ayudar los esfuerzos de la extremidades, fué aquello como el desplome material de una arquitectura cualquiera que viene abajo.

Pero cayó en el suelo, en pleno suelo, donde caen todos los combatientes, todos los que mueren peleando, derribada por un síncope, y entonces sí, al abrir los ojos y volver á la vida, entonces sí que comprendió que no tenía que aguardar la salvación de nadie, de Dios ni de los hombres, porque estaba herida de muerte.

Fué entonces cuando se acostó para morir.

Aun atontada y casi insensible por los zurriagazos con que la desgracia los flagelaba sin misericordia ni reposo, aún le quedaban á aquellos padres lúgubres lucidez suficiente para que pudieran darse aproximada cuenta de la catástrofe. No vieron la muerte, pero sí la enfermedad. Allí donde había una afirmación tristísima é incontrastable de la naturaleza, creyeron hallar como un amago, y nada más que eso. «Pero Lolita era la única hembra que les quedaba.» «Para bien de su salvación eterna y para gloria de su familia, no había sacado un solo rasgo de parecido con la gran indecente de su hermana.» «Y que no se preocupaba de preguntar á sus hermanos por lo que pasaba en la portería de la casa.»

«Y que no asomaba las narices tras de los cristales, como hacen las mujeres perdidas, para ver quién meneaba el culo por la calle.» «Y que en la iglesia de la casa, en la Encarnación, no había un solo concurrente de los días ordinarios que no estuviera prendado de la niña por la formalidad y por el entusiasmo con que practicaba sus oraciones.» Y por fin de cuentas, «que ella sola, cumpliendo con sus deberes de hija cristiana, había estado sosteniendo la casa y llevando á ella en los días de asoladora estrechez, hasta catorce reales diarios, y que Dios no podía consentir, ni Dios ni el Santo Patriarca, que tan buena hija tuviera como premio á sus virtudes una enfermedad primero, y la muerte después, la muerte sin misericordia.»

Pero ni por esas desarrugó el buen Dios el entrecejo, y la pobre niña continuó derribada en su lecho de morir, arrojando los pulmones por la boca.

Estaba el gran Zeus, por lo visto, furiosamente enojado contra aquella familia. Y entonces los excesos de devoción que se le consagraron en la casa, revistieron las proporciones de un misticismo enorme, de una rabiosa adoración, de una demencia colosal naturalmente susceptible de las más inauditas agresiones, capaz de descuartizar

vivos á niños recién nacidos para extraerles las mantecas y con ellas encenderle velas al Santísimo Sacramento.

Ya no hubo otra función en la casa del lúgubre beato, que la de desagravio al Dios colérico que los apisonaba. Ni comer, ni asearse, ni dormir. De rodillas y en cruz horas seguidas, miraban al techo del comedor, que era la cámara de tormento, y prorrumpían, marido y mujer, cada cual por su lado, en oraciones bárbaras, fidelísimamente recitadas de memoria al empuje de sus sobresaltos del momento. Don Francisco, sobre todo, llegaba á emborracharse literalmente con la obstinada repetición del *Yo pecador*, una vez y otra, y otra, cientos de veces, sin que se le cansara la conciencia de tenerla ocupada tanto tiempo con el mismo formulario de palabras, ni la boca tampoco de dar salida á idéntica combinación de sílabas, que no parecía sino que á eso había quedado reducido todo el lenguaje humano; «...por mis culpas, por mis grandísimas culpas...» «...pésame, Señor, de todo corazón, de haberos ofendido...»

¡Ah, que la vida era una cosa difícil en aquella casa!

Pero de pronto Paquita se agravó en su estado, y ya no fué posible, por afirmación categóri-

ca de su enfermedad, seguir dudando. Era la muerte, que se presentaba al cobro. La muerte sin remisión y sin disfraces, franca, ruda y capaz de la cháchara, advirtiendo francamente á los interesados á lo que venía, haciendo su entrada por el portón de la casa, y no por los intersticios de las puertas, y saludando á todos con igual corrección que los diplomáticos. Sólo á Paquita le dió un beso. Fuera mejor que no la besara, porque aquel beso tuvo el valor ejecutivo de una sentencia implacable. A muerte, y por asfixia. Como en el cadalso. Igual que si hubiera matado á su padre y á su madre, y la sociedad la condenara por eso á los tormentos del garrote. ¡Aquella gran desventurada!

Y, por primera vez en la vida, tuvo la muerte un recibimiento conmovedor, francamente sentido en la casa del beato.

*
* *

La habitación estaba medio á oscuras. Una verdadera alcoba de agonizante. Se respiraba en su interior un aire espeso cargado de olores acres, entre los que predominaba el especialísimo de la manteca de cerdo batida con vinagre, que era la medicina panacea de la familia aquella, y era tanto el frío que se dejaba sentir allí como en

toda la casa, que eso sólo, el frío aisladamente, aquel frío de miseria, era bastante para evocar la muerte y permitirle que se apoderara de todo, sin que el ánimo fuera osado á ofrecerle ninguna clase de resistencias.

La cama en que se consumía la moribunda era de hierro, de esas llamadas *de soltero* en el caló de los horteras; muy estrecha, y casi tan baja como las de lujo. Parecía más baja de lo que en realidad era, por la ausencia de colchones. No los había en la casa; habían ido empeñando los de todas las camas, menos los de la del padre, que no podía dormir en duro. Paquita fenecía sobre un jergón de paja.—No tenía sábanas tampoco. Se tapaba el cuerpo con viejos harapos de la casa dedicados á ese uso.—Y se moría; y viendo aquella miseria tan implacable que le rodeaba el cuerpo como una segunda enfermedad de muerte, daban ganas de desearle una agonía más rápida. Sí, muerte; aquello era la muerte; ¡más si queréis! las bregas del espíritu, afanoso por emprender el eterno vuelo hacia las regiones de la luz y de la vida; pero era también vilipendio y castigo, y crueldad y vergüenza. Era una gran infamia de que había venido siendo víctima la pobre niña durante toda su vida, y que hallaba su remate justo en aquella agonía

sobre una cama sin sábanas ni colchones, en aquella muerte sin dignidad, y en aquella sombría ausencia de misericordia que se notaba por toda la casa. Era el desenlace matemáticamente proporcionado de una gran infamia social. De una gran infamia.

¡Y rezaban la madre y el padre por todos los rincones del tabuco!—Más justos hubieran sido blasfemando.



Acometióle á Paquita la lucidez de inteligencia con la misma intensidad que por las tardes le acometía la fiebre. Comenzó á darse cuenta de todo lo que la rodeaba, de muchos puntos oscuros de su vida, de aparentes contradicciones que siempre la habían intrigado, de verdaderas monstruosidades, aceptadas por élla como cosas naturales, y cuya contemplación comenzaba á horrorizarla ahora desde su lecho de morir. Notó que había sido engañada, que vivir no era eso; que élla no había vivido, que había sido desde el instante de su nacimiento el prisionero de un egoísmo muy grande; que no tenía cosas que contar de la vida, porque no le había pasado nunca nada; que orar es muy santo, pero que salir á la calle á dar un paseito, como las demás mujeres,

es muy justo; que después de esta vida hay otra de eternidad, y que puesto que en esa otra vida hay un Infierno, no veía la lógica de que el Infierno fuera doble; uno en la tierra, y otro, no más espantoso que el de aquí abajo, en la vida ultra-terrena. Y como es consiguiente, su boca, en esa suprema descomposición de facciones que precede á la muerte, en vez de adquirir expresión de beatitud, la adquirió de rebeldía, y fué entonces semejante á la de un Voltaire muy triste que no fuera capaz de reirse nunca.

*
* *

Llamó á su madre á la cabecera de la cama. Don Francisco había salido, lanzado á la calle por uno de sus arrebatos de misticismo desesperado.

La enferma se incorporó en la cama al sentir la proximidad de doña Dolores.

—Tengo que hablarle á usted, mamá; tengo que contarle muchas cosas...

Doña Dolores besó á la enferma en la frente, y le preguntó con solicitud verdaderamente maternal cómo se sentía.

Casi bien. Podía morirse sin ninguna dificultad dentro de cinco minutos.

—Tengo que hablarle á usted, mamá; tengo que contarle muchas cosas...

—Pues aquí me tienes, hija mía, á tu lado, dispuesta á escucharte todo lo que quieras. Hazte cuenta que yo no tengo otra cosa que hacer sino estar contigo.

—Bueno; así me gusta, porque tendremos tiempo para todo.

Rectificó la posición que ocupaba sobre las almohadas, afirmándose en ellas. Cruzó las manos una sobre otra, desistiendo de ayudar á la conversación con ellas. Y con la voz serena y un tanto grave, fijando en su madre una poderosa mirada, en la que estaba reconcentrada toda la vida de que la mártir pudo disponer en aquellos momentos...

—¿Sabe usted, madre, que ni usted ni papá han sido buenos con Lolita ni conmigo?

¡Un ex-abrupto, un aire malo!

Se admiró doña Dolores de la afirmación, tan extraña y tan severa. Y ni aun pudo reponerse de su sorpresa, porque inmediatamente después de la primera afirmación, vino otra, de sentido tan extraño como la primera.

—¿Y sabe usted que tampoco han sido buenos para mis demás hermanos?

No pudo contener más tiempo la contestación doña Dolores; la llenaba la cabeza; tenía que soltarla bajo pena de explosión.

—¿Pero qué tienes, muchacha? ¿Es que te has vuelto completamente loca?

—No, no. ¿Cuál es una palabra que quiere decir todo lo contrario de lo que expresa la palabra *locura*? Talento no es, ni imaginación tampoco, ni memoria... Bueno, pues lo que quiera que sea. Eso. Lo que exprese todo lo contrario de locura. Eso es lo que á mí me pasa.

Cobró doña Dolores ánimo al hacer aprecio del tono resuelto, de la entereza de vida con que se expresaba Paquita. Maldito si en su alegría de verla tan mejorada, se fijó en que aquel hermoso tono resuelto de la joven expresaba herejías, estaba puesto al servicio de una causa de herejías; que negaba la bondad paterna, que socavaba los fundamentos de la familia. Doña Dolores sólo tuvo tiempo para ver la salud, el renacimiento de la vida, y saludó eso en el tono resuelto de Paquita, aunque con ese tono acabaran de llamarla hereje y perra judía, las más grandes abominaciones de este abominable mundo.

—¡Ah! hija, hija mía, mi hija. ¿Conque ya estás buena? ¿Conque ya te estás poniendo buena?

Y con crueldad, con saña, las narices inflamadas como las de un caballo de raza en el momento de la carrera...

—Sí, mejor, mucho mejor, casi buena. Me ha

comenzado la mejoría por la cabeza. Por eso le digo á usted, que tanto usted como papá me han estado engañando toda la vida. No es que comienzo á ver; es que veo claramente. Tenía una venda negra, muy espesa, sobre los ojos, y se me ha caído ó me la han arrancado. Es ese un misterio que no me explico, un verdadero milagro. No ver gota, y de la noche á la mañana...

Y de pronto, interrumpiéndose, mirando en el vacío esas cosas que la imaginación contempla, y que nonadas y todo como son, tanta influencia tienen en la vida práctica, rompió á llorar convulsivamente, como élla no se acordaba de haber llorado desde la fuga de Lolita...

—¿Por qué Dios me habrá devuelto la inteligencia?—¡Yo, que estaba tan tranquila en mi ignorancia!

Hubo una gran pausa. Paquita se había tranquilizado. Ya no lloraba. Y doña Dolores, que había atribuído al delirio las palabras de su hija, miraba á todos lados sin comprender, desasosegada, inquieta.

De pronto, la joven interpeló:

—¿A dónde ha ido papá?

—A ver á tu hermano Nazario para pedirle unos cuartos.

—¿Y tardará mucho?

—¿En qué?

—En volver.

—No creo que tarde mucho en estar de vuelta, como no sea que se detenga un poco en cualquiera de las iglesias del camino.

—Porque no me parece bien que lo que tengo que decir, y estoy propuesta á decir, se lo diga á usted sola, como si me diera miedo de decírselo también á papá.

—Pues bien; habla.

—Cuando vuelva papá, si tengo fuerzas.

—Dílo ahora.

—Pero si ahora no puedo...

—Para entonces. Aguardaremos á que venga tu padre.

Y sobrevino un gran silencio.

Paquita se acomodó en sus harapos para dormir: doña Dolores se apercibió también á dar alguna que otra cabezada de sueño, mientras que velaba á su hija. Hubo en la alcoba, durante algún rato, la melancólica paz de los Camposantos. Inmovilidad, silencio. No el silencio absoluto, sino el silencio animado de la muerte.

De vez en cuando una tos cavernosa, bronca, que parecía salir del fondo de un pecho completamente abierto, se encargaba de abrir soluciones de continuidad á aquel silencio tan bien formado,

tan completo. Extinguíase la tos, volvía la enferma á acomodarse en sus harapos, y la habitación tornaba á adquirir la melancólica y aparente paz de un Camposanto.

—¿Tardará mucho?—preguntaba á cada instante.—¿Mucho?

Y sólo quedaba tranquila, aunque por un cachito de tiempo y nada más, cuando su madre le aseguraba el inmediato regreso del beato.

—No tardará, ya verás; estará en la iglesia...

Fatigóse de aguardar y se quedó dormida.

II.

Era Nazario, de todos sus hermanos, el que más pronto había hallado acomodo y plaza en las francachelas de la existencia. Y no es que la fortuna se hubiera entrado de rondón en su cuarto mientras que dormía, para lanzarlo á los esplendores de una vida asegurada y tranquila, como él deseaba, sino que la grosería de su temperamento le había proporcionado una más fácil adaptación en la batahola humana que los otros elementos de su familia, ó condenados, como Paquita, ó insurrectos contra la vida, como sus padres, y el discípulo de Loyola que terminaba sus estudios en la pensión de Chamberí. Poseía aquel mozalvete de veinticuatro años cuanto es preciso para estar bien avenido con la limitada humanidad de que se forma parte: sistema dentario completo, en buen estado de conservación; estómago poderoso, bien abastecido de cuantos jugos

gástricos son precisos para digerir piedras; aparato nervioso, casi nulo, sólo el suficiente para recoger y transmitir sensaciones; buena sangre y abundante, rica en glóbulos rojos. Y un enorme vacío moral en la cabeza.

Era la bestia humana en toda su desfachatez. Carne, músculos, huesos. Ni por casualidad la alborada, la anunciación tímida del espíritu. Materia, y materia y materia. Materia, bueno, pensante. Aquel animal tenía ideas religiosas, idea de la familia, idea de la propiedad, casi concepto del prójimo, conciencia completa del yo, que en su boca y en las lobregueces de su inteligencia resultaba un yo enorme. Pero no la materia *sублиmada* de los organismos superiores.

Un hombre como otro cualquiera, que es esto lo que me proponía decir.

Encajó perfectamente en la sociedad, porque estaba hecho para la vida, á pesar de todo y contra todo. Si hubiera sido su hermana Lola, hubiérase amancebado con Gala, y se hubiera después abarraganado con don Gregorio: todo esto para vivir. Si hubiera sido su hermana Paca, no se hubiera roto la salud trabajando en la máquina para mantener á los suyos: todo esto para vivir también.

Y si su instinto le hubiera aconsejado, en un

caso de enfermedad, el ateísmo como remedio, le hubiera dado la batalla á Dios, y luego de sano hubiera ido á darse de cabezadas contra el pavimento de las iglesias.

Era, sobre todo, una gran vulgaridad. Trazando su silueta, parece como si se trazara el enorme bosquejo de la humanidad entera. Animal hominal ó humano, como rezan algunos libros de Zoología. Homo.

Don Francisco lo llamó un día, y le dijo:

—Mira: yo te destinaría de buena gana, como á Paquito, á la carrera eclesiástica; á tí y á Evaristo; pero tú tienes la cabeza un poco dura, y á mí hace ya tiempo que no me suenan los cuartos en el bolsillo. Eres ya un hombre, y no haces nada; la ociosidad es la madre de todos los vicios, y yo no puedo mantenerte. Ya estás criado; yo he procurado educarte en la medida de mis fuerzas, y con la protección siempre decidida del Santo Patriarca; y así es que ya puedes salir á la calle en busca de los dos panecillos que comes todos los días. Ya ves que para mí no te pido nada. Pero como tú no te puedes emancipar de la santa moral cristiana, so pena de tu condenación eterna, es mi deber de padre recordarte, en estos momentos en que te devuelvo tus alas, que tienes madre, hermana, una hermana desgraciadamen-

te enferma, y que te debes á ellas tanto como á tí mismo.

Y mudando de tono:

—He buscado un empleo; te he buscado un empleo en consonancia con tus aficiones y tus gustos. Siempre has sido muy aficionado á quedarte con lo de todo el mundo, y ese es el gran arte de los comerciantes; te he buscado un empleo en un comercio. Tendrás, por lo pronto, casa, comida y ropa limpia, y 25 duros todos los años. ¿Qué te parece?

Nazario, en su primer arranque, brincó de contento. Luego le acometieron tentaciones de besar á su padre en las dos mejillas. Pero se contuvo, por si se incomodaba.

La frase reveladora de su entusiasmo, sí, tuvo que soltarla. Los labios fueron dique impotente para contenerla.

—¿Y cuándo, y para cuándo voy á ir á ese destino?

—Pues desde mañana mismo; te están aguardando.

Y una hermosa mañana del mes de Octubre, luminosa, perfumada, digna de ser cantada por un gran poeta, Nazario entró en aquella fúnebre sastrería de la calle de Toledo, en cuya trastienda luce la luz artificial todas las horas del día,

para que los dependientes de la casa puedan verse materialmente los dedos de la mano, y cuyo interior sombrío, más parece hecho para las confabulaciones de la trapisonda que para los arreglos de las gentes honradas, á las que inspira repugnancia el engañarse.

No fué penosa la transición de vida. á Nazario, á aquel bruto. Aquella mañana tan espléndida, el aroma de los árboles, la fuerza artística de aquel sol que brillantaba y pulía cuanto iluminaba, dando apariencias de piedras preciosas á todos los objetos, nada de eso pudo conmoverlo en el largo trayecto de su casa á la tienda. Absorto con la idea de la gran felicidad que le aguardaba, no paraba mientes en cuanto no guardara relación perfecta con sus imaginaciones, y marchaba hacia adelante, al lado de su padre, con la expresión arrebatada de un sonámbulo que hubiera saltado de su cama para recoger un tesoro.

Un tesoro. Casa, comida y ropa limpia. Quienientos reales todos los años. La convicción de poder comer cuanto se le venga en antojo al estómago. La probabilidad de dormir en una cama con colchones. Luego, esa gran aventura de internarse por lo desconocido y de darle cara. El regateo con el marchante. El cambio completo de horizontes. La diferente combinación química

del aire que se respira. Y otra vez, y ciento de veces, poder comer cuanto se le venga en antojo al estómago: dormir en una cama con colchones.—Eso. Un tesoro.

Y por instinto se aficionó entonces á la vida, con más pesada obstinación todavía que en Avila, siendo chiquito, y que en Madrid, en la calle de Moya, siendo un mozalbete. Con toda la pasión que se consagra á una querida nueva.

Y era la vida, y fué entonces la vida para él una ilusión completamente nueva.

Los tres primeros días se pasaron en la obra de iniciación, que puede decirse, con que un hortera de sus compañeros, el más viejo y el más experimentado de todos, el amo de la tienda, le enseñaba el precio y la calidad de las mercancías, y con eso, las artes de que había de valerse para enganar en calidad y en precio á los desventurados que se aventuraran á penetrar en el fúnebre tenducho. Y sin precisión de que se lo enseñaran, por espíritu de emulación con sus compañeros, todas las mañanas se situaba en la puerta de la tienda, al igual que las prostitutas baratas en los portales de sus meretricios, para llamar con siseos á cuantos transeuntes tuvieran aspecto de vestirse en la calle de Toledo. En ocasiones, el ansia de vender le llevaba hasta la desesperación, hasta

la furia; y entonces cogía violentamente por un brazo al primer paleta que pasara, lo obligaba á entrar, y no lo dejaba de su mano (una mano pesada; el modo de suplicar molesto que tienen algunos mendigos y todas las prostitutas), hasta que le hubiera comprado un traje, ó cuando menos un chaleco de Bayona.

De cinco que eran, llegó á ser el hortera favorito del amo de la tienda, de aquel explotador de paños y tinieblas.

¡Ah! Pero la riqueza, ¿dónde se hallaba? ¿Cómo era posible vivir toda la vida del mismo modo? Muy santo el trabajo, muy honrado su ejercicio; pero frío y cruelísimo como un verdugo que fuera cura al mismo tiempo; el trabajo sin horizonte, el trabajo cortado á pico.

¿Es que iba á durar aquello toda la vida?

Lo aguardaba la fortuna, sin embargo, á cinco minutos de distancia. Y como á esa distancia se ven y hasta se huelen los objetos, Nazario se apercibió de ella. La fortuna era la mujer del amo de la tienda, Venancia. Una hermosa mujer, cuyas carnes se desbordaban de abundancia y de lujuria.

Estaba fuertemente enamorada del nuevo dependiente. Lo apetecía y se lo comía con los ojos. Se había fijado en él desde el primer momento, y

solía decirse interiormente para su grasa y para su lascivia: «ese hombre es para mí; lo necesito. Mi marido es el hueso, y ese joven es la carne; pero la carne bien sazonada y jugosa de la juventud, que no se acaba en muchos años, por mucho que en ella se hinque el diente. Ese hombre me ha de hacer feliz completamente.»

Rodando, rodando por una suavísima pendiente, llegaron al adulterio. Un adulterio sin incidentes, un adulterio en frío. Era aquello la conjunción de dos lujurias. Apenas se hablaban. Se gozaban hasta hartarse. No hubo entre ellos encuentro fortuito por las alcobas de la dependencia, por la cocina, hasta por la trastienda, que no tuviera por desenlace inmediato una cópula. Se arreglaban de cualquier modo, incompatibles con la voluptuosidad como eran, y eran tan ladinos, que á pesar de lo que se prodigaban en caricias materiales, nadie, nunca, pudo sorprenderlos.

Eran aquellos amores, ásperos y fuertes, como si hubieran nacido y hubieran hallado desarrollo en el interior de un bosque, al olor de la resina y del tomillo, con un montón de hojarasca por lecho, y las copas de los árboles graciosamente entrelazadas por todo abrigo contra las injurias posibles del cielo. Amores de naturaleza, amores fecundos. Un pastor y una zagala, los dos jóve-

nes y sanos. Los amores de un pastor y de una zagala.

¡Oh, madre naturaleza! ¡Oh, santo instinto de fecundación de todas las especies vivas del planeta! ¡Tú eres el solo placer completo que existe sobre la tierra! ¿Quién dice que los aparatos de reproducción del hombre y de la mujer no sean dignos del cuadro y de la oda, no constituyan por sí solos la parte más noble y más sagrada del organismo humano? ¿Es suficiente que el cristianismo lo diga para que todos lo creamos, y lo creamos hasta castrarnos ó casi castrarnos en fuerza de preocupaciones y de rutinas? ¡Oh, santo instinto de fecundación de las especies vivas del planeta! Por tí, sin el auxilio de ningún factor psicológico, de ninguna clase de alma espiritual é invisible, la vida es fecunda y eterna. Te niegan y te condenan, sin embargo, los cursis y los tontos, el confuso pelotón humano. Es que blasfeman de ese modo. Y en cambio, á nosotros que te afirmamos, ¡oh, naturaleza! nos llaman ateos.

*
* *

Estaba completo, era fuerte, y fué con Venancia un varón completo.

La mujer quedó prendada de aquella fuerza.

*
* *

Fué entonces cuando decidieron deshacerse *del otro*: también en frío, como habían llegado á consumir el adulterio: *el otro* era el marido. La representación bufa de la humanidad.

Tenían que ponerse de acuerdo para eso, y en aquella casa no tenían tiempo sino para ayuntarse genésicamente, impotentes de la inspiración y de la palabra.

Lo dejaron para el domingo.

El domingo, desde las dos de la tarde, es día de asueto en todas las sastrerías de la calle de Toledo.

Y pretextándole Venancia á su marido la necesidad de ver á una mujer de su pueblo, á la que tenía precisión de hacerle unos encargos, y Nazario á sus compañeros la obligación de pasar la tarde en casa de sus padres, en la calle de Moya, obligación de que no se preocupaba nunca, pudieron por fin verse al aire libre, fuera del sombrío escondite de toda la semana, de aquella casa de explotación ó de comercio, convertida por ellos en un lecho colosal que ocupaba desde los rincones de la trastienda hasta los últimos compartimientos de las habitaciones del entresuelo. Y al verse por primera vez libres y solos, se lanzaron á la incontinencia de fingirse marido y mujer, del brazo, paseando ufanos por las calles de

aquel barrio solitario que habían elegido como lugar de cita, más felices todavía que las muchachas de la clase media, cuando salen de la iglesia coronadas y vestidas de blanco por haber hecho la primera Comunión, la fecha más importante de esas almas cándidas, después de la del matrimonio, si llegan á casarse.

—¿No te parece que estaríamos mejor sentados? De pie yo no puedo hablar de nada que me interese. Anda, y convídame...

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Pues mira, á un cafetín cualquiera, donde me puedas convidar á licor de rosa, á leche merengada, y á cuantas cosas ricas crió Dios sobre la tierra. ¿Tienes dinero?

Nazario respondió con embarazo:

—Sí: dos pesetas.

Y Venancia, como holgándose de aquella penuria, nadando en plena felicidad...

—¡Oh, pobretín, pobretín mío! ¡Lo pobre que estás, rico mío! Pues toma, mira... sin que nadie lo vea, un duro. Y cuando se acabe ese, otro. Tó-malo también.

Hacia estragos de alcoholismo la felicidad en su cerebro. Sacó un duro, luego otro, y se los metió á Nazario en el bolsillo del gabán. Nazario la dejó hacer, sin darse gran cosa por entendido.

—¡Ea! Y ahora que eres rico, convídame. Mira: yo tengo hace mucho tiempo un capricho. Quisiera comer en el café. Desde el día de mi boda, ya ves si hace tiempo, no sé lo que es eso... ¿quieres, dí, rico mío, mi maridito?

—¡Oh, él quería siempre todo lo que á ella se le antojara! ¿Para qué vivía sino para complacerla y dejarla satisfecha de cuanto le gustara y él pudiera proporcionarle?...—sólo, que ya ves: eso no tiene gracia, te convidó con tu dinero...

Pero no; porque ella era suya, de su Nazario, de su nene, y cuanto ella tenía era de él en el mundo. ¿Para qué quería ella el dinero, sino era para disfrutarlo con su maridito?

Entraron en un cafetín de la barriada aquella, que no era sino una habitación cualquiera sin decorado alguno, ocupada por mesas de madera pintada, imitando el mármol, y rodeadas las mesas de sillas de rejilla; cuatro sillas para cada mesa.

Para todo el café no había sino dos camareros; y eso que el día aquel era domingo, y que semejantes días son siempre de consumo extraordinario.

Vestido correctamente de negro, la servilleta al hombro y el mandil ofendiendo la vista de puro limpio, exactamente igual que en los cafés

del centro, el camarero acudió solícito á aquella pareja, preguntándoles lo que deseaban:

—¿Café?

Nazario se apresuró á contestar:

—No. ¿Qué hay de comer?

—Pues hay chuletas de cerdo y de vaca, ternera en salsa, befteak, entrecot, criadillas, merluza, atún en adobo, queso de Gruyer, manchego y de bola, frutas, dulces...—y rascándose la cabeza,—no sé si se me habrá quedado algo por decir. ¡Ah, sí! Y tortilla de jamón, de patatas y á las finas hierbas.

—Pues eso, eso mismo,—dijo Venancia;—tortilla de jamón, dos chuletas de cerdo y dos raciones de queso manchego; ¿no te parece?—Él afirmó.—Y dulce después, de postre: cabello de ángel, si lo hay; si no, arroz con leche; y después, café.

Ya se iba el mozo á encargár el pedido á la cocina, cuando Venancia le hizo desandar lo andado con dos vigorosas palmadas, que en aquel silencio, en aquella espantosa soledad del establecimiento parecieron mejor dos cañonazos.

—Que se me olvidaba. Y dos botellas de vino, que sea bueno.

Quería, por lo visto, sumar la embriaguez del vino á la embriaguez del amor.

—¿Qué te parece, nene, lo que estamos haciendo?

Y recogiendo del fondo de su memoria una idea abandonada, como quien recoge del suelo una chuchería que se había perdido:

—No te vayas á creer por eso que me olvido de lo principal, y que no sé para lo que nos hemos citado. Ya hablaremos de todo después de la comida.

Calofríos de terror, profundo disgusto de la humanidad hubiera experimentado cualquiera oyendo aquellas palabras, y sabiendo cuál era el motivo de la entrevista, de aquel conciliábulo...

Daba horror.

El mismo Nazario estaba desasosegado.

La mujer, con todo el alborozo de un chiquillo cuando estrena zapatos nuevos. Se creía estrenar á Nazario. Era la primera vez que salía con él á la calle.

Comieron. Comieron con apetito; sin dejar nada. Venancia se hizo servir una segunda porción de merluza, porque no quedaba satisfecha con una sola. No se bebieron todo el vino de las dos botellas, porque afortunadamente para ellos, no eran borrachos.

Y ya pasivos de la boca y de las manos, atiforrados de pitanza, contentos por consiguiente,

concertaron su tema con esa misma tranquilidad de palabras con que ponen los comerciantes en orden sus asuntos.

Saboreaban el café. Acabaron de rellenarse el estómago con dos enormes vasos de café con leche.

Fué la mujer, como ordinariamente ocurre, la que tuvo el cinismo enérgico de comenzar.

—Vamos á ver: ¿tú me quieres?

—¡Tonta, lo que me preguntas!...

—¿Como cuánto?

—Como de aquí á la Habana, y más lejos todavía...

—¿Desearías tú que yo fuera soltera para casarte conmigo?

—¡Oh, con toda la sangre de mis venas!...

—¿Y por qué no viuda?

¡Ea! ¡Ya está propuesto el tema! Ahora, á aguzar los puñales, ó á preparar el veneno.

—¿No te casarías tú conmigo porque yo fuera viuda?

—¡Oh, lo mismo! Ya sabes que no te puedo querer más de lo que te quiero...

—¿Y me querrias más? ¿Y continuarías haciéndome feliz?

—Con más empeño, oye mis palabras, con más empeño todavía...

—¿Más que ahora?

—¡Más que ahora!

—Pues mira lo que te digo, nene, nene mío. Es preciso que nos desprendamos de ese hombre. Élla lo dijo con completa tranquilidad. Él se quedó horrorizado.

Efecto del miedo, más que de la conciencia.

Tuvo, sin embargo, para ocultar el sobresalto que había sufrido, fuerzas para decir:

—¿Y cómo?

Dijo la mujer:

—¿Que cómo? Pues, ¡muriéndose!

Vivían en pleno drama. Y eran tan insensatos, que apenas lo advertían. No habían terminado el café, y lo saboreaban á sorbitos, á pequeñas cucharadas, insignificantes, y trágicos. Trágicos como la muerte.

Siguió hablando aquella mujer, que de todo tenía menos de furia...

—Es que yo no puedo vivir sin tí: es que yo necesito verte á todas horas sin temor á nadie...

—Podríamos huir...—insinuó tímidamente Nazario.

Por esta vez se incomodó Venancia. No lo ocultó. Le respondió con ira:

—¿Huir? ¿Y cómo? ¿Y á dónde? ¿Y la policía? ¿Y el escándalo en todo el comercio de la calle

de Toledo? ¿Y mi familia? ¿Y la familia de Norberto?

Norberto era el marido.

Y después de una pausa, casi con júbilo:

—¡Pero qué bien se ve que eres un niño, y nada más que un niño, á pesar de tus fuerzas y de la formalidad con que me quieres! ¡Pero si huir es el recurso de las soltericas y de los tontos! Mira, lo sé: se cae siempre en el garlito. Y además, que todo el dinero lo tiene él guardado. Díme lo que sería de nosotros dos sin un ochavo en el bolsillo.

Como ocurría siempre, Nazario le dió la razón, aunque no se sintiera convencido, y eso que era terco el mozalvete. Pero estaba propuesto á que Venancia continuara prendada de él, por todos los medios posibles, y Nazario no era muy exigente en la elección de medios. ¿Darle en todo la razón, aunque no la llevara? Y quince más, si era preciso. Le iba en ello la felicidad. A cuatro patas la hubiera seguido por las calles, si élla le hubiera exigido la satisfacción de ese capricho...

Continuó, sin embargo, creyendo, que puesto que se querían, huir era lo más acertado, aunque en unión siempre de todo el dinero que pudiera caber en los bolsillos. No *el arte por el arte*. «Contigo pan y cebolla,» es la invención de un tonto

que sólo ha sido sagaz ocultando su nombre...

De todos modos, en la cara de Nazario podía leerse la contrariedad que le causaba cambiar de resolución.

La fuga, bien; en eso no hay crimen, sino á lo sumo, falta. ¡Pero matar! ¡Pero ser un matarife de hombres y mancharse de sangre hasta los codos! ¡Y luego, la justicia de los hombres, que tan pocas veces perdona á los criminales que son al mismo tiempo pobres! ¡La visión del esbirro, del jefe de policía, del juez, y, por último, la del magistrado!

No veía estas cosas con precisión el espíritu intranquilo de Nazario; pero obedeciendo á las leyes de una óptica extraña, colocados todos esos pensamientos ó todas esas amenazas,—esbirro, jefe de policía, juez y magistrado,—en una de esas singularísimas perspectivas que la imaginación apaña para aumentar ó disminuir las proporciones de las cosas, concluían por confundirse ante los ojos de su ánimo en una colosal mancha negra que lo obligó materialmente á cerrar los ojos y á insistir, aunque con miedo, tímidamente, en su abortada proposición de fuga, más aferrado á esa idea que nunca, envuelto completamente en élla, como en una bandera gloriosa que supiera conducir siempre á la victoria.

Apuntó ideas en vez de expresarlas, más dentro del idiotismo que del miedo...

—...Mira, porque tú, Venancia, estás ofuscada y no ves con claridad las cosas. Nos pueden prender, nos pueden llevar presos... pueden enterarse... puede hablar antes de morir... y delatarnos... y decir quiénes han sido... y ya ves... porque no es esa la más negra, la cárcel, ¡y quién sabe!—sino lo otro, lo de más allá, el infierno por toda una eternidad, como dice mi padre.

Y después de una pausa:

—Es una cosa bien grave lo que estamos tratando.

Entonces, Venancia, otra vez con ira, en un olvido completo de cuanto la rodeaba, hablando alto como si estuvieran solos, completamente solos...

—¡Pero grandísimo condenado, tú no te paras á mirar las dificultades! Hablas de memoria como una cotorra, y no te fijas en lo que te dicen las personas de juicio, como yo lo soy, aunque me esté mal el decirlo. Es que no tenemos un cuarto. ¿Y cómo vas á salir de Madrid sin un céntimo en el bolsillo? ¿En qué estación te admitirían sin que pagaras con anticipación el billete? ¿Ni en qué casa? ¿Ni dónde?

Hizo una pausa para no ahogarse: había podi-

do hablar dominando su sofocación. No podía más, y se contuvo.

Luego continuó:

—¿Y el escándalo? ¿Es que tú no te paras á considerar las consecuencias del escándalo? Ya tenían tela cortada para mucho tiempo esas grandísimas bachilleras de la calle de Toledo, que por fuera se dan golpes de pecho y por dentro hacen cada cochinería que levantan arcadas en el vientre. ¡Palabra de honor! Todo esto que te digo lo sé de buena tinta. ¡Cada cochinería que canta el Credo! ¿Y la policía? ¿Y el tener que vivir agachados y escondidos? ¿Y no tener dinero para movernos? ¿Y el carecer de dinero para la compra?...

Y ya en la cima de su elocuencia:

—¡Ea! ¡Aquí me tienes! ¡Cógeme, vamos! ¿A dónde vamos? Ya no vuelvo á mi casa, ni tú tampoco. Ya somos exclusivamente el uno del otro. Tú mío, y yo tuya; de nadie más. Eres mi hombre, eres mi hombre, el que se acuesta conmigo, y come conmigo, y vive conmigo todos los días; el padre de esta criatura que cada día se remueve más en mi vientre. ¡Ea, aquí me tienes! Y vuelvo á preguntarte: ¿dónde vamos?

—A cualquier parte; á una casa de huéspedes donde vivamos ocultos hasta que nos podamos marchar fuera...

La respuesta de la mujer fué corta y brutal, rápida como el movimiento de agresión de un asesino.

—¿Qué dinero tienes?

Se quedó frío; no creyó Nazario que el verdadero cariño pudiera hablar nunca ese lenguaje.

—¿Qué dinero tienes? ¿Dos duros? ¡Ah, vamos,—añadió con sorna,—y dos pesetas! Yo puedo añadir otros dos duros que tengo. Paga esto, el consumo que hemos hecho, y vamos á ver en qué casa de huéspedes quieren tenernos por cuatro ó cinco pesetas mensuales...

Aquí Nazario sintió toda la influencia de su padre, de aquella espesa y caliente sangre heredada, igualmente susceptible de impulsar á la beatitud que á la furia. Notó en ambos brazos y en el cuello la sacudida nerviosa que precede momentáneamente á la violencia. Y no pegó, y no mordió á la mujer aquella, porque á la furia se sobrepuso el instinto de vida, y tuvo toda la cantidad de lucidez bastante para sofocar el acceso; pero la cantidad justa de lucidez, y ni un grado más, que de otro modo responde con los puños, y no con la palabra.

—Pero, ó tú estás loca, ó lo estoy yo, ó no hay medio humano de entendernos. ¿Es qué yo te he dicho que huyamos ahora, ahora mismo? No;

que lo que te digo es: aguarda, y prepárate. Tienes en casa una porción de alhajas, de objetos de valor, que son tuyos, exclusivamente tuyos. Un reloj de oro, sortijas, una pulsera... en fin... yo no sé. Eso tú lo sabes mejor que nadie. Además, sabes dónde don Norberto,—lo llamaba siempre así, don Norberto, expresando de ese modo en todas las ocasiones su triste condición de dependencia,—sabes dónde don Norberto acostumbra á guardar el dinero; pues lo vas sacando poco á poco y sin que nadie se aperciba. Yo, por mi parte, ahorro todo lo posible. Y cuando lo tengamos todo preparado, cuando no seamos unos peleles que meten la mano en el saco para que los lleven presos inmediatamente, entonces... ya verás. Lo tengo todo preparado.—Se animaba; iba haciéndose humano en la actitud y en el semblante.—Seremos felices donde nadie pueda pescarnos. Más allá de España está el agua, y más allá del agua están la Habana y Buenos Aires. ¿Es, quizá, que tú no has oído hablar de Buenos Aires? Pues es una ciudad como veinte veces Madrid, en la que se hace rico todo el que quiere; y como comprendes, es bien tonto el que no quiere eso. Allí todo el mundo trabaja, todo el mundo tiene dinero. Y ya verás, ya verás cómo sin mucho trabajo, tú con un nom-

bre que no sea el tuyo, y yo con otro que no sea el mío, llegaremos á ser completamente felices.

Iba á responder que no, iba á responder que todo aquello era muy bonito para dicho en la mesa de un café, pero que luego en la práctica comenzarían á demostrarse las dificultades, y que entonces sería élla; el ojeo implacable, luego la cárcel; iba á decirle todo eso con el tono de voz pasional que hasta entonces había empleado sin darse ella misma cuenta de cómo hablaba, cuando otra pareja de enamorados, que se dirigió después de algunos momentos de duda al mismo ángulo del salón que habían elegido Venancia y Nazario por más obscuro, hizo con su presencia considerablemente más difíciles las incidencias de este diálogo.

Y fué de un malestar íntimo para Venancia la idea que le vino, de que hablando en voz baja no llegarían quizás, ¡quién sabe! á entenderse nunca...

De todos modos, dominando su malestar, esforzándose por aparecer serena, respondió con voz quejumbrosa al principio, luego animada con todas las alegrías de la vida...

—No llegan á tus oídos mis palabras. Antes de eso, se las lleva el viento. No sé yo mayor desventura que esta que nos ocurre: no poder enten-

dernos. Y como yo me canso muy pronto de gastar saliva en balde, como no me gusta predicar en desierto... Mira: yo te quiero mucho, no puedes dudarlo. He sido entre tus brazos una cosa de la que se disfruta, y jamás me he negado á nada que tú me hayas propuesto. Es más. Yo deseaba un hombre igual á tí, y te tuve, y te he tenido... Pero me canso de que no nos entendamos, y vale más terminar. Tú eres muy bruto, ó yo soy muy bestia. Vale más terminar.

Y como él protestara...

—Pues entonces, ¿por qué no te fijas en mis palabras? Mira: si yo supiera hablar, te convencería en cinco minutos, porque llevo razón en todo lo que digo. Y si no, oye; ¡pero oye, por Dios, y no te duermas por dentro mientras que me escuchas!... Óyeme, digo. Esto no puede seguir así. Y no puede seguir, porque yo tengo necesidad de poseerte por completo, de poderte disfrutar las veinticuatro horas del día; porque te necesito como se necesita el pan, como se necesita el agua, y en casa, en casa, ya sabes, apenas podemos movernos. Parece que lo que te digo es una razón, y no es esa la más negra. La más negra es que el día menos pensado pueden sorprendernos en cualquier rincón haciendo cochinerías ó dándonos besos...

Iba á interrumpir Nazario, pero Venancia se apresuró á responderle, habiendo cogido al vuelo la intención de lo que su amante se proponía responder:

—Ya sé lo que me vas á decir, como si lo estuviera oyendo. Que eso es imposible, que eso es imposible que suceda; que puedan sorprendernos. ¡Ay, mi chacho, si tú supieras cómo te pones! Como un loco. ¡Y si vieras lo que á mí me pasa en la cabeza! Como si no la tuviera, como si me la hubieran cortado. Ni veo, ni oigo, ni entiendo. Y por eso te digo... Además, que si tú me quisieras como dices, no te avendrías á andar para quererme á salto de mata. Eso es bueno para los gatos, pero no para las personas...

Se interrumpió de pronto, como acometida de un pensamiento súbito. Y con pasión, con extraordinaria cantidad de pasión amorosa en la voz y en la palabra...

—¿Dices tú que me quieres mucho?

Respondió Nazario:

—Con toda mi alma.

—¿Y que tu cariño no es un cariño pasajero?

—Por toda la vida,—contestó.

—Pues bien, júramelo.

—Lo juro.

—Bueno: trae tu mano derecha; trae que te la

estreche. Vuelve á jurar que has de quererme siempre. Yo también te lo juro á tí, por la salvación de mi alma: por el hijo tuyo que llevo en el vientre. Júrame ahora que has de hacerme caso en todo lo que yo te diga. ¿Lo has jurado ya? ¿Y vas á perdonarme por una cosa muy fea que tengo que decirte? ¿Y no me vas á guardar rencor por eso? Porque lo hice, ¡oh, sí! mucho antes de que soñara en conocerte...

Soltó Nazario unas palabras que venían á decir que él no tenía derecho al pasado de Venancia, que ese era asunto para ventilado entre ella y su marido.

—Así me gusta; así me gustaría siempre verte: completamente razonable. Pues, ¿sabes? Roque, —uno de los dependientes de la sastrería.—...No te lo había dicho antes no sé por qué; ahora me interesa decírtelo: —hace ya días que sospecha algo de nosotros; ha debido sorprender alguna cosa. Me mira de un modo socarrón, que quiere decir mucho, y hasta se ha propasado ayer á decirme que á él le gustan, como á mí, las cosas dobles. Y no sabes... y me da vergüenza decírtelo... y te lo he de decir, sin embargo... porque conviene, y yo no quiero tener para tí secretos. Roque ha sido antes que tú mi querido, y como concluí con él enseguida, cuando me dió la gana de plantarlo,

porque ése no me inspiraba, ni con mucho, la pasión que tú, ése no es más que un monigote con mucha fachada y sin ningún fondo;—me guarda rencor, y tiene celos hasta de Norberto, y no me pierde de vista, eso sí, con el rabillo del ojo, todo el tiempo que me tiene delante... Y esa es otra dificultad para todo... Es tener un enemigo dentro de la casa...

Ni romántico, ni exigente, ni delicado, ni sensible siquiera era Nazario. Glotón y grosero como su padre, no se paraba á considerar la composición de las cosas que se llevaba á la boca. Tenía hambre, comida al alcance de su hocico, y eso le bastaba. Pero aquella revelación impudente de Venancia, aquella ventana del pasado que daba á un pudridero, súbitamente abierta, le produjo sensación física de asco, y se creyó engañado, y mentaron sus entrañas gritando á rebato la palabra «traición,» sin que él mismo supiera de un modo positivo, á ciencia cierta, lo que la palabra «traición» significaba; y más calmado de pronto, por efecto de aquella su naturaleza tan atenta á las cosas de la realidad, tan positivista, pensó con miedo á dónde iría á parar si no ponía á su indignación diques. No pudo conseguirlo. Y atragantado, como quien tiene ocupada la garganta por un objeto material que lo ahoga, se

dirigió á Venancia, saliéndole de la boca las palabras á borbotones, como sale la lava de los volcanes antes de la erupción con que escupen las entrañas de la tierra al azul del cielo, ni más ni menos que si expresaran odios.

—Dices que Roque... que con Roque también... antes que conmigo... estando casada... como una mala mujer... ¡Dios mío, que nunca lo hubiera sospechado!... de don Norberto nada más, y luego mía... pasando de unos brazos á otros... Pero eso no se llama amor; ¡eso es vicio!

—Eso es desgracia,—sollozó Venancia.

—Y yo, puro completamente; yo no he sido de nadie. Eres tú la primera mujer que conozco.

—¿Y por qué crees, grandísimo majadero, y presumido además, que yo te quiero, sino por eso?

Fué una segunda lanzada que recibió en el costado. Nazario tenía la vanidad de uno de esos caballos de raza que marcan matemáticamente el paso, y que parecen escucharse. Se creía bonito, y amado exclusivamente por su belleza. La contestación de Venancia fué una segunda lanzada que recibió en un costado. No lo ocultó, y se llevó las manos al pecho, como si realmente estuviera herido. Sollozó trabajosamente, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y cuando la levanta

tó, accediendo á los ruegos de Venancia, había congestión y delirio, y pena, hondísima pena en aquella cabeza. ¡Aquel bruto, influído exclusivamente por pasiones animales!

—¡Pero, tonto, lo á pecho que tomas estas cosas que te cuentol

Y aproximándose á él, y acariciándolo, sin importársele nada del camarero ni de aquella pareja de obreros que hacía rato miraban hacia la mesa de Nazario, entre alarmados y curiosos...

—¡Lo tonto que se necesita ser para sofocarse de ese modo! ¿No me ves á mí?

Y tratando de consolarlo, ya que no con la caricia, con la palabra:

—Lo que yo he tenido con Roque, no se pueden llamar relaciones. Ni me gustaba, ni lo quería. Por sorpresa, traidoramente, fui suya una vez, la primera vez, sin que yo supiera cómo, y ya sabes tú lo que son esas cosas. No es posible detenerse; una mujer honrada y de su casa no se puede detener. ¿Una vez? Pues cientos de veces. Sólo que con Roque, mira tú, te lo juro, ni á diez veces han llegado. No sé: me desagradaba, tenía llena de molinos de viento la cabeza, y no parece sino que no había tenido que ver en toda su vida sino con princesas y grandes señoras, de esas de coche. Y como yo ando por mis pies siempre que me ocu-

re salir á la calle, ¡ahí tienes tú! lo planté cuando menos podía él figurárselo, y desde entonces hasta ahora, por tu salud y por la mía, con nadie, absolutamente con nadie, con mi marido nada más, y ya sabes, ése no puede...

—De todos modos, mira, lo que me cuentas no tiene perdón de Dios. ¡No ser yo el primero! ¡Y con Roquel! ¡Con aquella cabeza de melón, que de buena gana vería abierta para contar las pepitas que tiene dentro!

Y de pronto, haciendo una gran espiración ruidosa...

—Vámonos de aquí; me hace daño el aire que se respira; anda; temo ahogarme.

Pero la mujer insistió, terca, fatal, en su empeño de dejarlo solucionado todo aquella misma tarde, con la inquebrantable tenacidad del monómano; del loco.

—¡No, por Dios, no tan pronto! Nos hemos pasado la tarde hablando tonterías, sin ocuparnos de nada serio. Espera un rato, ya nos iremos...

Para afirmar el pacto que acababa de celebrar con Nazario, pidió dos copas, una de licor de rosa, para ella; otra de ron y marrasquino para él, para aquel poderoso bruto, que por primera vez desde que lo conocía osaba levantar pendón de independencia frente á los designios de su

reina y señora, ni más ni menos que si tratara de emanciparse.

Abonó Nazario el consumo que habían hecho, ¡y vuelta otra vez á las incidencias y á las aventuras del tétrico diálogo!

Quedó resuelto todo. El matrimonio, y la muerte. El matrimonio de ellos, para de allí á nueve meses, y el asesinato del marido para de allí á quince días. Nazario, ó rendido ó apercebido completamente de la realidad, asintió á todo sin discutir. La muerte: bueno. Por medio de un tóxico que mate con más celeridad que una hoja de acero: bueno también. Y la viudez á plazo y por plazo fijo. Y seguir con la tienda. Y casarse luego. Bueno siempre.—¡Himeneo de criminales! ¡Enlace de fieras!

¡Oh, fatalidad, alma del mundo! ¡Determinismo, ley de la vida!

Ni élla temblaba formulando sus proposiciones, ni él tampoco aceptándolas. Se estrecharon la mano al separarse, como dos buenos camaradas que se despiden después de haberse mostrado conformes en la solución de todos los problemas de la vida, y aunque los periódicos de la noche no hablaron una palabra del asunto, es lo cierto que aquella tarde en Madrid se había cometido un asesinato espantoso. Un hombre que

era un trabajador y un inofensivo, había sido asesinado por su mujer y por el amante de ésta; había sido asesinado con todas las circunstancias agravantes que marca el Código para que los magistrados expidan cédulas de expulsión, pasaportes para la eternidad, á los reos sometidos al fallo de los tribunales. Y todo eso, esa inaudita violación á la conciencia humana, porque á una histórica se le había ocurrido, como en los buenos tiempos de la mitología helena, correr tras de un sátiro por las espesuras vírgenes del bosque sagrado, hasta alcanzarlo y revolcarse con él en convulsiones espasmódicas, enloquecidos por el fuerte y áspero placer de los sentidos, aleados los dos cuerpos en uno solo por la lascivia, presión anuladora, irresistible...

Quedó acordado el asesinato, y es como si hubiera quedado hecho, porque aquellos miserables de tan perfecta realidad humana eran capaces de todo, tratándose de apetitos y pasiones; de todo, menos de la clemencia. Tres palabrotas sin sentido práctico: la conciencia, el honor y la misericordia. Irresponsables; merecedores, cuando más, de la jaula de hierro del manicomio penal. Dos bestias y no dos monstruos: moldeados en una carne de idéntica composición química que la del resto de la humanidad, pero influí-

dos por la pasión y capaces del crimen, por consiguiente.

*
**

Sin violencia; el corazón sereno, normal el pulso, iluminada la cabeza con algo de la emoción estética que lleva el artista á su obra, hizo la mujer el asesinato del marido, en un todo de acuerdo con Nazario, luego de haber conjugado mucho, y con gran frialdad de raciocinio, el pro y el contra de cuanto pudiera ocurrirles. Una empresa funeraria se encargó, sin necesidad del apercibimiento directo de la viuda, se encargó de que el muerto fuera llevado al hoyo, dejando aparte toda clase de intervención del médico forense en el reconocimiento del cadáver, ¡y aquí sí que se cumplió la fatalísima ley humana de «en tres días muerto y olvidado!» Guardóse el luto, por no dar qué decir, una semana seguida; estuvo la tienda cerrada veinticuatro horas; media hoja de la puerta en manifestación de duelo, siete días; y al octavo ya no había ni dentro ni fuera del chiribitil lúgubre, de aquel cubil de fieras, nadie que no reconociera vagamente, y á guisa de consuelo para la desconsolada viuda, que si vivir es muy lógico, morir es más lógico todavía, y que puesto que aquel alma de Dios de don Norberto, había

abandonado la tierra, y en forma tan inesperada, era, sin ningún género de contradicciones, porque el Todopoderoso en su infinita sabiduría lo llamaba á su seno, donde había de gozar,—¡oh, y esto era indudable! cruzaban las comadres de la calle las manos para afirmarlo;—eternidades de tranquilidad y de dicha, sentado siempre á la derecha del Eterno...

—Ha muerto como se mueren los ángeles,—decía Venancia, mientras que se secaba los ojos con la punta del delantal.—No ha habido necesidad de llamar al médico siquiera. Ha sido bueno hasta para morirse. Se ha quedado dormido, y nada más. Andábamos todos en la casa de puntillas para no despertarlo, y el pobrecito de mi alma es que ya se había muerto. Ni el confesor alcanzó siquiera...

Y luego, como si esa consideración le hiciera bien en las entrañas, como si mitigara sus penas...

—Pero es que estaba muy enfermo: ha estado dos años muriéndose de pie, tras del mostrador y de la puerta, y nosotros sin aperebirnos siquiera...

Luego añadía con un suspiro de alivio, de descargo:

—¡En fin; ya estará descansando entre los bra-

zos de su gran amigo el Santo Cristo del Gran Poder! ¡Quién pudiera decir de sí mismo otro tanto! Y si no fuera porque la iglesia lo condena, crean ustedes, señoras, que lo seguía; crean ustedes que me mataba aquí mismo, para seguirlo por el otro mundo, como lo he seguido siempre por éste, por este *Valle de lágrimas*, este verdadero *Valle de lágrimas*...

—¡Jesús, qué horror! ¡Calle usted, señora, y no diga esos disparates: es preciso que se le quiten á usted esas ideas de la cabeza...

Era eso cuanto decía de la enfermedad y muerte de su marido, y venía á ser eso lo que por una clase de unanimidad extraña acertaba la gente á contestarla.

¡Qué iba á haber quien sospechara! ¿Por qué, y de quién?

Es muy discreto el láudano, y sabe siempre lo que se hace. Y además, el muerto había sido enterrado convenientemente, hasta con lujo, en coche de primera; la dependencia había colocado sobre el ataúd dos coronas: una que élla le dedicaba, y otra que era ofrenda conyugal de la viuda; y luego, doña Venancia estaba inconsolable, y decía á gritos que como su Norberto no había dos hombres en el mundo, y hablaba de matarse, y sólo dejaba de llorar cuando á fuerza de

sufrir perdía el conocimiento y mostraba las pantorrillas y hasta los muslos á todos los que querían verlos, en patatús que eran una verdadera maravilla por el arte de fingimiento y la fuerza de voluntad que suponían en aquella insignificante mujer nacida en un villorrio, y enlazada con un hortera. Artemisa. Los héroes del romanticismo. — «Aquí y allí, en todas partes; más allá del sepulcro.»

¡Oh, la vida!

Nazario estuvo cuatro ó cinco días mohino, y nada más. Mohino, porque tan soberanamente fingía el dolor Venancia, que llegó á creer en él. Volvió á tener celos del muerto, unos celos bestiales. Se notó capaz de ensañarse en el cadáver para vengarse; de darle más láudano, de acribillarle á puñaladas. Lo dijo así á Venancia en uno de los raros encuentros en que podían hablar sin comprometerse mucho:

—Tú has querido á tu marido; tú continuas queriéndolo. Yo estoy de más en esta casa.

—¡Pero si no lo quiero: pero si no lo he querido en mi vida! ¡Cómo es posible que queriéndolo hubiera...

Brutalmente, haciendo de su mano una mordaza, le tapó la boca, horrorizado de lo que la mujer iba á decir, por si lo oían; y con expresión

espantosa...—ya había aprendido á hablar como los asesinos: la sangre que se vierte, la vida que se anula, llevan á la garganta de los protervos autores sonoridades extrañas...

—No quiero, ¿oyes? te lo exijo, que hables más de *eso*, aunque estemos los dos completamente solos. Las paredes oyen; el viento se encarga luego de repartir el sonido. *Eso* es tu perdición y la mía, ¿lo oyas? puede ser la perdición de los dos. Por la boca muere el pez, y dice el refrán que el hombre por la palabra. Conque á callar tocan. ¡Y que no vuelva yo más á oírte hablar de *eso* en la vida!

Ni reconvención, ni amenaza. Miedo. Pero un miedo tan peligroso como la furia. Y oyéndolo hablar aquel lenguaje tan rico de imperativos, no cabía dudar que aquel mozalbete lúgubre era el hijo consiguiente á don Francisco, al beato espantoso y dulce.

Ya más calmado, continuó:

—Bueno: comprendo tus lloriqueos y tus gritos, y tus patatús, y todo; un día, dos, tres días seguidos, para que la gente no tenga motivo de sospechar nada. Pero van ya seis días que á ese... bueno: ya sabes... que á tu marido lo han enterrado, y sigues con el mismo escándalo, que no parece sino que esa mala pécora era para tí, como

el pan ó como el sueño, una cosa que no se puede dejar para mañana. Y es que lo querías, confíesalo; es que yo para tí no represento nada.

Negó la mujer con todo el laconismo de la sinceridad.

—No, y no, y no. Te juro que no.

—Pues entonces, ¿por qué lloras en este mismo instante? ¿Es que yo te he maltratado, que te he hecho llorar?

Y fué ¡vive Dios! monstruosamente cínica la respuesta; cínica con grandeza.

—No lloro, tonto, por lo que te crees: es que me he frotado con ajos los párpados y las pestañas.

Y el amante y cómplice quedó encantado de la villana mistificación aquella. ¡Ajos para los párpados. Y para la garganta, mucho egoísmo, mucho instinto de conservación que haga gritar fuerte, todo lo más fuerte posible, y sin llegar á fatigarse en mucho tiempo seguido! «¡Ay, mi Norbertol ¡Ay, mi marido de mi alma!»

El muerto, mientras tanto, pudriéndose en su frágil ataúd de madera con el ácido mortal en las entrañas!

—Bueno: ya desde mañana es preciso que llores menos,—que te untes menos ajos,—añadió sonriendo.—Has llorado por el muerto todo lo que debías, quizás algunos cuarterones más, y



así es que nadie tiene derecho á dudar que has sentido tu desgracia como una buena esposa, y como una gran enamorada. Tú debías eso al mundo, y se lo has pagado. Ahora quedamos nosotros dos sobre la tierra, y ese hijo que tú dices mío y que comienza ya á menearse dentro de tu cuerpo. Puedes enfermar, y sería peor. Es preciso que ya que estamos libres, dejes estar las cosas como estaban.

Hubo un beso, luego una escena repugnante; y al día siguiente dejó de llorar doña Venancia, quedito ante los dependientes, ó á gritos desde todas las ventanas de la casa que daban al patio, para que la vecindad la oyera y pudiera dar fe de aquella viudez tan desconsolada y tan trágica; dejó de llorar de todas maneras, y el chiribitil volvió á adquirir su insoportable aspecto de los días ordinarios.

*
* *

Vivían bien, tranquilos y felices, aguardando el día en que pudieran mostrar el espectáculo de su felicidad á todo el mundo.

Ella dormía de un tirón sus ocho horas de sueño, reglamentarias, todas las noches, y á él se le había aumentado el apetito, y comenzaba á redondeársele la panza. No fuera por la fatalidad

de aquel trabajo suyo, tan monótono, y sería completamente feliz ¡él, que se sentía nacido para los ejercicios rudos, para cargar y descargar fardos en los muelles, para abrirse paso entre la multitud con la violencia de sus codazos! Pero nada; como el primer día de su ingreso en el establecimiento. Toda la mañana y toda la tarde, hasta bien entrada la noche, de pie en la puerta de la tienda, al igual que las prostitutas baratas en los portales de sus meretricios, para llamar con siseos y con proposiciones encantadoras á todos los transeuntes que tuvieran facha de vestirse en la calle de Toledo; y cuando le acometía la furia de su violento estado, las acres impaciencias de lo porvenir, cogía por un brazo, casi con furia, al primer paleta que pasaba, lo obligaba á entrar, y no lo dejaba de su mano hasta que le hubiera comprado un traje, ó cuando menos una blusa para el trabajo ó un chaleco de Bayona.

¡Oh, qué rabia! ¡Como el primer día, y como el segundo, y como el tercero! ¡Él, que se sentía nacido para los ejercicios rudos, para cargar y descargar fardos en los muelles, para abrirse paso entre la multitud con la violencia de sus codazos!

Cada día que pasaba le hacía sentir de un modo

más intenso las miserias de su estado. ¡Dios mío, qué suplicio! Aquello no era trabajar, ni lo que él hacía vivir, ni valía tampoco la pena de que don Norberto se hubiera muerto (¡y ya sabía él cómo!), eso de que las cosas continuaran en el mismo ser y estado que en vida del difunto, sin otra diferencia que la de que su viuda hubiera quedado desalquilada, y con eso en aptitud de dormir sola y sin repugnancias al marido en su gran cama de matrimonio, mientras que él, el marido morganático, el marido oficial dentro de poco, se veía condenado, soltero y con mujer á dormir en una cama solitaria, y á levantarse al amanecer para cumplir desde la puerta de la tienda, siseando, bromeando, aceptando como cosa corriente y hasta como una merced el tuteo abyecto de la población, el triste oficio que las prostitutas desempeñan en los rabiosos acechos de sus portales.

—Pase usted aquí adentro, y verá cosa buena; yo le aseguro á usted que ha de salir muy complacido.

¡Lo mismo, lo mismo, lo mismo! Eso no es oficio de hombres. Con pelos en la cara no está bien hacer ciertas cosas.

Venancia tampoco estaba muy bien avenida con que su segundo marido, aquel prometido trá-

gico, se usara y se arrugara como un muñeco de cartón, en el portal de la tienda ó detrás del mostrador, en esa misma labor mecánica que había enflaquecido á su Norberto y héchole adquirir la coloración amarilla que á la larga adquieren todos lo seres condenados á vivir en la sombra.

—Mira,—le dijo un día.—Ni tú ni yo hemos nacido para esto. Ni tú entiendes de sastrería, ni te gusta el oficio, ni ese es el camino. En cuanto á mí, se me cae la casa encima, y te digo francamente que yo no podré vivir aquí mucho tiempo sin caer enferma. Llevo doce años de vivir en estas tinieblas, de oler los mismos olores, y estoy dispuesta á no continuar. ¿Qué te parece si pudiéramos en liquidación los géneros que tenemos, para luego traspasar la tienda? Un buen traspaso es siempre posible. En tiempo de mi Norberto, le ofrecieron, una vez que hablaba él de retirarse al campo, cinco mil duros por la tienda. Conque ya ves. Cinco mil, y cerca de diez mil que tenemos en el Monte...

—Yo te tenía que decir eso mismo,—respondió Nazario,—y no sabía por dónde empezar; porque sin saber por qué, me figuraba que tú no ibas á estar conforme, y hasta que te ibas á enfadar conmigo; mira si soy tonto. Pero hay negocios que dan mucho más dinero que el de vender

telas, muchísimo más, y sin que exijan las privaciones y los sacrificios que éste. Precisamente he estado hablando hoy, toda la mañana, de eso mismo, con un parroquiano de la casa. Dar dinero á préstamos, pongo por ejemplo. ¿Sabes qué utilidad puede dejar eso? Pues el ciento por ciento, y más. Traer pescado de Galicia para venderlo al por mayor en Madrid. Una lechería, el negocio de las vacas de leche. Una casa de huéspedes; ¡cualquier cosa deja más dinero que esto! Pero sobre todo, un negocio. Uno, el único, el primero que te he dicho: dar dinero á préstamo. Te digo que más del ciento por ciento. Y luego, sin peligro, mediante garantías, muchas garantías, para tener siempre á qué agarrarnos...

—¡Oh, y con lo desconfiada que yo soy para soltar un cuartol...

Pero la liquidación de un comercio, cuando no se quieren tirar los géneros por la ventana, es siempre asunto de mucho tiempo. Además, la rebaja que habían hecho en los géneros era tan insignificante que no pudieron aprovecharla, ni con mucho, los otros comercios de la vecindad. El asunto del traspaso, tampoco era tan fácil como se creyeron al principio. Las proposiciones que habían recibido eran tan modestas, que la que más llegó á tres mil quinientos duros, dos-

cientas veinticinco onzas bien contadas. Ni Venancia ni Nazario se contentaban con menos que con trescientas doce. Aguardaron, pues.

Aguardaron, poseídos de una terquedad furiosa y dispuestos á no traspasar la tienda en veinte años, si era preciso, con tal de no dejarse explotar, según decían, por los cazadores de gangas. —Trescientas doce onzas, y ni un céntimo más ni un céntimo menos. Lo que le habían ofrecido en vida al difunto don Norberto. Una proposición decente y aceptable. No tenían que olvidar los aspirantes á la tienda, que ésta estaba situada en la entrada de la calle de Toledo, debajo de los soportales, debajo de los arcos. El mejor sitio de Madrid para aguardar á la fortuna cómodamente sentados.

Sólo que ellos se habían cansado de aguardarla y tenían impaciencia de holgarse fuera de allí, en un prado verde, como animales jóvenes que están en celo.

De allí á poco, no pudo seguir ocultando Venancia que estaba embarazada. Era el deseo más vehemente de don Norberto tener un hijo. ¡Y precisamente había venido á morir en vísperas de haber visto realizada esa aspiración suprema ¡de su paternidad, sin llegar á conocer al *rorro!* Venancia no podía ocultar las lágrimas siempre que

acudían esas ideas á sus labios. Fué el suyo, de consiguiente, un embarazo triste, porque no sabía hablar de otra cosa delante de todo el mundo, que del difunto y de sus deseos de ser padre. Más de tres meses que se pasó llorando.

Cuando nació el niño, ya era público que su madre sostenía relaciones serias, relaciones de matrimonio con Nazario. Nadie protestó, aventuró calumnias siquiera. Era natural que una mujer joven y fuerte no se condenara á una viudez perpetua. Pero fué objeto de grandes críticas la elección que había hecho de Nazario, por la diferencia considerable de edad que había entre ellos, ¡un mozalbete de veintidos ó veinticuatro años, apencando con una mujer de cerca de cuarenta!

Y predijeron mal del porvenir que les aguardaba, porque los matrimonios de interés no suelen ser siempre los mejor avenidos.

En cuanto al niño, ya podía nacer cuando le diera la gana; no había miedo de que les arrebatara la fortuna en su calidad de heredero directo de don Norberto, porque los diez mil duros de marras, depositados en la Caja de Ahorros, y los quinientos y pico que tenían guardados en la casa, y hasta los géneros del almacén, todo estaba inscrito á nombre de Venancia, por la inven-

cible repugnancia que tenía el difunto á hacer testamento, á entenderse con la gente de la curia para nada.

Convencido de morir sin sucesión, había arreglado sus asuntos con la mayor simplicidad posible. No tenía familia, no tenía nadie que reclamara. Venancia era su calor, y su ilusión, y su apoyo en el mundo. Su único apoyo. Al separarse de élla, no quiso que la separación pareciera un abandono, y se lo dejó todo, satisfecho y alegre porque le dejaba el porvenir asegurado á su compañera, porque la dejaba fuerte y bien armada contra las asechanzas del destino, tan crueles á veces, y tan bien meditadas, diríase...

Pero en honor del segundo marido, el niño no fué inscripto en la pila del bautismo con el nombre de Norberto, sino con el de Nazario, Venancio, Saturnino (el santo cuya festividad celebraba la iglesia el día del nacimiento), etc.—Y un mes justo después del bautizo se celebró el matrimonio en la iglesia de San Isidro, de Nazario Fernández y Gutiérrez, soltero, de veinticinco años, comerciante, con doña Venancia Romero y Sáinz, viuda, de treinta y tres años, y de profesión *labores propias de su sexo*. Un cura cualquiera de aquella parroquia les echó la bendición á tiempo que ellos inclinaban la cabeza para recibirla más

contritos, y véase por qué, Dios mismo, el Dios de los cristianos, se manifestó, uniéndolos por el fuero de un ministro suyo, encubridor del repugnante delito.

Habían asistido doña Dolores y don Francisco á la boda en calidad de padrinos.

¡Dios de Dios! ¡El gozo de la madre al ver cumplida la aspiración de que su hijo predilecto, tenido hasta entonces por bruto, maltratado á la continua por las agresiones de lenguaje del padre, fuera, hubiera sido el que más pronto entre todos había hecho fortuna, el mejor habido, el que más grande aptitud había ganado de acudir con las manos llenas de consuelos á las tribulaciones de sus padres!

Y se decía interiormente, dirigiéndose á su marido, del cual, por primera vez en la vida, comenzaba á dudar ahora...

—¡Anda, llámalo bruto; con más de quince mil duros que tiene de capital! ¡Dí también que es el menos simpático de todos sus hermanos, y luego á ver cómo te las arreglas para que, siendo tan poco simpático, haya podido enamorar á esa mujer de tan hermosas carnes y de tanto dinero!

Don Francisco no estaba muy seguro de lo que veía. Dudaba del testimonio de su inteligencia y del de sus propios sentidos, y ni aun por la inter-

vención milagrosa del Santo Patriarca se explicaba la transformación súbita de Nazario, aquel modo de volar, las alturas á que se había remontado. Como doña Dolores, admiraba la abundancia de carnes de Venancia, aquel despilfarro con que Dios la había dotado de redondeces y de protuberancias, y cuando de esas consideraciones pasaba por desviación lógica del pensamiento á imaginar el enorme montón de monedas de plata que supone un capital de quince mil duros, ¡quin...ce mil... du...ros! ¡entonces!... —Estaba sentado, estaba de pie, y en la voz, en el acento, en los resplandores de admiración que chispeaban en sus ojos de creyente, ¡qué bien se notaba que sentado ó de pie, como quiera que fuera, por dentro, psíquicamente, estaba prosternado, y más que eso, tendido boca abajo y en cruz para que la manifestación de su culto fuera más enorme! *Turris aurea, Stella matutina...* Y sin darse cuenta de lo que se decía, le ocurrió en una de sus obsesiones añadir: «Dios te salve, reina y madre, esperanza nuestra...» ¡Oh, sí, esperanza nuestra!

No era la devoción poética á la Virgen del catolicismo, sino la declaración de amor arrebatada al becerro de oro, ¡un ídolo bien acomodado á la naturaleza de aquel toro manso!

—¡Esperanza nuestra...—vida y dulzura!...

«¡Esperanza nuestra» sobre todo!

Hablaron, cuando se hubieron despedido de todos los invitados á la ceremonia, cuando quedaron *en familia*, de sus asuntos propios, de sus proyectos para el porvenir... ¡Oh, y de entre aquellas cuatro personas, la que no se creía vinculada con la felicidad, como les pasaba á Venancia y á Nazario en semejante día de triunfo, creía tenerla al alcance de la mano!

—Supongo,—decía Venancia,—que ya les habrá contado á ustedes Nazario cuáles son nuestras cuentas. Vamos á traspasar la tienda, y á dedicar después nuestro dinero á hacer operaciones de crédito. Dice Nazario que se gana con eso el ciento por ciento de interés, y aún más todavía... Yo he pensado en lo del traspaso, porque creo que no sienta bien á la salud de Nazario la vida sin actividad que hace, y que concluiría por quebrantarse su salud de vivir á la sombra, y de no mover las piernas como todos los hombres que no pertenecen al comercio hacen...

Animada por los signos de aprobación y de agradecimiento que Nazario la dirigía, continuó:

—Sólo, que como este comercio de Madrid es tan cochino, y la gente de mostrador no es muy desprendida, que digamos, lo mismo los comerciantes establecidos que los que están por esta-

blecer, hasta la fecha no ha habido nadie que nos ofrezca por el traspaso el precio justo de lo que vale: trescientas doce onzas cuando menos, la misma cantidad que le ofrecieron á mi difunto marido no hace todavía tres años...

Y después de una pausa:

—Esperaremos; ¿qué remedio nos toca? Esperaremos.

Interrumpió Nazario:

—Y esperamos un año, dos, tres, lo que sea preciso, hasta que se presente alguien que nos ofrezca las trescientas doce onzas, cinco mil duros justos, que necesitamos para establecernos.

—¡No vamos á tirar por la ventana dos mil duros de una mano á otra,—afirmó la recién *recasada*, —porque esos señores con los que hasta ahora nos hemos entendido no tengan otro medio más regular de vida que el de levantarse por la mañana para ver la ganga que cae durante el día!

Tuvo aquí don Francisco, que, como su mujer, creía asistir, oyendo hablar de tantos miles de dinero, al palacio encantado de un mago donde se removieran á paletadas las onzas de oro y las monedas de cinco duros, una espléndida ocurrencia. ¿Por qué no habían de vivir todos juntos en la misma casa? ¿Había nada más puesto en orden ni que diera mejor idea de la organización de

una familia cristiana? ¡Los hijos, y las mujeres de los hijos, y los nietos, todos cobijándose bajo el mismo techo, comiendo en la misma mesa, rezando las mismas oraciones, ni más ni menos, con idéntica sencillez que las familias patriarcales de la Biblia!

En voz alta y con tono indiferente lo expresó así, como lo había pensado.

Y entonces, ¡cosa horrible! se levantó allí mismo, entre el padre y el hijo, como una montaña de nieve que les helara los corazones y les impidiera verse. Conoció el hijo la voluntad interesada del padre en la proposición que acababa de hacerles, y no satisfecho con decir *¡No!* se levantó para negar con más imperio todavía.

Fueron malos aquéllos momentos, porque hicieron desaparecer los vínculos de la sangre en el padre y en el hijo. Nada de parentesco entre uno y otro por breves momentos. Eran dos lobos que se iban á morder y que se levantaban para tomar carrera y hacer que la acometida fuera más furiosa, más mortal el combate.

Pero eso como primer instinto, el instinto animal, tan predominante en aquella familia. Pudo contenerlo Nazario, y entonces, en vez de acometer con los dientes y con las uñas, se expresó con la palabra:

—No es posible eso que usted nos propone. No es posible, porque yo quiero entenderme con mis parroquianos en mi casa y no en la de nadie.

Interrumpió don Francisco, ya completamente humanizado por fuera:

—Pero tonto, ¿mi casa no es tuya y de Venancia al mismo tiempo que mía? ¿Quién te dice que en ella no has de gozar de la más completa independencia? ¿Quién te dice que no has de ser en ella como el rey de España?

Pero Nazario insistió negando con su terquedad inquebrantable de bruto:

—No, no, no me conviene; de ninguna manera.

Y como si no hubiera oído las palabras de su padre:

—Yo quiero vivir en mi casa, y no en la de nadie. Estoy casado, y no quisiera tener que ver con nadie sino con mi mujer y con mis hijos.

Pero como advirtiera en el ceño adusto de su padre y en el aire compungido de doña Dolores, que quizás hubiera ido demasiado lejos con sus palabras...

—En fin, como comprenderá usted, este no es un asunto para ser tratado tan á la ligera. Necesito meditarlo, como comprenderá usted; consultarlo con la almohada y con Venancia; y en fin,

como todavía ¡quién sabe el tiempo que nos queda de vivir en esta casa!...

No ocurrieron otros incidentes en el día de la boda. Por la noche hubo dulces y algunas botellas de vino para que los dependientes pudieran beber á la salud de los recién casados.

Y al encontrarse solos, ya muy avanzada la noche, en el fondo de la alcoba conyugal profusamente adornada de flores de trapo y de colgaduras de encaje barato, cambiaron irresistiblemente, sin que se dieran cuenta de la impresión, una larga mirada, en la que no se leía el amor, sino la desconfianza, y así como una desesperada pregunta al porvenir, formulada con todas las vaguedades de la inconsciencia.

Se besaron después automáticamente, y sentados al borde de la cama, comenzaron á hablar de sus asuntos.

—¿Qué te parece mi padre con la proposición que se descuelga á última hora?

—¿Y á tí, Roque, las miradas que me ha estado echando todo el tiempo que me ha tenido ante sus ojos?

—Habrá que enseñarle la puerta de la calle.

—Sí, para que aprenda educación y el respeto que se debe á las señoras...

Hablaron de más, de más cosas. Del calor, del

frío, de algunos chismes de vecindad, y de lo que probablemente Nazario podría extrañar la nueva cama. Nazario protestó diciendo que tenía el cuerpo molido, y que se le caían los párpados de puro sueño.

Cambiaron después el segundo beso de recién casados, desnudáronse el uno á presencia del otro con análogo impudor que dos salvajes, y á los pocos minutos, la luz apagada y como inflamado de pasión el aire, aquel rincón del mundo, aquella cama de matrimonio, era como un puñado de buena tierra en el momento en que la semilla prende y la vida se esfuerza por perpetuarse.

III.

Y todo en el mundo continuaba su marcha ascensional hacia la vida y hacia la muerte. Furias de destrucción, furias de creación, libraban el eterno combate, nunca interrumpido, de donde surgen las verdes campiñas, y los campos de trigo, y las nuevas generaciones de seres, semejantes todas en el frenético grito de vida en que se les consume la existencia, y en la marca de miseria imperativa, imborrable, que llevan estampada sobre los lomos ó en la frente. Malditas, maldecida antes de nacer por los rencores de un destino que da tristeza sólo el considerarlo.

En ambos polos, y en el Ecuador, y en todas las latitudes, allí donde la planta de la bestia pisa hielo como donde pisa arena encendida á la temperatura de un ascua, la extraña ley del mundo que ordena la muerte como complemento necesario de la vida, se cumplía rigurosamente. Y no era en realidad triste que una paloma se

muriera, puesto que un pichón nuevo la sustituía inmediatamente; ni que un joven en todo el vigor de sus facultades reventara blasfemando, puesto que en aquel mismo instante se desencajaban las entrañas fecundadas de una mujer cualquiera para dar paso á un nuevo ser, que ya de nubil, amando ó dejándose amar, habrá de contribuir también á la eternidad de la vida con idéntica contribución de fuerzas que la araña, ó que el leon, ó que el pato: factor tan inconsciente de su enorme sacerdocio, como la mata de ortiga ó ese *bacillus* del intestino humano que origina la peste, y que al igual que los grandes conquistadores produce una hecatombe donde quiera que se establece ó que pasa.

Todo en el mundo continuaba su marcha ascensional hacia la vida y hacia la muerte, sin que nada pudiera escaparse al exacto cumplimiento de su destino. Nacía un niño robusto, casi bello, enteramente viable, de los acoplamientos animales de Venancia y de Nazario, y aquella flor de adulterio provocaba éxtasis en cuantos la miraban, de lozana y de pura.—Surgía la vida de todos los sitios en que hubiera organismos hembras,—hasta de las cloacas, hasta de los hospitales y de los presidios, y mientras tanto, á los que le había llegado su vez, morían. Lolita se moría

Piquita

también, ofreciendo el caso maravilloso de morir sin haber vivido.

Sin haber vivido. Había vegetado, había funcionado su organismo veintiocho años día por día, pero con la vida de la planta, y á las veces, con la de la piedra, que no se mueve del sitio donde la colocan, ni es capaz tampoco de animarse interiormente con los sacudimientos de una voluntad cualquiera.

Considerada como planta, su biografía era bien breve: una vegetación humana que había brotado en el suelo de Avila; que había sido luego trasladada á Madrid; que había prendido con facilidad en el nuevo suelo, y que no tenía otra historia sino esa. Y hasta considerada en su concepto humano, aquella existencia ofrecía un argumento sencillo y triste; hélo aquí: la vida sepulcral que había hecho durante sus veintiocho años; las reprensiones severísimas del padre; la fuga y la pérdida de su hermana Paca; la cesantía de don Francisco; la visión de la miseria con sus dientes amarillos y su puño cerrado; los trabajos de costura á la máquina que había emprendido para comer caliente todos los días; el matrimonio de su hermano Nazario, y, por último, eso: que se moría.

Ya se ve que el desenlace era perfectamente

acomodado al argumento. Que se moría de tisis y de miseria.

—¡Ah, mamá, mamá! Y si yo me muero, ¿qué va á ser de ustedes?

Porque ya en el último período de su enfermedad le había acometido un escepticismo que por sí sólo constituía una segunda dolencia de muerte. La extraña lucidez que muchas veces es sintomática de algunos períodos agónicos.

Y se decía interiormente:

—Mi vida en Avila. ¿Cuántas palabras necesitaría yo para expresar ese martirio? No he tenido juguetes, ni risas, ni saltos. Mi padre lo prohibía todo, y mamá le dejaba hacer y lo secundaba como una autómatas. Y ya de joven, ¿qué? Ni el balcón, ni el paseo, ni ninguna de las diversiones que son propias de la mujer en todas las edades de la vida; la devoción y la casa; un estropajo, una aguja ó un libro de oraciones en la mano; ni por casualidad una novela, y ¿qué se yo? ¡Tantas cosas como hay en la vida para entretenerse y estar contentos! Venimos luego á Madrid, y Madrid es para nosotros una cárcel mortal, tan estrecha como lo era Avila. Ni Lola ni yo somos otra cosa que dos presos, á los que se da larga los domingos para que se confiesen y oigan misa. Resultamos con eso mi hermana y

yo, las dos mujeres más desgraciadas de España, y las más tontas también. A élla la seducen, la engañan y la deshonoran. Entonces le echan un cerrojo nuevo á mi calabozo, y esa triste desaparición de mi hermana, y esa terquedad de mi padre en no admitirla cuando vino á pedirnos perdón,—¡oh, y la desgraciada, cómo venía!—han sido más que nada, la causa de mi muerte. Luego, esa maldita máquina, y ese empeño mío en no levantar cabeza...

En esas cavilaciones se le pasaban horas y horas, condenando siempre.

Quería, como élla era capaz de querer, mucho, con gran intensidad, á sus hermanos; pero no se hacía más ilusiones con ellos que con sus padres.

Paquito, la gran esperanza de la casa, un mequetrefe. Nazario, un colosal egoísta. Evaristo, un pillete. Y pensaba con dolorosa pasión de ánimo en que Paquito no había mandado á preguntar por su hermana, por élla, una sola vez, con todo de tener cabal conocimiento de su estado; en que Nazario no había vuelto á poner un pie en la casa desde que se había casado, y en que Evaristo tenía que concluir su vida en un presidio, si es que no variaba de conducta, abandonado completamente por su padre, y envilecido hasta la raíz de los pelos.

La cesantía de don Francisco había sido una catástrofe, un hundimiento, y allá fueron, envueltas entre los escombros, algunas ideas y muchas preocupaciones que antes del hundimiento formaban invariablemente parte de las construcciones de vida del beato. El primer efecto fué el de la sorpresa, y el segundo el de quedarse atontados. Porque aquello era la ruina sin contemplaciones, el no poder tirar para delante, tener que morir, y San José, por mucho en contrario que digan los libros devotos que le están consagrados, no suele acudir nunca al remedio de tales aflicciones.

Evaristo se encontró de pronto en ese mundo de ruinas, y supo aprovecharlo admirablemente para volar por los grandes espacios azules que su imaginación le prometía. Es cierto que todas las ventanas de su casa estaban cerradas, pero cierto también que nadie ponía cuidado en quién abría ó cerraba la puerta de la calle.

Se encontró de pronto, pues, una hermosa mañana sobre una de las aceras de la calle de Moya, con una ala á cada costado, la cabeza congestionada de sueños de todos colores, y una porción de horas ante su actividad, para llenarlas de acción. Hizo un hecho mecánico. Voló. Y cuando se hubo saturado de Madrid, cuando hubo recorrido

la ciudad en todas direcciones, abatió el vuelo, no sobre una eminencia, expuesto á todas las miradas y á todos los vientos, sino sobre la primer hondonada que le ofrecía abrigo. Se encontró bien en ella, halló agradable su temperatura, delicioso de respirar su ambiente, y ¡adiós la vida en pleno azul las alas desplegadas y vibrando el éter alrededor de su cabeza, que tanto le atrajo en los primeros momentos!

Se dedicó á la holganza, á la atmósfera densa de los cafés y á la de las mancebías públicas, pastosa y pestilente; y tanto y tan bien se aficionó á vivir en bajo, que ya no se hallaba en su elemento sino viviendo entre hondonadas y precipicios.

Se le había negado todo: la libertad, y hasta el movimiento, y hasta la risa, y quiso tenerlo todo de una vez con esa insaciable voracidad con que amontonan arbitrariedades y licencias, sin llegar al hartazgo nunca, los esclavos nacidos á la dignidad y á la independencia inopinadamente.

¿Se le había negado la libertad? ¡Pues al libertinaje!

¿El movimiento? ¡Pues al vagabundeol

¿La risa? ¡Pues á reir á gritos hasta que se desencajen las mandíbulas y tenga que interve-

nir la policía como en una cuestión de orden público!

Lo pidió y lo tuvo todo de una vez. Su voluptuosidad y su apetito de la vida se tornaron en vicio. Comenzó á degradarse.

Y llegó á no vivir en su casa sino las horas justas de almorzar, de comer y de acostarse; eso, bien entendido, cuando había algo que llevarse á la boca, no siempre...

¡Poder de Dios, la ceguera de don Francisco y la debilidad de carácter de *su señora*, como continuaba llamándola!

Ceguera—ó egoísmo, egoísmo de fiera, porque Evaristo, por beneficio de sus costumbres, solía contribuir con algunos cuartos, muy de vez en cuando, á la satisfacción de las necesidades de la casa.

Pasaba el día en el entresuelo del café de Lisboa, jugando ó viendo jugar al *punto* y la *siete y media*: la noche en un lóbrego chamizo de la calle de las Minas, una de cuyas asiladas se le entregaba cuantas veces le venía al tahur en antojo, por apetito de su juventud y de su carne.

Historia digna de ser contada la de aquellos amores, tanto por lo menos como la de los de Nazario con Venancia.

Ella se llamaba Julia, por otro nombre la *Ga-*

llega, y era por su belleza, por su juventud y por su gracia, la pupila predilecta, la pupila mimada del burdel en que se pudría; una belleza infernal, una belleza del diablo; y tan claramente como la belleza, se le notaba la perversión apenas se le echaba la vista encima. Hay algunos grabados del siglo xvii representando á un Luzbel adolescente, que se parecen mucho á la mujer aquella. Era la suya la belleza enloquecedora del crimen y del vicio. Un artista podría notar en la cabeza los vahidos de la embriaguez, embebiéndose en la contemplación de aquella carne de placeres, de aquella soberbia niña. Emborrachaba su contemplación materialmente, y nadie pudo jactarse ninguna vez de haber resistido su mirada, fijamente, un minuto seguido. Trastornaba la armonía de aquel sexo como el olor de un ácido muy fuerte, y podía tener la pretensión de abatir las cabezas más bien colocadas sobre los hombros, sin otro esfuerzo que el poder natural de su mirada. No se daba cuenta de aquella su belleza, y eso parecía aumentar las energías de su fuerza.

Era el suyo un caso de prostitución extraño. Un caso de prostitución más propio de la patología que de la fisiología. Sin antecedentes hereditarios que, á la fuerza, la obligaran á ser tan gran ramera; sin que las influencias, muchas veces

mefíticas del medio ambiente, le trastornaran con el sistema nervioso las funciones del pensamiento, sino al revés de todo eso, nacida en un hogar de campesinos honrados y respirando la atmósfera pura de las aldeas gallegas, á los doce años, Julia se escapaba todos los días de su casa para entregarse á los vagabundos de la carretera; y cuando huyó definitivamente de su pueblo para irse á una mancebía de León, pudo jactarse, pero contándolos por los dedos, de haber pertenecido á todos los mozos de su pueblo, sin exceptuar uno solo; ufana del número y de la calidad de sus desvergüenzas, como un artista de sus obras.

En León no vivió sino seis meses; soñaba despierta con una prostitución más grande, con una prostitución que pasara de la piel y de la carne para introducirse en los músculos y en los huesos, y se trasladó á Valladolid, á otra mancebía, cambiada por una ramera que iba á ocupar la plaza, todavía caliente, que dejaba Julia en el meretricio de León.

La aguardaba en Valladolid el éxito y la consagración, una especie de consagración de su horrible fama de prostituta.

Tuvo renombre, y se decía la *Gallega* entre los corrompidos de la capital castellana, con una expresión de la mirada y de los labios que signifi-

caba admiración religiosa, devoción y culto. Élla sonreía y besaba; siempre lo mismo, la sonrisa y el beso; y decía á los hombres para enardecerlos, para introducirles en la cabeza ese zumo de locura que en los placeres genésicos induce á la dimisión de la propia personalidad, que no estaba todavía harta, que quería más, que necesitaba más, insaciable,—poderosa y brutal como una fuerza de la naturaleza.

Se establecían retenes de viciosos en el comedor de la mancebía, que aguardaban con impaciencia la aparición de la muchacha, siempre desgrefñada y casi desnuda por los embates de tanta lujuria como frecuentaba en el transcurso de sus horas; y apenas asomaba la cabeza en el salón «¡eal ya he concluído, ¡otrol!» que es eso lo que parecía decir, ya estaba *el otro* de pie y apercebido á desaparecer con la vendedora de placeres donde élla quisiera conducirlo, á un lecho ó un estercolero, que para la locura genésica, la más arrolladora de todas las locuras, el caso de una cama colgada ó el de un montón de basura, viene á ser igual exactamente.

¡La *Gallega* no estaba harta todavía! ¡Pedía más con la palabra y con la mirada, ¡más! sin que se le rindiera el ánimo ni el cuerpo de aquellas convulsiones repetidas, que deberían ser para su

cuerpo lo que los temblores de tierra para la salud y la conservación del planeta. Y más, y más, y más, como una fuerza, arrollándolo todo, absorbiéndolo todo, sin llegar á enfermar nunca. Más fresca todavía, con más color de vida en las mejillas, que el día de su llegada á Valladolid, como si el sexo y las entrañas de aquella mujer fueran invulnerables al hastío y al cansancio.

Fuerte como una estatua de bronce. Y parecía que la Naturaleza, haciendo de escultor, había tallado en élla lo único, lo corruptor y lo incansable. Digo que no era completamente loco batir palmas de admiración á su presencia.

Pero sucedió lo que es invariablemente fijo en la vida de esas mujeres. Toman por cariño el deseo obstinado, la preponderancia de fuerzas de una virilidad cualquiera, y ya de acuerdo, parodian el amor con bacanales frenéticas, con abrazos que parecen de furiosos, con desmayos también, después del combate, que tienen mucho de catalepsias. Pasiones tetánicas que muerden y descomponen los huesos, que arquean la columna vertebral, y que no llevan directamente al hospital, porque suelen hacer parada en los presidios.



Un hombre cualquiera el amante de Julia la *Gallega*, sin llevarle otras ventajas á los habituales cortejadores de la prostituta, que una más grande acumulación de cinismo en el corazón y en la palabra.

*
**

Con él, cogida de su brazo, y teniendo precisión de martirizarse con pellizcos los muslos y las manos para no romper á reír á carcajadas en el momento supremo de la fuga, salió para siempre Julia la *Gallega* de aquella casa de lascivia, propuesta, en una crisis de fidelidad instantánea, á seguir á su amante donde quiera que la llevase. Y ya en la calle, en el fondo de aquel coche que la conducía ¡quién sabe dónde! reía la muchacha á carcajadas, pensando en los furores de su ama cuando notara la desaparición de una pupila que le había costado cuatro onzas nada menos, una pupila que dejaba á la casa una utilidad líquida de ocho á diez duros por día, lo que no le ganaban á la semana, ciertamente, muchas de las mujeres que tenía asiladas en el chamizo de que era directora y propietaria.

¡Oh, cómo la estaría poniendo de perra y de cochina en aquellos mismos instantes, y qué ricamente que élla iba paseando su triunfo sobre los almohadones de aquel coche!

—Mira tú,—le decía á su salvador,—por ser bruja y ver lo que está pasando en aquella casa, sin que á mí me vieran, daría la mitad de mi sangre y hasta un ojo de la cara... ¡lo que rabiará la *señá* Cristina!

Decidieron ir á Madrid para probar fortuna. Madrid es una población grande y viciosa. Madrid simpatiza con todos los aventureros, á la sola condición de que sean valientes y no se dejen dominar por escrúpulos de vergüenza. Madrid es la capital de España y la gran población predilecta de la canalla.—Y á Madrid fueron, atraídos por la gran vorágine de quinientas mil cabezas, sin que ellos mismos se dieran exacta cuenta de por qué ni para qué, esclavos del azar, de la aventura...

A Madrid fueron, y Madrid los separó. ¡A llenar las filas, cada cual á su destino!

Élla, á la primera mancebía con que sus ojos toparon; él, á fundirse con toda la humanidad anónima de que formaba parte y de la que los únicos historiadores posibles son los novelistas modernos.

Haciendo los dos, Julia y él, vida de subsuelo, no llegaron, sin embargo, á encontrarse nunca, porque se agitaban en distintas galerías, y estaban, además, sus cloacas separadas por infran-

queables torrentes de inmundicia. No se hubieran, quizás, aquellos amantes extraños, reconvenido al encontrarse.

Fué entonces, en plena y reciente viudez de su galán vallisoletano, cuando la *Gallega* tuvo el primer encuentro con Evaristo. Fué en la calle de San Bernardo.

Hacía la mujer su ronda de la noche, y Evaristo regresaba á su casa por la calle de los Reyes. Llamó Julia á la sombra que pasaba con un prolongado siseo.

—¡Sssssssss!

Volvió Evaristo la cabeza, y según su costumbre, se puso á hablar con la prostituta, hasta que élla ó él, élla, generalmente, se cansaran de la inútil charla bajo las estrellas.

—¿Dónde vas?—le preguntó mecánicamente, como si lo conociera de toda la vida.

—Pues, por esas calles,—respondió Evaristo,—en busca de una buena moza.

—Aquí me tienes,—dijo la mujer sencillamente.

Y cruzó los brazos uno sobre otro, y levantó la cabeza é irguió el cuerpo, ofreciéndose...

¡Dios de Dios, á lo que se veía reducido el artel

—Tú eres muy bonita. Tú debes costar mucho dinero.

—¡Oh! el que me quieran dar, y ni un ochavo más siquiera...

Con candor, la expresión de la voz revelando un vago disgusto, como una niña que se quejara de su mala suerte...

Pero Evaristo, que se había fijado en la corrección de facciones de Julia, comenzó á interesarse por élla... Prolongó el contrato deleznable. Continuó interrogándola...

—Pero tú, ¿cuánto llevas?

La comerciante apareció bajo la prostituta; quiso élla á su vez saber la cantidad de lascivia que pedía el hombre aquel, la extensión y el peso...

—¿Por toda la noche, ó por un rato nada más?

—Por toda la noche.

—Pues mira, alma mía: si quieres, dos duros mejor que uno...

¡Poder de Dios, dos duros, y en aquellos tiempos!

—Cuatro pesetas, ¿te hacen?

—Adiós, alma mía.—Y le volvió la espalda al mismo tiempo que tarareaba las notas rastreas de una música canallesca muy en boga en Madrid por aquellos días.

Comenzaba á llover. Cayeron algunas gotas que pusieron en dispersión furiosa al batallón de

meretrices que después de las doce afluyen á la calle de San Bernardo, como una marea negra, de los lupanares circunvecinos: de la calle de la Garduña, de la de las Beatas, de la de los Reyes, de la del Pez, de la calle de la Luna...—Julia blasfemó por costumbre, y lanzó al vacío brumoso de la calle un largo siseo desesperado:

—¡Sssssssss!

De una de las embocadas de la calle de San Bernardo surgió de nuevo Evaristo, como si aquel siseo lo llamara á él y no á ninguno otro.

—¿Qué me quieres? ¿Estás viendo cómo tú ya no puedes vivir sin mí?

Lo dijo ¡claro está! de broma; pero en el modo como lo dijo, y hasta en el timbre de la voz, creyó Julia encontrar una de esas naturalezas apasionadas que tanto simpatizaban con la suya. Y de pronto, sin darse por resentida de la fatuidad del mozo...

—Mira: vamos á meternos en este portal, que está lloviendo. ¡Mala noche de cabrones!

Y cuando se hubieron guarecido un tanto de aquellos goterones del cielo, fuertes como azotes...

—Dame un cigarrito, y hablaremos. Ya verás tú cómo lo que á mí me gusta es entenderme con los hombres...

Se entendieron á maravilla. Fué desde aque-

lla noche Evaristo el amante *oficial* y reconocido de *Julia la Gallega*. De allí á poco se enamoró de élla perdidamente. Enamorarse, que aquí, en este caso, vale tanto como degradarse. Perdidamente degradado.

En el entresuelo del café de Lisboa había conocido al vividor, al canalla; en el burdel de la calle de las Minas conoció al ladrón, al remachado; aquella humanidad del café de Lisboa era una humanidad raquítica, á todas luces insignificante; la de la calle de las Minas era una humanidad terrible. Venía á ser como la diferencia que hay entre el parásito desagradable é incómodo, y la alimaña feroz.—En el pudridero de la calle de las Minas no era extraño ver esa variedad del monstruo que se llama el hombre-hiena.

Y fué el amigo y el camarada de los habituales concurrentes á la casa. Compró una navaja, peinóse hacia adelante, y comenzó á hacer oposiciones á una plaza de penado en cualquiera de los establecimientos penitenciarios de España ó de los presidios menores de Africa.

Se hizo camorrista; maltrataba á su querida algunas veces. Pero las noches en que el juego había sido dadivoso, la regalaba con pasteles y aguardiente.

*
*
*

Una noche se presentó Evaristo, como siempre, á la hora de costumbre. Cambió un saludo de compañerismo con los otros chulos del chami-zo, y preguntó por Julia, extrañado de no haberla visto en el portal, ni verla tampoco ahora en el comedor de la casa.

Le respondieron á la vez las tres ó cuatro mu- jeres que en el comedor estaban, atropelladamen- te, quitándose unas á otras la palabra de la boca.

—Está en la Prevención de al lado.

—La han cogido por salir antes de la hora.

—No llevaba la cartilla consigo.

—Ahora ha ido á llevársela la Lola.

Lola era la mayor amiga de la *Gallega*.

De aquella amistad suponían las demás hués- pedas de la casa, unánimemente, con rara con- vicción, una porción de cosas vergonzosas, que habían llegado goteando lodo, con una desnudez de piernas al aire, á conocimiento de Evaristo. Pero éste no le había dado más importancia que si le hubieran dicho que Julia se *la pegaba* con un gato. ¿Es que él iba á tener celos hasta de las mujeres?

Aguardó á que saliera, pacientemente, jugando una botella de vino al *mus* con los otros hombres de la casa.

No suelen ser muy largas las detenciones que

sufren las mujeres públicas en la Prevención por causa tan insignificante como la de haber salido á la calle antes de la hora, ó haber sido sorprendidas desprovistas de la cartilla que el Gobierno civil despacha á tanto la pieza, y así es que Evaristo tenía por muy seguro poder saludar á su querida para antes, para mucho antes de que la partida hubiera terminado. Pero cuando dieron las doce, y las doce y media, y la una, comenzó á alarmarse.

É incorporándose de pronto en el asiento que ocupaba, poniéndose de pie...

—Voy á buscarla,—dijo.

Entonces el ama se creyó obligada á intervenir.

Una mujer, en cuyas facciones se leían volúmenes enteros de texto depravado y canalla...

—Sería gastar el tiempo en balde. La *Gallega* no está en la Prevención.

Experimentó Evaristo un sacudimiento doloroso en las entrañas.

—¡Dios mío, si le habrá ocurrido algo! ¡Si le habrá pasado alguna desgracia!

—¿Pero en dónde, en dónde está, que no quieren ustedes decírmelo?

Y cambiando de tono, con voz sombría:

—¿Es tal vez que le ha pasado algo malo y por eso me lo ocultan ustedes?

En lo que había de psicológico en la mujer aquella, hubo un trastorno, una revolución, como quien se prepara á decir algo y no se atreve, y no encuentra las palabras, y concluye por decirlo todo brutal y atropelladamente, con la violencia de un estómago ahito que arroja lo que le sobra...

—Pues bueno... ya que quieres saberlo... ¡de todos modos te habrías de enterar por cualquiera de las boconas de la casa! ¿A mí, qué? Yo demasiado que se lo he advertido á esa mala cabeza...

—Pero en fin, ¿qué es lo que pasa?—con la violencia de un hombre envuelto en las amenazas de un peligro sobrenatural, y que se resiste á morir y pide socorro con toda la intensidad de sus pulmones.

—Pues nada, que te quedas sin mujer por tres ó cuatro días. Que unos chicos amigos se la han llevado de *juerga* al campo, ó yo no sé dónde, por Guadalajara ó por ahí, y que no estará de vuelta hasta que pasen unos días.

Sintió que el corazón se le encogía, que se le nublaba la vista, que le faltaban las fuerzas para seguir de pie é interpellando. Notó como los efectos de una puñalada. Y conteniéndose la herida con las dos manos, dominando esa especie de he-

morragia interna que á las veces originan los desengaños cuando son aprendidos súbitamente, con voz que estaba formada de llanto y amenaza...

—Me ha engañado. Es la primera vez que me engaña una mujer como esa. Yo les juro á ustedes que sabré vengarme. Por mi libertad, que tendrá que sentirlo.

Y para completar del todo su pensamiento:

—De verdad que no merecía yo este pago; pero es una mala mujer, una mala hembra...

Con esa idea de venganza vivió en matrimonio tres ó cuatro días, sin abandonarla un solo instante, y en realidad calentado por ella. Hasta dejó de ir á la calle de las Minas.

—Esto ha concluído,—se decía;—pero lo que yo no quiero es que esa mala piel se quede riendo de mí y diciendo que me dejó *por lila*. Y ya verá cómo acostumbra á usarlas este hijo de su madre...

Fué en la calle de San Bernardo, en la misma acera donde había hablado con Julia la primera vez atendiendo á su siseo abyecto, á la misma hora del primer encuentro, donde se la topó una noche, al sexto día de haberla perdido de vista. Donde se la topó, porque desde dos noches antes la aguardaba en ese sitio, decidido á asesinarla.

La abordó con breves palabras. La cogió de un brazo.

—Ven. Tengo que hablarte.

Y élla, decidida...

—Cuando quieras.

Entraron en una taberna que ellos sabían abierta, y donde solían entrar algunas veces á regodearse con los ardores venenosos del aguardiente *triple*.

—¿Qué va á ser?

La frase sacramental de los mozos de servicio.

Y con acento de locura, de descomposición mental, más bien loco que desesperado...

—Medio cuartillo de aguardiente fuerte en un vaso para mí, y una copita de rejalgar para la niña esta.

Comprendió el tabernero que no debía reirse, y sirvió el aguardiente que le pedían sin chistar una palabra, y como si pedir rejalgar en una taberna fuera la cosa más natural y más corriente de la tierra.

Estaban casi solos. Un espantoso mendigo que dormía echado de bruces sobre un velador, y dos obreros que discutían la existencia de Dios y otras zarandajas por el estilo á sendos tragos de mosto y á grandes puñetazos sobre el zinc del

mostrador, eran, con el tabernero, los únicos pobladores de la tasca en aquel momento.

La atmósfera simulaba materialmente [que se podía mascar, y eso hasta el punto de que ella sola, sin necesidad del vino, cargada de miseria y de infamia como estaba, podría empujar á la violencia al cerebro más tímido ó más cuerdo.

Evaristo habló el primero, sin dominar sus impresiones...

—Conque vamos á ver, señora, si es que puede saberse. ¿Se ha divertido usted mucho con sus amigos en el campo?

Con cinismo:

—Sí.

Entonces Evaristo, ante aquella contestación rápida y aquella actitud firme de la mujer, se notó desconcertado y como si todas sus energías vinieran á tierra convertidas en ruinas.

Y más que eso, porque con una lucidez fecunda, notó el cinismo de la respuesta con que acababan de flagelarlo en el rostro, y la miseria insoportable del diálogo aquel con una prostituta en el fondo de una taberna.

Un resto de su pudor, de su antigua dignidad, ¿quién sabe también si el recuerdo de su madre? le hizo cambiar totalmente el rumbo de sus antiguas determinaciones. Ni golpearla, ni matar-

la. Los dos extremos eran viciosos. Él no era un chulo ni tampoco un asesino. Dejarla en el mismo lodazal donde la había conocido. Allí, que acabara de pudrirse, que se pudriera. Volverla la espalda. Olvidarla, dejarla. Y después de dejarla, no concederla más preocupaciones que á la camisa que se lleva puesta.

Fué eso lo que pensó y lo que dijo.

—Mira,—fueron sus palabras,—pues si te parece, esto ha concluído. Yo no te quiero pegar un *recorrido* todos los días, y tú necesitas que los hombres te peguen; porque eres mala, porque tu madre te ha parido así, y eso no tiene enmienda...

Estaba densamente pálido; el desgraciado sufría, sin quejarse, una de las más crueles operaciones que se puedan resistir en la vida. La extirpación del amor ¡y por uno mismo!

—Yo te he querido, Julia; pero ha sido culpa de mi mala estrella el que no haya podido hacer por tí todo lo que deseaba. Yo te he querido, como se quiere una sola vez para no volver á querer nunca. Y tú te complacías en matarme á desdenes. Primero me has hecho pasar por la Lola; luego, porque no fuera á tu casa en todo el día; después... ¡yo no sé por qué! ¡he perdido por completo la vergüenza! Y ya ves: estaba propues-

to á matarte donde te encontrara, y en lugar de eso ¡lloro!

Se ocultó la cara con las manos. Pero á Julia no se le ocurrió expediente más fácil que el de burlarse de aquel dolor de hombre con una de sus frecuentes exclamaciones de bestia degradada.

—¡Bah, el marica, y cómo llora!

Ni aun había probado el aguardiente; no se había acercado siquiera el vaso á los labios, y así fué la suya una transfiguración de ira exclusivamente, una transfiguración formada de dignidad y grandeza. Se levantó de un solo impulso del banco que ocupaba, y como Julia huyera...

—¡Oh, no, no seas tonta! ¡Si ya sabes que yo no miento, y que te he prometido no llegarte al pelo de la ropa esta noche!

Pagó en el mostrador el consumo que había hecho, y ya en la calle (fué aquella su postrera bocanada de sangre), con un sarcasmo angustioso que le hacía temblar la voz en la garganta...

—Y tú, ¿no tienes nada que decirme?

—Que te diviertas.—Y le volvió la espalda, y siguió andando sin volver siquiera la cabeza.

No era valor, sino brutalidad. De otro modo, hubiera podido afirmarse de que aquella mujer había nacido para domar leones y dormir con ellos en sus jaulas.

Resistió Evaristo la afrenta á su amor propio, lanzando un bufido en el que dejaba escaparse toda la continencia de que era capaz, la continencia que le quedaba. Y aquella noche, por el esfuerzo de la razón, más que por el de las piernas, se trasladó á su casa, y ya en ella, como insensible por completo á cuanto acababa de pasarle, se metió en la cama, dió un soplo á la luz y se quedó dormido. Cuando despertó al día siguiente era ya tarde. Comió con hambre el medio panecillo que le dió su madre, se lanzó á la calle sin preocuparse siquiera de preguntar cómo estaba su hermana, y en vez de dirigirse, como de costumbre, al entresuelo del café de Lisboa directamente, se fué al burdel lúgubre de la calle de las Minas. Allí supo que la *Gallega* se negaba á verlo. No protestó, y estuvo en actitud sombría, y como somnoliente, las dos horas largas que duró su visita.

Al día siguiente, y los sucesivos, volvió á repetirse la escena por mañana y noche. ¡Y quién sabe si todo tal vez hubiera continuado indefinidamente pasando del mismo modo, si una tarde, al llegar, como de costumbre, y preguntar por todas las mujeres que no veía en el comedor, menos por Julia, no le hubieran dicho, inopinadamente ¡con indiferencia!—como si se tratara de

la cosa más natural del mundo, que no había que contar con la *Gallega* en mucho tiempo, porque se la habían llevado á San Juan de Dios más muerta que viva, y que el médico de la higiene había respondido, al ser preguntado por la Lola que deseaba conocer el verdadero estado de su compañera, «lo que es ésta ya tiene para rato.» Frase que en los labios de aquel médico oficial, acostumbrado á no darle ninguna importancia á las enfermedades, cuando eran mujeres las que las padecían, tenía una significación y una importancia enormes.

Siguió yendo Evaristo á la casa, animado ahora por el acre deseo de saber noticias de aquella mujer, más adorada por él en la ausencia que en el comercio de la intimidad y del trato.

—¿Pregunta por mí? ¿Sabe que yo vengo todos los días á informarme de su estado, á saber de élla?

Y cuando venía del hospital alguna de las pupilas de la casa, de ver á Julia...

—¿Te ha dado expresiones para mí? ¿Te ha dado recuerdos?

Brutalmente, como quien hiere, Carmen, otra desgraciada que había llegado por la prostitución á ser perversa y á no comer pan blanco todos los días, vieja, harta, derrengada, se lo avi-

só todo á Evaristo, gozosa de arrancar y de ver palpitando ante sus ojos el corazón entero de un hombre, de un monigote insípido que no había tenido que ver con ella en ninguna circunstancia de la vida, que parecía despreciarla...

—Me ha dado recuerdos para todos, menos para tí, y me ha encargado que si preguntabas, te lo dijera de ese mismo modo; que tiene un querido en el hospital para cuando se ponga buena; uno de los practicantes. Y que tú... que por tí...—no te ofendas por lo que voy á decirte, ...pero me ha encargado que te diga que á ningún hombre de vergüenza, como tú presumes serlo, hay precisión de decirle dos veces las cosas en la cara.

—¡Que ha dicho eso! ¿Pero tú estás cierta que ha dicho élla eso? ¿Ella, élla,—pregunto,—ó no serás mejor tú, que me aborreces por las mil y una razones que las mujeres de tu condición tienen para aborrecer?

No entendió la vieja prostituta, de aquellas palabras, sino el sentido inmediato; la injuria, para nada. ¡Ah! ¿y qué valía? Estaba acostumbrada á ser abofeteada.

—Bueno; todos los hombres soís lo mismo; no os queréis dar á razones. ¿No me crees? Pues aguarda... aquí está... en ese papel que ha man-

dado esta mañana de San Juan de Dios, escrito todo del puño y letra de ella. Yo no sé leer. Pero me han dicho que nombra á todos los de la casa menos á tí. Lo ha hecho con intención, para que tú te enteres. Y si no, lee. Tú sabrás dónde está eso...

La leyó de un golpe...

— «...expresiones á Manolo, al porterín y á Lazo si ba por ay y á Victorio, y espresiones para la Lola, para la Carmen y Manolo...»

Ni una palabra para él.

Volvió á leerla. Desde el principio hasta el fin volvió á leer el triste documento de infamia, animado de una vaga ilusión. La de que desentrañado su sentido íntimo... ¡quién sabe!... quizás...

Volvió á leerla.

«Madrid, 17 de Abril del 86.

»Apreciable Ama: me alegrare que al recibo de esta se alle V. buena encompañía de sus guespedas. Yo estoy buena para estar aquí muy pocos dias y siempre asu disposicion; pues el domingo no me dieron toque ni me cortaron porque era domingo, pero el lunes me cortaron y me dieron toque de acido puro, me cortaron medio...—pues me rejistré el lunes y me dijo don Manuel que benia para una larga temporada, pues estaré más que la otra bez y los labios los tengo un po-

co mejor y me los queman con lapiz con que toque por alrriba y toque por abajo, y píldoras para las calenturas, y estoy tomando papeletas tambien, que tengo todo el cuerpo lleno de botica, pues espero el sabado ho domingo una elastica ho una chanbra, lo que mejor pueda V. comprar-me, y unas medias, siento mucho el mandarlo á pedir, pero eso no puedo menos. bendra la Lola a traermelo ho el Ama.

»Antes de que se baya el Ermano de Antonio que benga por aquí á berme antes que se baya á Alcalá, dará V. espresiones á Manolo, al porterrín y á Lazo si ba por hay y á Victorio y espresiones para la Lola, para la Carmen y Manolo, espresiones de la Rosa y V. la recibe de esta que lo es

»JULIA MATEOS.

»que tiene muchas ganas de berla, Adios, Adios asta la de V. espero me escriba á buelta de correo, me mandará el dinero que pueda con la muda y espero me contesten enseguida porque tienen sellos y papel en casa, y la Lola sabe escribir y espero muy pronto una pequeña contestacion pues del estómago le traia un poco mejor y le tengo echao á perder otra bez, me da asco de las comidas, tengo puesto bino con botica,

pero tengo mucho ánimo que es lo que me bale, si no salía muerta, pues estoy llorando todo el día, espero que no me olviden ni la Ama ni la Lola expresiones para todos, espero que me recojan alguna carta si ha para mí pues me escribiré un Practicante, sin más me despido llorando, expresiones en particular para Lola y V. reciba muchos afectos de esta que la quiere y berla desea y lo es

»JULIA MATEOS.

»muchos recados para quien pregunte por mí no siendo quien ustez save las señas para contestar son

sala 10 N.º 14.»

Ni una palabra para él.

Entonces, sí; es que todo había concluído.

Y salió de aquella casa jurándose interiormente no volverla á honrar más con las suelas de sus zapatos.

Iba por la calle con la cabeza baja, en la actitud que conviene á todo animal que ha sido expulsado á pescozones y á puntapiés de un sitio cualquiera. Pensando en dos cosas imponderables de enormidad: en su desgracia y en la perversión de Julia. Pensando también en otra cosa

imponderable, propuesto como estaba á remover montañas: en su miseria.

Y se paró de pronto en el camino que automáticamente seguía, al recuerdo del practicante aquél que lo había sustituido en sus autores con Julia.

—¡Rameral

No había de ser.

Llevaba en el bolsillo una navaja, y en el pecho lo que deben llevar todos los hombres.

No había de ser. Ni practicante, ni no practicante. Él solo.

—¡Grandísima ramera!

¿Es, por ventura, que esa gran bestia de Julia, eso, la *Gallega*, la grandísima bestia, había soñado un solo instante en que porque él era un señorito, sus amores habían de ser tan inofensivos como las relaciones de las plantas ó de los tontos? ¡Un lila, un manojito de lilas! ¿Y que porque lo había conocido en mitad del santo arroyo, sus amores habían de terminar en el fango?

¡Ramera otra vez, hasta que le doliera la boca de decírselo á voz en grito!

Necesitaba saber cómo se llamaba aquel practicante. A toda costa lo necesitaba saber. Ya sabría meterle el resuello para dentro.

No, no podían ser completamente inofensivos

aquellos sus únicos amores. Le quemaba la sangre en las venas. Notó que había en su naturaleza algo de toro, y que tenía en el pecho energías suficientes para herir sin miedo.

—¿Que hay quien me provoca? Pues peor para los dos, ¡porque yo arremeto!

Y desandando lo andado, volvió hacia la calle de las Minas, propuesto por todos los medios á averiguar el nombre ó las señas del nuevo amante de Julia, de aquel ladrón que hacía el daño por el solo gusto de ser nocivo; de aquel hombre que le había dejado en hueco el pecho, ¡á él, un desconocido! —arrancándole las entrañas.

Dejó de ser manso, y tuvo desde aquel instante la naturaleza un poco trágica del padre, de aquel beato á quien le sentaría tan bien el casco y la armadura...

*
* *

Mientras tanto, Paquita se moría por haber sido buena, en pago de heroísmo, sobre su lecho sin colchones, y moría sin ácidos, sin toques, *sin boticas*, abandonada completamente á la fuerza medicatriz de su naturaleza tísica, por la incurable ceguera de aquellos padres rutinarios.

Se moría sin haber conocido el placer, ni los placeres, ni la vida. Tan absurdamente como se

muere un niño, porque cabe preguntar del niño y de Lolita; pero entonces, ¿para qué han nacido?

¡Ah! debería haberse muerto la niña más pronto, ¡por caridad! ¡por clemencial—y hasta por dignidad humana.

Seis meses de enfermedad, y en la cama, ¡Dios mío! ¡qué energías para el martirio! Y los recursos de la casa que se agotan, andrajo por andrajo; y el padre que cada día reza más y se agita por la calle menos (el único medio de llevar pan á aquella casa castigada); y los hermanos envueltos hasta los ojos en espesas túnicas de indiferencia; y la muerte, la misma muerte, un espectro con más fuerzas en los brazos que la que mantiene á los astros suspendidos en el firmamento, arrancándole á la mártir un pedazo de vida por cada visita,—y había períodos de hasta tres y cuatro visitas diarias; y los pulmones que se echan por la boca en abundantes expectoraciones purulentas; y la tos, que parece que va á desgarrar el pecho; y el corazón, que se hipertrofia y que amenaza invadirlo todo; y los dolores lacerantes en la cabeza; y la impotencia, y el insomnio, y el sudor frío por las mañanas... ¡ah, que hasta por dignidad humana debía la pobre niña haberse muerto más pronto, y no ofrecer el espectáculo repugnante de una agonía que se

prolonga seis meses, sin llegar á su término nunca, pringosa de expectoraciones y de lágrimas!

Pero se llegó á más, se llegó á más en aquella casa. ¿Eh?—no cabía duda; Dios había arrugado el entrecejo.—Se llegó á no comer por falta absoluta de recursos. Un día, dos y tres, medio panecillo por barba, y un vaso de agua luego para que la digestión sea más pronta.

Eran esós los días malos en que don Francisco se olvidaba del rezo para lanzar berridos de animal apaleado desde todas las habitaciones de la casa, y en los que doña Dolores, de natural más manso, se olvidaba también de Dios y de las oraciones que diariamente le consagraba, para gastarse la vida en un ejercicio cuyo monótono procedimiento consistía en lloriquear por todos los rincones, poniendo especial cuidado en no ser sorprendida en flagrante delito, con las lágrimas en los ojos.

Hubieran podido los dos, élla y él, decir á coro, con el acento imperativo de lo infalible:—*¡por mis culpas, por mis grandísimas culpas!*

Eran esos días sin pan, esas noches sin sueño, las razones específicas que alegaba don Francisco para justificarse del espantoso abandono en que tenía á su hijo Evaristo.—No podía estar en todo...—tenía la cabeza entontecida de tanto gol-

pazo como había recibido en ella...—Y aquel hijo suyo era de la misma piel del demonio...

De la misma piel del demonio. Una noche entró Evaristo precipitadamente en su casa. Tan temprano era, que su madre se alarmó, creyendo que le había pasado alguna desgracia.—¿Qué tienes? ¿Vienes malo?—pero no, no era nada; es que en la calle se aburría y venía á acostarse.—¿Y tú, cómo estás?—le dijo á su hermana con el acento más natural que pudo.—Pero estaba jadeante, como un hombre que viniera de correr hasta quedar rendido. Y con los vestidos desgarrados, como si acabara de sostener una lucha.—¡Ah! sí, tú estás malo, á tí te ha pasado algo. Mira cómo vienes...

Se miró, en efecto, y el espectáculo de su estado y el descubrimiento de una mancha de sangre en uno de los puños de la camisa, lo derribó sobre una silla con la violencia de un testarazo en la nuca. Pero no hay que apurarse. Ni viene herido ni ha herido á nadie. Es simplemente que ha servido de mediador entre dos hombres que estaban peleándose. Y ha huído después para que la curia no lo maree con declaraciones... Por eso está fatigado...

Se hizo un silencio. Paquita miraba á su hermano con unos ojos abiertos que daba horror...

—¿Y papá?—interrogó Evaristo con indiferencia.

Sonó con ímpetu la campanilla de la puerta.

—En el comedor, rezando. Pero, ¿quién llamará á estas horas?

Ya no fué dueño de contenerse más tiempo; intensamente pálido, las facciones desencajadas, la boca seca, manchada por una especie de pasta blanca en la comisura de los labios...

—Vienen por mí y es inútil que lo oculte por más tiempo. Acabo de matar á un hombre.

Quiso meterse debajo de la cama de su hermana. Pero en aquel momento entraba su padre en la habitación seguido de dos guardias que preguntaban por Evaristo Fernández, y daban las señas del desventurado, llamándole asesino.

Mientras que el padre, con una expresión de gozo satánico en la mirada y en la palabra...

—¡Oh! sí, sí; no vienen ustedes equivocados. Aquí os lo entrego.

Y cogiendo á su hijo por un brazo, lo abandonó á las brutalidades de aquella extravagante justicia que usaba sable y revólver, como agitándose en un mundo poblado de asesinos.

—Es mi hijo; pero también reniego de él, como renegué de su hermana. Aquí os lo entrego.

No opuso ninguna resistencia el joven á ser

prendido. O rencoroso ó estúpido, salió de aquella habitación, en que dejaba á una hermana moribunda, sin despedirse de élla ni de su madre, y ya en el corredor, ofreció él mismo sus brazos á los guardias para que se los ataran. Y viendo cómo el padre quería prolongar su gozo monstruoso hasta la misma puerta, se paró un instante, y mirándolo con saña, con expresión de espantoso odio á la cara...

—¡Infame! ¡Judas! ¡Judas no era el padre de Jesucristo!

Se levantó el cuello de la cazadora como si le entrara frío, y con la voz temblando...

—Señores, estoy á vuestras órdenes.

Bajó con paso firme la escalera, y ya en la calle, se lo tragó la sombra hasta ocultarlo por completo.

Fué el hundimiento en la sombra de que hablan los libros de devoción.—Al otro lado de la ley escrita, está el infierno.

*
* *

La niña se muere, la niña se muere irremisiblemente antes de que sea de noche. Va á descansar.—¡Ah! ¡Por fin!

Pero se va del mundo como arrojada, como

expulsada; y el incidente doloroso de la víspera, aquella tétrica confesión de su hermano: «madre, yo he matado, yo soy un asesino»... y la vileza inconcebible del padre entregando al hijo de su carne y de sus huesos á los seides de la autoridad, sin intentar siquiera defenderlo con todo su cuerpo,—un instinto que ella misma había experimentado desde el lecho en que agonizaba,—y el modo brutal con que los agentes lo ataron (lo había sentido, lo había notado, y para ella como si lo hubiera visto, dada la extraordinaria excitabilidad de sus nervios); todo eso, y lo otro, y cuanto la rodeaba, aquella cama, las fricciones de manteca batida sobre el vientre por todo medicamento, la alimentación grosera para su estómago destrozado de enferma, la echaba, la empujaba materialmente fuera de la vida.

La niña se muere, la niña se muere irremisiblemente.

Le sobrevino un síncope cuando sintió que se llevaban á su hermano. Volvió de él, pero para caer en otro.

Y sólo entonces, á presencia de la misma muerte, fué cuando el padre se decidió á llamar á un médico.

Al médico de la Casa de Socorro. De un momento á otro se le podía quedar á la madre la

niña entre las manos, y él ya sabía que suelen molestar mucho los Juzgados cuando los enfermos se mueren sin certificado facultativo.

Dando tumbos como un ebrio salió á la calle. Él era fuerte, pero no era hombre para tanto.

Notó en las sienes como si las llevara ceñidas por un anillo de hierro sumamente estrecho.

Pensó en Evaristo, y sintió rabia. En Lolita, y se horrorizó de lo que podía sucederle.

Lo que le había ocurrido á Evaristo la noche antes, no era lo que menos le preocupaba, aunque quisiera dar á entender otra cosa. ¡La perdición, Dios mío, la perdición más completa, y quizás el palo! Apresuró el paso.

No tuvo necesidad el médico de interrogar á la enferma, de reconocerla, para formular desde el primer instante un diagnóstico cerrado. Había tuberculosis pulmonar complicada con hipertrofia del corazón. Lo llamaban para que prestara auxilios en la agonía del tercer período. La muerte.

Tratamiento facultativo, ¿para qué? ¿Ha averiguado nadie el medio de hacer revivir al cadáver?

No era una enferma; era una muerta. El médico no tenía nada que hacer allí. Un cura, si la enferma era católica, era lo que estaba haciendo falta desde hacía un buen rato.

Pero como la madre le pidiera por caridad al médico que recetara á la moribunda algo que le permitiera morir mejor, que no fuera la muerte por asfixia, que es lo que estaba indicado, el médico prescribió las inhalaciones de ázoe como lo más conveniente para ese objeto...

—No morirá ahogada, cuando menos,—fueron sus palabras.

Don Francisco estaba abatido, con la cabeza oculta entre las manos; doña Dolores, sobreponiéndose á su intensísima pena, se veía forzada á hacer de padre y de madre al mismo tiempo, á transformarse en el ser más fuerte, á ser el varón en aquellas circunstancias.

Preguntó con timidez, dominando su emoción:

—¿Muy caras?

—¿Las inhalaciones?

—Sí; lo que le ha recetado usted á la niña.

Entonces el médico, con verdadera brutalidad (el aspecto de sordidez de aquella alcoba le quitaba el derecho de ser un bruto)...

—Muy caras. Sólo el aparato les ha de costar á ustedes doce duros, cuando menos.

Dominó doña Dolores su espanto por lo crecido de la suma.

Y siguió preguntando, lívida, demacrada, como un muerto que fuera capaz de la palabra.

—¿Y hay que meterle á ese aparato algunas medicinas dentro?

—Todas las que son precisas para la obtención del ázoe.

—¿Muy caras también?—con voz que casi no se oía.

—El total pueden contar ustedes con que no bajará de treinta duros.

Levantó don Francisco la cabeza como animado por una gran determinación repentina.

Y dirigiéndose al médico:

—¿Usted está seguro de que con esas inhalaciones no se morirá mi hija ahogada?

Tuvo por respuesta:

—Soy médico, señor. Vivo de tener esa clase de seguridades.

Entonces se dirigió á su mujer:

—Tú te encargas de que la portera vaya á encargar Su Divina Majestad á la iglesia de la Encarnación. Yo voy á buscar treinta duros para que mi hija no se ahogue.

Y se lanzó á la calle sin despedirse de nadie.

V.

Echó á correr precipitadamente calle arriba con el mismo atolondramiento vertiginoso de un animal perseguido.

—¿A dónde ir?

Se hizo esta pregunta con verdadera angustia. Y como contestación, después de haber hecho desfilas ante sus ojos los pocos hombres á quienes para designarlos de alguna manera llamaba amigos, y de analizarlos uno á uno con trabajo escrupuloso de lente, formuló esta conclusión:

—¡Ni uno sólo vendría en mi ayuda!

Entonces, como último recurso, pensó en sus hijos.

¡Ah! bien sabía Dios que no hubiese querido molestarlos! ¿pero qué hacer, Señor, qué otro remedio le quedaba sino recurrir á ellos?

Buscó en su fatigado cerebro argumentos que le convenciesen de esta verdad.

—Supongamos,—se dijo,—que he caído en un

precipicio situado en solitario camino, no cruzado jamás por planta humana... algo así como el desierto. Supongamos que grito, que pido socorro, y nadie viene en mi ayuda, ¡ay! que mi voz se pierde en la inconmensurable extensión del espacio... Y supongamos que casualmente, quizás por designio divino, pasan mis hijos por el lugar de mi tormento, ¿y no he de llamarlos para que vengan en mi ayuda y me saquen del abismo? ¿Es eso posible? Pues bien: hé aquí que la comparación que he establecido, no es exagerada ni mucho menos; hé aquí que me encuentro en el desierto, abandonado de todos, y que no me queda otro recurso que llamar, desde el fondo de este abismo, donde me hallo sepultado, al primer caminante que pase y pedirle la mano, y asirme de ella para poder salir á la superficie. ¿Y quiénes son esos caminantes, quiénes pueden ser, no teniendo amigos, sino mis hijos?

Pero á pesar de sus razonamientos continuaba dudando, y completamente olvidado de conveniencias sociales, en plena vida imaginativa, exclamó en voz alta, encarándose con un transeunte:

—¿Nazario? ¿Paquito?

Y después de unos momentos de reflexión:

—¡Ah, no! ninguno de los dos, ni el uno ni el

otro; ninguno de los dos es capaz de venir en mi ayuda; los dos me dejarían morir...

Era horrible formular semejante acusación, pero tenía pruebas, pruebas irrecusables, para pensar de aquella manera, para creer en semejante infamia... Nazario, por egoísta, por no-preocuparse de nada ni de nadie, de nadie más que de él...—Paquito... á Paquito no se atrevía á juzgarlo. ¡Ah! pero á aquel joven, enamorado del cielo, le preocupaban poco las cosas de la tierra. Sí; aquel joven, que iba para santo, tenía el cruel indiferentismo de los seres que se creen justos; no se le importaba nada de nada, atento sólo á la idea de Dios.

Pero, en fin, ¡qué remedio!—le era absolutamente preciso, puesto que no le quedaba recurso, recurrir á sus hijos, aun á riesgo de ser desatendido. Después de todo, él era un hombre que se humillaba, pero era un hombre que se humillaba por la vida de su hija, ¡lo más sagrado para un padre!

¡Ah, mi pobre Paquita! Y además,—reapareció bruscamente su egoísmo,—que Paquita le era absolutamente necesaria; porque, ¿qué sería de él, Dios mío, sin aquella hija que era el sostén de su casa?

Se decidió, pues.

Primero iría á ver á Nazario, y después á Paquito; y si ni uno ni otro, como era lo más probable, le atendían, entonces que Dios viniese en su ayuda, porque él no se sentía con fuerzas para más.

Llevaba en la mano y estrujaba maquinalmente la receta que extendiera poco antes el médico de la Casa de Socorro, aquel papel que significaba,—al menos él lo creía así, en su fe bárbara de hombre desesperado,—aquel papel que significaba la vida de su hija.

—Le entregaré la receta á Nazario, y así verá que no le molesto por mí, sino por su desgraciada hermana.

Apresuró el paso; era preciso llevar cuanto antes á Paquita,—así lo había mandado el médico—aquella medicina. Si no, corría el riesgo de encontrar á su hija muerta cuando regresase á su casa.

—¡Dios mío, lo que me reservabas para la vejez! Sintió crecer su angustia; quitóse el sombrero y se pasó la mano por la frente inundada de sudor.

—Creo que voy á ponerme malo.

Entonces su egoismo reapareció potente. No era práctico exagerar el dolor de aquella manera, porque en resumidas cuentas no se alcanzaba nada. ¿Acaso su hija volvería á la vida, recobra-

ría la salud por mucho que él llorase? Ciertamente que no. ¡Pues entonces!...

Y pensó que si Paquita se moría, era porque Dios lo habría dispuesto así, y que era una insensatez no acatar resignado la voluntad del Señor...

Pero no se dió por convencido con este argumento; no por eso cedió su dolor, y con los puños cerrados, en tono amenazador, más bien como el que protesta que como el que consiente:

—¡Cúmplase, pues, la voluntad de Dios!

Luchaban en su cerebro á brazo partido, con tenacidad de bestias, sus mojigaterías de beato, de hombre católico, y el amor á su hija. ¡Dos poderosos sentimientos!

—Sí, Dios mío; pero á pesar de tu voluntad, para mí siempre tan sagrada, yo no quiero que Paquita, yo no quiero que mi hija se muera... ¡Ah, Señor, tened piedad, tened compasión de mí!...

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y como advirtiese que algún transeunte detenía su marcha para mirarlo curiosamente:

—¿De qué os admiráis? ¡Soy un padre que llora!

Pero pronto su entereza vino á tierra, y el hombre fué anulado nuevamente por el beato.

—¡Sea lo que Dios quiera!

Y creyéndose poco menos que en pecado mortal por haber antepuesto en un momento de desvarío su voluntad, el deseo de que su hija no muriese, á la voluntad y el deseo de Dios, que sin duda alguna había dispuesto lo contrario, se persignó devotamente mientras sus labios murmuraban una oración.

¡Pero aquel hombre era peor que una fiera; aquel hombre recordaba la odiosa figura de Abraham, sacrificando á su hijo á la cólera implacable de Jehová!

Y después de haber votado *in mente* la muerte de su hija, suspiró con satisfacción, libre su conciencia de un gran peso. Si Paquita se moría, no era por falta de medicinas, era porque el Señor lo había dispuesto así. Y quedó tranquilo después de haber cargado la responsabilidad de un delito, la muerte del ser humano, sobre el Dios de la misericordia, sobre Aquél que todo lo perdona...

Tuvo tentaciones de volver pies atrás y encaminarse á su casa. Pero temía la cólera de su mujer, temía que ésta se sintiese alguna vez madre;—¡ah! la cólera de esos seres chiquitos, tan cortos de estatura como de voluntad, deben ser terribles!—y no estaba él para sufrir recriminaciones, no se sentía con fuerzas para escuchar los

agravios de nadie sin acometer inmediatamente.

Sí, lo confesaba francamente, tenía miedo de volver á su casa, prefería á su hogar la libertad de la calle.

—¡Su hogar!—sonrió el mísero.—¡Ah, su hogar estaba maldito de Dios, y la gente honrada debía huir de él como de un sitio infestado!

Sí; aquella casa, la suya, estaba maldita de Dios. Sólo así podían explicarse sus desgracias.

El crimen de Lola y el de Evaristo, el egoísmo de Nazario y de Paquito... todo estaba explicado. Era indudable que una fatalidad ciega, pero inteligente, lo perseguía...

Sintió crecer su miedo; decididamente dejaría de ir á ver á Nazario y á Paquito, pero no por eso se marcharía á su casa; era mejor, más cómodo, vagar por las calles, pasear al aire libre sus preocupaciones de hombre desesperado.

—¡Y mientras tanto, Paquita se moría sola! ¡Ah, Dios mío! ¿qué hacer?

Nuevamente el egoísta se sobrepuso al hombre.

—¡Pero es que yo no tengo fuerzas para asistir á la agonía de mi hija; es que yo no me siento capaz de ser espectador, de ser curioso de la catástrofe!... ¡Ah, no, y cien veces no! ¿Que es un consuelo para la tribulación del padre que pierde á su hija, recoger el *último aliento* de ésta?—has-

ta hay una frase hecha para expresar semejante herejía: pues bien; él protestaba de semejante simpleza.

No, no es un consuelo asistir á la lucha entre la vida y la muerte de un ser querido, sabiendo que la muerte será la vencedora; no es un consuelo ver cómo se cierran los ojos que antes os miraban; ver cómo el cuerpo se paraliza y queda inerte, y la boca que antes os hablaba y os sonreía, aquella boca que habíais besado tanto, se contrae nerviosamente, con espantoso esfuerzo; no es un consuelo ver cómo la materia se descompone, cómo el cuerpo muere, cómo el organismo se deshace... ¡Ah! Y el espíritu, el alma, ¡sin parecer! siempre invisible, ¡hasta en el último supremo instantel!

Y Paquita moriría sola. Al lado de su potro de tormento no tendría más acompañantes que su madre. Nazario emancipado, con hogar y familia nueva; Paquito, emancipado también, teniendo por hogar la casa de Dios; Lola, errante, quizás en la mancebía; Evaristo, preso; su padre, fugitivo... ¡Ay, qué triste muerte la de la hija de su alma!

Inconscientemente dirigió sus pasos hacia la calle de Santiago, donde se agolpaba con curiosidad la gente como á presencia de algún espectáculo.

Quedó desagradablemente sorprendido. Frente á una lujosa casa se hallaba parado un magnífico carro fúnebre, un coche de gran gala, rodeado de abigarradísima multitud que lo contemplaba con la boca abierta.

Él también, cediendo al influjo de los otros, llegó hasta allí, mirando como un estúpido al cochero, un hombrecillo grave que contemplaba con aire digno á la concurrencia, mientras los lacayos, dos muchachones rollizos, dirigían con satisfacción sus ojos á los balcones, chispeantes de tantas caras bonitas como aparecían en ellos.

En los grupos acampados en las aceras y en el arroyo, se comentaba el triste suceso entre risas y bromas.

Hacia un día magnífico, un soberbio día de primavera. Daban ganas de entonar un himno á la vida al mirar al cielo, viéndolo tan azul...

—¡Ah!—pensó don Francisco,—¡qué horrible debe ser morir en un día como éste!

Poco á poco ibanse aumentando los grupos de la calle. Un sentimiento banal de compasión animaba á la muchedumbre, impresionada superficialmente, por instinto, ante aquella desgracia.

Había también, ¡oh, la gran estupidez humana! quien sentía envidia del difunto, considerando que ni él ni ninguno de los presentes tendría un

entierro tan lujoso, ni sería conducido á la última morada en coche de seis caballos, la gran preocupación de todos los papanatas. Cuando les llegase su hora serían arrastrados de mala manera por un mal caballejo uncido á un horrible coche con apariencias de carreta. Y eso, si Dios quería, que si no .. ¡al hombro entre cuatro amigos! ¡Y á la fosa común con la repugnante carga!

De pronto, todas las miradas dirigieronse hacia la casa; quedaron interrumpidos los coloquios, y un suspiro de satisfacción hinchó los pulmones de la muchedumbre.

—¡Ya bajan al muerto!

Dos hombres vestidos de negro bajaron la caja y la depositaron en el carro. La comitiva organizóse después.

A pie, presidiendo el duelo, marchaba un viejo militar, con el pecho lleno de condecoraciones, de las que el sol arrancaba brillantes reflejos, acompañado de un sacerdote elegantemente vestido, con aire de petimetre, que lanzaba miradas de soslayo á las mujeres cuando sus ojos dejaban de fijarse en la tierra. Seguía detrás, en correcta formación, larga hilera de coches, ocupados por los numerosos amigos del difunto, que tras su aspecto grave de hombres afligidos, ocultaban su indiferencia de escépticos.

Desde los balcones contaban el número de coches que seguían al carro fúnebre ¡Ah! no eran pocos. Un buen número. Ochenta y ocho. ¡Los anteojos de Mahoma!

Poco á poco disolviéronse los grupos, los vecinos fueron retirándose de los balcones, y la calle tornó á recobrar su aspecto tranquilo de ordinario, interrumpido momentáneamente por la algarazara con que los vivos celebran los festivales de los muertos.

También don Francisco abandonó aquel lugar de tristeza, aplanado por el peso de sus preocupaciones, vacilando aún, sin decidirse á tomar una resolución cualquiera, á abordar de frente el problema, á resolverlo.

Pero por fin se decidió.

¡Iría á ver á Nazario! ¡Él no quería que su hija fuese llevada en el carro de los muertos; él no quería que su hija muriese! ¿Y cómo impedirlo? De la única manera lógica: combatiendo su enfermedad por los medios que recomienda la ciencia, oponiendo á las astucias del mal las poderosas experiencias de la medicina.

Si se cruzaba de brazos y se encogía de hombros ante la catástrofe, sería arrollado por ella. Era necesario luchar á brazo partido con la enfermedad, con la muerte, hasta lograr tumbar á

ambas en el suelo y conseguir la victoria... ¡Iría á ver á Nazario!

Y animado por locas ideas de esperanza, irguió su alto cuerpo abatido por los años y por la desgracia, compuso el desorden de su traje, y apresuró alegremente el paso, sonriente, humanizada su cara de beato por la franca alegría del hombre despreocupado que piensa poco en Dios,—ni en Dios ni en el cielo.

Sin embargo, no dejó de enlazar sus esperanzas á la idea de la divinidad, y mecánicamente solicitó para su empresa el amparo de lo alto...

—¡Señor, venid en mi ayuda!



Anduvo rondando como una bestia recelosa por los alrededores de la casa de Nazario, sin atreverse á entrar, sintiendo cómo sus desconfianzas tomaban nuevamente cuerpo en el cerebro. Pero por fin, en un acceso de cólera, se decidió, considerando que eran estúpidos sus temores de ser mal recibido, de que su hijo le pusiese mala cara...

Abrió la puerta resueltamente, y encarándose con Roque, que se paseaba tranquilo detrás del mostrador sin echar de menos, en su embruteci-

miento de hortera criado en las estrecheces de las trastiendas, la libertad de la calle...

—¿Y el amo?

Pero Roque no le había reconocido.

—¿Desea usted algo?—y fijándose entonces en don Francisco:—¡Ah! ¿Es usted? Pues el amo está arriba. Si quiere usted que le avise...

—Sí; díle que baje enseguida.

Quedó solo en la tienda, habiendo quedado reducida á Roque toda la antigua dependencia. Inconscientemente cogió una silla y se sentó, mientras sus ojos se fijaban distraídos en los maniqués que llenaban el establecimiento, vestidos con trajes imposibles de paños groseros, que semejaban, vistos de lejos, horribles figuras de feria.

De pronto se levantó y se apretó fuertemente la cabeza, como queriendo aplastar una idea.

—¡Ah, no; eso no!

¡Dios mío, lo que había pensado! Saltar por encima del mostrador, abrir el cajón, forzarlo si estuviese echada la llave, coger el dinero que hubiese en las esportillas, y huir, huir precipitadamente, como un ladrón, como lo que era, perseguido por una jauría de polizontes...

Después de todo, aquella idea no era tan insensata como parecía; era el medio mejor, el más

cómodo y el más rápido de obtener dinero. Pero temía las consecuencias del hecho, sentía las repugnancias del hombre honrado al verse cara á cara con el delito; notábase poco criminal...

Y luego las consecuencias. Nazario, y su mujer, y Roque, y hasta el niño, aquel mamón de nueve meses, agolpados á la puerta de la tienda, gritando como energúmenos: «¡al ladrón! ¡al ladrón!» la mano del polizonte que se aferra brutalmente á su brazo como una ligadura; el despojo de la cantidad robada con tanto trabajo; el doloroso *vía crucis* hasta la Prevención, expuesto á las miradas cruelmente curiosas de la multitud expuesto á sus insultos. «Miren el viejo, las mañas *que se trae* á sus años...»

Y ni una voz que surgiese de aquel montón de miserables, para disculparle; ni una voz que vibrara indignada: «es un pobre hombre que ha robado por su hija.» Y luego la declaración de Nazario: «Este miserable no es mi padre; yo soy un hombre honrado; yo no puedo ser hijo de semejante monstruo...»

Volvió á sentarse lanzando una mirada de impotente rabia al cajón.

—¡Si no fuera porque soy un hombre honrado!

Sintió crujir la escalera que ponía en comuni-

cación la tienda con el tabuco que ocupaban Nazario y su mujer; sintió la voz de éste...

—Ahí está... ¡Valor!

Se puso en pie; se desabrochó el gabán; creía ahogarse.

—¡Ah!—¿es usted?—exclamó Nazario.

Y se saludaron los dos friamente, con un apretón de mano, mirándose á la cara con fijeza, estudiándose...

—¿Qué hay del traspaso de la tienda?

Quería don Francisco halagar á su hijo hablándole de sus intereses, postergando hasta el último momento el asunto que lo llevaba á aquella casa: la petición del dinero...

—¿El traspaso de la tienda?—gruñó Nazario.

—¡No me hable usted de eso!

Y luego, en voz baja, advertido de la presencia de Roque:

—¡Ah, estos comerciantes son unos cochinos; abusan de las prisas de uno!... ¡Una tienda como esta, que es una mina de oro!... ¡Quieren robarme, quieren llevársela por dos cuartos; pero antes la quemo que consentir tal cosa!

Y bajando aún más la voz, rozando su boca en las orejas del padre, continuó sus confidencias, algo alterado su acento por la indignación:

—Sí; aquella tienda era una mina de oro, una

mina inacabable. Aquel tenducho, con sus paredes llorosas, tan bajo de techos que había necesidad de entrar en él con la cabeza inclinada, era el establecimiento de su género más acreditado en el barrio, con *parroquia* más numerosa y más sana, es decir, más dócil, más fácil de ser explotada.

¡Aquél establecimiento malbaratado por cuatro cuartos!...

Y con un grito, que era más bien un alarido, un alarido de animal á quien arrancan la presa de los dientes:

—¡Una casa fundada el año 52!

Y luego, la ganancia que significaba el tal almacén, administrado por un hombre de experiencia en el comercio, por un hombre que supiera por dónde se andaba. «El desperdicio de las fábricas de Cataluña, adquirido por poco más que nada... las obreras puestas á jornal, vigiladas constantemente, sin permitirles un momento de descanso... los botones, todas las menudencias, compradas de desecho... ¡Ah, una minal!»

Don Francisco le dejaba hablar sin interrumpirle, algo excitado quizás por el despojo de que querían hacer víctima á su hijo.

—Y si es un negocio tan seguro, ¿por qué traspasarla?

—¡Ah! porque tengo otro negocio mejor, porque tengo aquí,—y se dió una palmada en la frente,—una idea soberbia, para hacer cuadruplicar mi capital en poco tiempo... Ya verá usted, ya verá usted.

Entonces don Francisco, realmente interesado por las palabras de su hijo, le interrogó curiosamente:

—¿Y se puede saber qué negocio es ese?

Nazario sonrió.

—No tengo por qué ocultárselo á usted, á usted ni á nadie. Es un negocio muy explotado, pero que todavía produce; estaba por decir que produciría siempre.

Y sonriéndose, completamente satisfecho de su idea:

—¡Dar dinero á rédito!—Y luego, interrumpiéndose...—¡pero recuerdo ahora que se lo tengo dicho á usted hace mucho tiempo!

Don Francisco aprobó.

—Sí; y no me parece malo el negocio;—se atrevió á aconsejarle:—¡pero ten cuidado, se dan muchos micos!

Volvió á sonreír Nazario.

—¡Ah! no se apure usted por eso; dinero que yo entregue ha de ser con garantías, con garantías seguras, de esas que no ofrecen dudas.

—Siendo así... pero de todos modos, ¡mucho ojo!

Y resumió su pensamiento con esta frase:

—Al más listo se la pegan.

Agotado el tema de la conversación, ambos guardaron silencio por breves momentos. Por fin, don Francisco se decidió á hablar.

—No me has preguntado por la familia.

—Tiene usted razón,—contestó jovialmente Nazario.—Todos buenos, ¿verdad? ¿Paquita, mejor?

Entonces don Francisco comprendió que había llegado la hora de entrar en batalla.

—No... desgraciadamente no. Paquita continúa enferma... Venía á eso, á avisarte que tu hermana se muere, que está desahuciada por el médico...

Nazario le escuchaba impasible, aunque en realidad algo irritado, porque, ¿á qué venía darle esa noticia? ¿A qué darle cuenta de un suceso tan poco agradable?

—¡Bah! ¡Exageraciones!

—No; no lo creas,—insistió don Francisco en tono quejumbón,—está muy mala. Si la vieras... no es ni sombra de lo que ha sido... ¡aquella mujerona! Y su madre, y yo, todos estamos enfermos; porque calcula, porque considera nuestra situa-

ción; sin dinero, sin recursos de ninguna especie, sin una prenda que llevar á la casa de préstamos para atender con su importe á las necesidades de la casa y á las necesidades de la enferma, tan apremiantes unas y otras... Yo no se qué me voy á hacer, porque mira, yo ya soy un viejo, tengo cerca de setenta años, y un hombre de mi edad no sirve para nada... Ya no tengo ni energías ni fuerzas para la lucha de la vida; soy un combatiente ridículo, un combatiente sin sangre ni músculos...

Y dulcificando su voz de viejo marrullero, con expresión hipócrita de mansedumbre en el rostro:

—¡Dios mío, qué sería de mí, si no contase con la ayuda de mis hijos!

Y como Nazario le escuchase distraído, sin dignarse contestarle:

—Mira: aquí tengo la última receta del medico... ¡La pobre enferma aún está esperando la medicina!

Alargó el papel á su hijo. Pero Nazario continuó con las manos metidas en los bolsillos, indiferente á la actitud del padre.

—Esta medicina,—continuó el mismo,—significa la vida de tu hermana, y mira si soy desgraciado, que no puedo llevársela, que no puedo dar

nuevamente vida á mi hija... Y luego, si yo fuese un hombre como lo son otros, uno de esos hombres que no se preocupan de nada... Pero yo no; yo sé cuáles son mis deberes, y trato de cumplirlos... Yo no puedo presentar mi dimisión de padre; yo no puedo desprenderme de mi paternidad, y tirarla á la calle como si fuese un harapo... yo no puedo hacer lo que hacen otros...

Se levantó maquinalmente de la silla, y recorrió á grandes pasos la tienda, volviendo á sentarse después automáticamente para continuar su interrumpida oración.

—¡Ah, y si vieras!... Hemos llegado á las últimas,—permíteme que insista en esto,—no tenemos ni una prenda, ni un mueble que empeñar. Y no sólo eso, no es sólo que la enferma padece hambre y que se muere abandonada, sin medicinas y sin médico, es que está expuesta á sucumbir en el arroyo porque estamos echados de la casa, porque dentro de poco no tendremos más vivienda que la calle...

Daba horror oírlo; daba horror ver con qué facilidad salía de su boca la queja, con qué facilidad y con qué abundancia.

—Y para resolver esta situación desesperada; para dar pan y medicinas al enfermo; para continuar prestándole albergue, yo no cuento más

que con vosotros, con ustedes dos, contigo y con Paquito... Porque yo ya no sirvo para nada, como te he dicho anteriormente; hartó he trabajado en mis sesenta y ocho años hasta ponerlos en disposición de que os podáis ganar la vida... ¡Yo no sirvo ya para nada!

Y abatió su cabeza cana, y extendió sus manos temblorosas hacia Nazario.

—¡Pero ustedes, hijos míos, vendrán en ayuda de este pobre viejo!

¿A qué insistir más? ¿No estaba suficientemente hecho el proceso de sus desgracias? ¡Pero, Dios mío, es que Nazario continúa impassible en su silla, con las piernas extendidas, sin conmovirse, sin hablar palabra, exactamente igual que si no hubiese oído la larga queja de su padre!

Entonces don Francisco se levantó de su asiento, y encarándose brutalmente con su hijo, agarrándolo por los brazos:

—¿No me contestas?

También se levantó Nazario, también miró á su padre resueltamente.

—¿Y qué quiere usted que le diga?

—¡Pero entonces,—exclamó con tono indefinible don Francisco,—es que no me has escuchado, es que no me has oído que tu hermanal..

Nazario le interrumpió:

—Lo he oído todo, pero es que yo no tengo el deber de atender á las necesidades de mi hermana, mientras ésta tenga padre... es que yo también tengo obligaciones; es que yo también tengo familia...

Soltóle el padre de los brazos y lo empujó brutalmente, sin proferir palabra. Luego, dirigióse resueltamente á la puerta, erguido, derecho, sublimado y rejuvenecido por la indignación:

—¿Es que no ofrezco suficientes garantías para que me hagas un préstamo?

Nazario no le contestó, apretando fuertemente los puños.

Entonces don Francisco soltó el picaporte de la puerta, y encarándose nuevamente con su hijo:

—¡Usurero!

Nazario, muy pálido, adelantóse hacia su padre en actitud resuelta:

—No me provoque usted; no olvide usted que está en mi casa.

Pero don Francisco se echó á reir.

—¡Canalla!

Y sintiendo que su cólera y sus energías se agotaban, dirigióse de nuevo á la puerta, lanzando á su hijo una última mirada de desprecio.

—¡Canalla!

Y cerró violentamente la puerta tras de sí, haciendo saltar los cristales, furioso y avergonzado, con la sangre agolpada á la cabeza, próximo á la convulsión.

*
* *

Ya en la calle, se sintió más sereno. Maquinalmente quitóse el sombrero; tenía necesidad de refrescar su cabeza. Y cuando estuvo calmado, calmado en lo posible; cuando advirtió que la excitación de sus nervios iba disminuyendo, y ya razonaba, ya podía juzgar sin apasionamiento y sin cólera la conducta de su hijo, formuló esta acusación:

—¡Es un miserable!

No se satisfizo con calificar á Nazario de aquella manera; pero no encontraba palabras en su fatigado cerebro con que manchar cumplidamente el recuerdo de su hijo.

Poco á poco fué exaltándose de nuevo.

—Sí... que es un miserable, no me cabe duda; pero es algo más que eso, algo más que un miserable... ¡Ah! no encuentro, yo creo que no existe un calificativo suficientemente duro, suficientemente enérgico, que sea digno de su vileza... ¡Sí, hasta me parece que le honro al llamarlo miserable!

Paróse de pronto; apretó los puños:

—¡El miserable he sido yo, por no haberle golpeado!

¡Sí! era lo que debía haber hecho, sin duda alguna; cruzarle la cara, escupirle, lanzarle al rostro, en una saliba, todo su desprecio.

Por un momento tuvo tentaciones de volver á casa de Nazario y hacerle salir á la calle, por grado ó por fuerza, y una vez allí, delante de vecinos y curiosos, abofetearle.

—¡Tomal ¡por mal hijo!

Pero no, ya era tarde, eso debía haberlo hecho antes. Pero ¡palabra! que es que no se le había ocurrido, que no había dejado de hacerlo por cobardía... En aquellos momentos estaba algo loco, en aquellos momentos no era capaz de raciocinio; tenía, pues, disculpa su olvido.

Volvió á detener su marcha; volvió á apretar los puños furiosamente.

—¡Dios mío, si parecía mentira que hubiese sido tan insensato! Porque es lo lógico, lo que se le ocurre á cualquiera...

Y si no, ¿qué es lo que hubiese hecho él al ser insultado por alguien?

¡Devolver injuria por injuria, castigar al ofensor!...

Y su hijo,—¡no, me repugna llamarlo así!—¿y

Nazario, no le había insultado? ¡Claro que sí! Pues entonces, grandísimo cobarde, ¿por qué no le has devuelto el insulto, por qué no le has pegado? ¡Ah! si tal hubiese hecho, ¡qué tranquilo se sentiría en aquellos instantes, qué calmado!...

Poco á poco fué cediendo su cólera, dándole plaza á una gran tristeza...

—¡Dios mío, una nueva resta que efectuar en el número de mis hijos! Primero Lola, después Evaristo, ahora Nazario... ¡Tres hijos menos!

Y pensó que si Paquita se moría, como era lo más probable, se quedaba sin hijos; porque á Paquito, ¡un enamorado de Dios! tenía que conformarse con amarlo de lejos, y considerarlo como muerto, porque esos hijos que se hacen sacerdotes no aman más que al Padre Universal, embrutecidos con la idea de la perfección.

Sí, era su destino, estaba visto; era su destino morir solo, en el más horrible de todos los abandonos, sin familia y sin amigos, Job privilegiado, con el mundo por muladar.

—¡Tres hijos menos!—repitió la frase.—¡Ah! ¡cómo el tiempo, ese gran ladrón, le iba robando, al par que la vida, la vida de sus hijos!—Sí;—añadió con rencorosa rabia,—porque para mí, lo mismo que si hubiesen muerto...—Lola, Nazario, Evaristo, tres nombres que él resumía en uno

solo, para poder maldecir los tres al mismo tiempo; tres nombres que tenían para él el mismo valor que un cero á la izquierda al frente de una cantidad cualquiera...

De pronto, en su agitado cerebro fijóse una idea que poco á poco fué tomando cuerpo, hasta llegar á constituir su único pensamiento.

—Una vez echada la suerte, es estúpido retroceder,—se dijo.—Probemos fortuna de nuevo; Paquito no es como Nazario; Paquito me atenderá, ¡Dios mío! porque, ¿cómo me presento en esa casa, después de tantas horas de ausencia, sin llevar algún dinero?

¡Paquito lo atenderá! Sí, porque Paquito era el mejor de sus hijos, sin duda alguna; Paquito era incapaz de proceder de la manera misma que había procedido Nazario... ¡Paquito es un buen hijo!

Era su última esperanza que el presunto sacerdote lo atendiera; su última esperanza, y el misero se animaba, creyendo sentir bailar en los bolsillos de su largo gabán las monedas que le diera su hijo predilecto, aquellas monedas que significaban la vida de Paquita.

Se figuró su entrada en la Pensión de Jesuitas, donde vivía su hijo.

El portero que le recibe afablemente al saber

que es el padre de Paquito; la larga y ancha sala donde espera á su hijo, una vasta pieza amueblada con sencillez, muy obscura, alumbrada constantemente, de día y de noche, por la luz de un antiguo farol colgado en el centro de la pieza, y á cuyos pálidos reflejos se ven los lienzos de las paredes, de colores apagados, comidos por el tiempo.

En aquella sala hacía siempre frío, pero los Padres habían dispuesto que no se encendiese nunca lumbre, y los visitantes, embozados en sus capas, con las manos en los bolsillos, tiritando, completamente helados, prolongaban poco su visita, creyéndose poco menos que en la Siberia.

Pero aunque quisiesen, dominando su frío, permanecer más de algunos minutos en el locutorio, el reglamento de la casa, severo y terminante, había tasado el tiempo, prohibiendo las entrevistas largas, peligrosas siempre para los alumnos, y no siempre gratas de resistir para los profesores.

Era una desesperación; las madres de los educandos, apenas si tenían tiempo de besar á sus hijos, apenas si tenían tiempo para preguntarles cómo se encontraban.

De modo, que don Francisco, al entrar su hijo, no tenía más remedio que exponerle sin prepa-

ración, sin haberle hecho las entrañas antes, como se dice vulgarmente, el objeto de su visita...

—«Paquita está muy mala... muriéndose. El médico le ha recetado esta medicina y no tenemos dinero para comprarla. Dámelo tú si lo tienes, pídelo si no.»

Y cuando su hijo le hubiese entregado el dinero, él, don Francisco, su padre, le besaría la mano, como testimonio de gratitud al hombre, y como tributo de admiración y respeto al santo.

¡Una insensatez dudar por un momento, sólo por un momento, que Paquito dejase de darle el dinero!

Y después de haberle besado la mano, antes que la campanilla del portero diese por terminada la visita, arrojaría en sus brazos, confundiendo su traje de hombre libre con el traje negro de su hijo, de esclavo de Dios, y apretaría bien contra su pecho, repitiendo la frase con que lo saludaba cuando niño:

—¡Nene, nene mío!

Luego, ya en la calle, entraría en la primer botica que se encontrara al paso, y arrojaría sobre el mostrador la receta y el dinero.

—¡Esta medicina, pronto, que significa la vida de mi hijo!

Después, su entrada triunfal en la casa, un

fuerte campanillazo que hiciese asustar á los vecinos, su mujer que corre á abrirle alarmada...

—¿Y Paquita?

—Lo mismo... quizás peor.

—Me alegro;—y como satisfacción á la sorpresa de la mujer, que lo miraría asustada á la cara, creyendo que se había vuelto loco:

—Aquí traigo la medicina que ha mandado el médico para que tu hija se ponga completamente buena, y no nos deje abandonados y solos en el mundo.

Le alargaría la salvación, la medicina..

Y ni una palabra de su entrevista con Nazario, ni una palabra que pueda afligir á la pobre madre, ya tan abatida por la desgracia...

Había ablandado, había hecho menos duro la esperanza, el corazón de don Francisco, era indudable; aquel corazón que latía en aquellos momentos febrilmente, como queriendo salirse del pecho, mientras su imaginación, como caballo desbocado, continuaba caminando frenética por los campos del ideal.

Iba tan de prisa, que en un momento atravesó la calle de Fuencarral, y se internó en pleno Chamberí; pero, sin embargo, aceleró más aún su paso para llegar cuanto antes á la calle donde estaba situado el colegio de Paquito. ¡Sentía fu-

riosa impaciencia por sentir bailar en sus bolsillos las monedas que le había de dar su hijo!

—¿Don Francisco González?

El portero, un hombronazo tan gordo como largo, con cara de lego, le sonrió afablemente.

—¿Es usted persona de su familia?

—Soy su padre.

Dilatóse la sonrisa del portero.

—Por muchos años.

—¿Sabe usted?... y tenía que hablarle de un asunto urgente, de un asunto que no admite demora...

El hombronazo agitó tres veces una campana.

—Bueno, pase usted; se le avisará enseguida. Ya sabe usted, todo seguido, torciendo luego á la derecha. Verá usted un letrero que dice *Locutorio*. Pues allí mismo...

Por fin se encontraba en la sala de recepciones, en aquella vasta pieza donde hacía más frío que en una nevera.

Se bajó el cuello del gabán, y ocultóse los puños que asomaban indiscretamente por las mangas, deshilachados, sucios, pregonando su larga vida...

Se sentó; volvió á levantarse.

—¡Cuánto tardal

A la escasa luz del farolillo que pendía del

techo, intentó ver los lienzos de los cuadros, y estuvo parado largo rato, en actitud contemplativa, ante una hermosa pintura que representaba la cena de los apóstoles, mirándola sin verla, ocupada su retina con la visión de Paquita.

Se sentó de nuevo en uno de aquellos duros bancos de madera, empotrados en la pared, que constituían los únicos asientos de la sala, adoptando adrede una postura digna—las piernas juntas y ocupando con el cuerpo el menos sitio posible.

Sintió de pronto el ruido de una puerta que se abría y el de unos pasos quedos que se aproximaban lentamente. Le dió un vuelco el corazón.

—¡Paquitot!

Y de pronto apareció en la sala una figura lúgubre, un jovencito alto, pálido, vestido con una sotana negra, que avanzaba hacia don Francisco gravemente, con los ojos bajos, en actitud de orar.

—¡Ah! ¿eres tú, hijo mío?

El hombre negro alzó los ojos y miró á su padre severamente.

—¿A qué ha venido usted?

Comenzó don Francisco su relación tartamudeando, pegada la lengua al paladar, helado por la acogida con que lo recibía su hijo.

—Venía á molestarte... tu hermana está muy mala... no tenemos dinero.

Pero Paquito le interrumpió:

—Siento mucho no tener dinero para dárselo... mi mayor placer consiste en socorrer al prójimo...

Trató don Francisco de insistir en su pretensión.

—Es inútil que continúe usted hablando; ya le he dicho que no puedo hacer nada por usted.

Pronunció estas últimas palabras con acento altanero, acompañadas de un ademán soberbio, como el que contesta á un mendigo importuno.

Sonó la campana seis veces seguidas.

Entonces la figura negra dirigióse lentamente á la puerta, añadiendo como despedida:

—Y no olvide usted, para ahora en adelante, que mis estatutos me prohíben tener familia.

Fué su voz una queja.

—Pero hijo...

El sacerdote se detuvo.

—Yo no conozco á usted para nada.

Bajó el mísero las escaleras, tambaleándose, como un hombre ébrio. Se había hecho la noche. Un sollozo desesperado agitó su pecho.

—¡Ah, Dios mío!

Y levantó los puños á lo alto en actitud indefinible de cólera y abatimiento.

VI.

Es un lugar maldito, del cual refieren los campesinos de los alrededores medrosísimas leyendas. Ha pasado por él Azrael, el ángel de las venganzas orientales, y lo ha sembrado de cal viva para que la vista quede desolada y no fructifique el grano. Han pasado después numerosos escuadrones de brujas montadas en escobas, y han completado la obra rencorosa del ángel malo, tirando puñados de sal, haciendo imposible la vida en aquel rincón de suelo durante eternidades de tiempo. Las furias mitológicas viven en él tan holgadamente como si se agitaran en pleno infierno del paganismo

No murmuran los arroyos, ni cantan las aves, ni pueden aspirarse allí los olores de la hierba mojada, en ninguna estación del año. Es un lugar de maldición. Al llegar á sus lindes, los caballos se encabritan, negándose á marchar al paso...

Con la vista, colocándose en medio del plano visual, puede abarcarse toda la extensión del fúnebre paisaje. A dos kilómetros de distancia, no es más grande que la palma de la mano. Y resalta de él, como lo más triste, como lo más directamente condenado por la maldición inmensa, como los exclusivos iniciados en el secreto de la colosal tragedia, dos árboles, dos pobres árboles escuetos, levantando grotescamente sus ramas al cielo en actitud de pedir consuelo, sin verdores, sin retoños, sin pájaros y sin hojas, con el tronco negro por la vejez y por el rayo.

Es un lugar lleno de melancolía, que yo no recuerdo nunca sin experimentar hondísima tristeza.

FIN DE LA NOVELA.



OBRAS
DE
ALEJANDRO SAWA

(DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS)

La Mujer de todo el mundo	2	pesetas.
Crimen legal	3	—
Declaración de un vencido	3	—
Criadero de curas (Biblioteca de <i>El</i> <i>Motín</i>)	1	—
La Sima de Iguzquiza (ídem)	1	—
Noche	3	—

EN PRENSA.

Alborada, segunda parte de **Noche**.



OBRAS DE EDUARDO LÓPEZ BAGO

La Prostituta , novela médico-social, 5. ^a edición corregida.....	3 pesetas.
La Pálida , novela médico-social (2. ^a parte de <i>La Prostituta</i>), 7. ^a edición corregida. (Estas dos obras, denunciadas por el Gobierno, por supuesto delito de escándalo y ataque á la moral, á la decencia pública y á las buenas costumbres, han sido absueltas por el Tribunal Supremo).....	3 »
La Buscona , novela médico-social (3. ^a parte de <i>La Prostituta</i>), 6. ^a edición.....	3 »
La Querida , novela médico-social (4. ^a y última parte de <i>La Prostituta</i>), 2. ^a edición.....	3 »
El Cura (caso de incesto), novela médico-social. (Ha sido tambien objeto de una denuncia gubernativa, y sometido su autor al proceso criminal, recayendo el sobreseimiento libre.) 4. ^a edición.....	3 »
El Confesonario (satiriasis), novela médico-social (2. ^a parte de <i>El Cura</i>). 3. ^a edición....	3 »
La Monja , novela médico-social (3. ^a parte de <i>El Cura</i>), 3. ^a edición.....	3 »
La Señora de López (1. ^a parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
La Soltera (2. ^a parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
La Desposada (3. ^a parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
Carne de nobles	3 »

DE OTROS AUTORES.

El Fango del Boudoir (<i>doble adulterio</i>), novela social, por R. Vega Armentero.....	3 »
La Venus Granadina , por el mismo autor....	3 »
El Señor Obispo , novela por J. Zahonero.....	3 »
Crimen legal , novela por Alejandro Sawa....	3 »
Noche , novela social, por el mismo autor....	3 »
Biografía de S. A. R. D. Sebastián de Borbón , por D. Joaquín de Roa..	4 »
El Excomulgado ó las Bodas de un Presbítero , por H. Ardieta.....	3 »